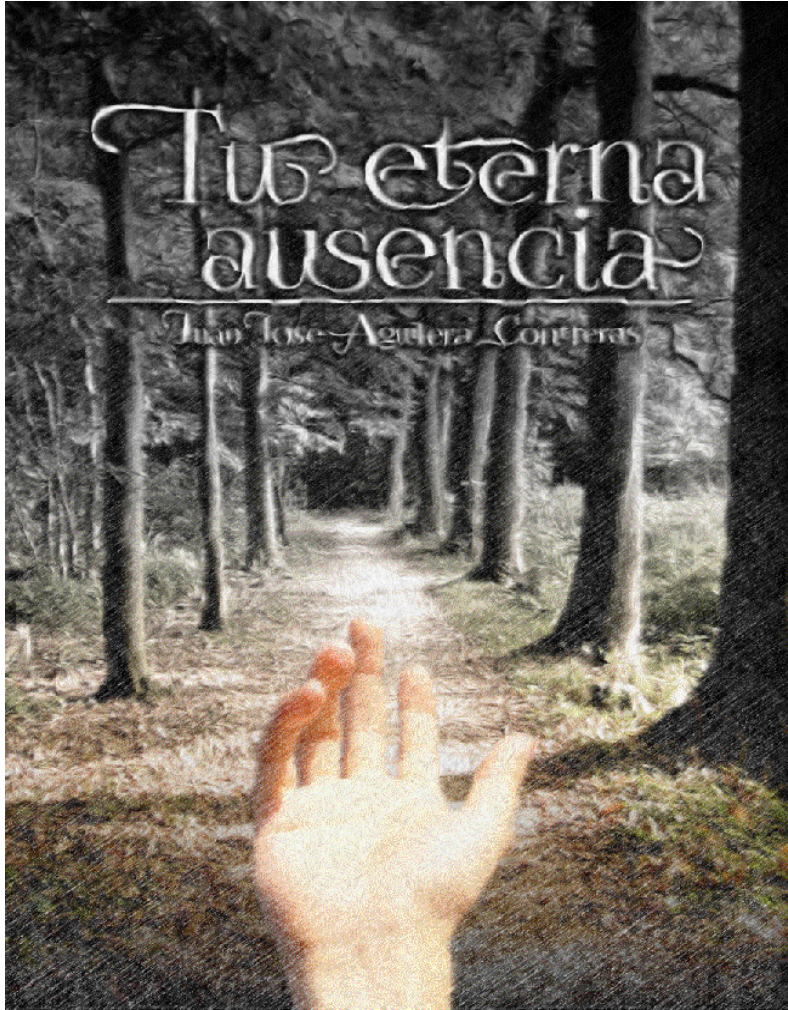


“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo



LUCÍA Y CAMILO.

“Tu eterna ausencia” LUCÍA Y CAMILO.

Indautor: 03 – 2013 – 080211551100 – 01

Autor:

Juan José Aguilera C.

“Nuevamente os presentáis formas aéreas, temblorosas, flotando a mi vista entre luz y oro. ¿Podré ser capaz de semejantes locuras y sentir las ilusiones de otros tiempos?”

“¡Ah, venid, acercaos, como una vieja leyenda, os acompañan el primer amor y la amistad; la queja vuelve a emprender el errático camino de la vida y pronuncia el nombre de aquellas nobles personas que se desvanecieron antes que yo! Sus almas a las que canté, ya no escucharán este canto, pues el eco de los primeros días, se ha perdido enteramente.”

“Fausto”

Johann Wolfgang Goethe.

Indautor: 03 – 2013 – 080211551100 – 01

Capítulo I La huerta.

Era imposible imaginar las aventuras que comenzaron ese día de Junio. Viajábamos contentos por un camino solitario en dos camionetas, cantando desentonados y gruñendo como urracas.

De repente, se atravesaron tres vagabundos con sombreros de paja, entrados en edad, y nos pidieron un *aventón*.

.- Vean ustedes, no cabe aquí una gota de agua.

.- ¿Conocen estos caminos? – nos preguntaron.

.- Claro, somos trotamundos. ¿Gustan algo, sodas o tortas?

.- Gracias. Vayan con cuidado. Es peligroso por aquí. Han matado a muchas personas. Vendrá una tormenta por la tarde.

Una tras otra señal supersticiosa nos amagan con desgracias, misiles de la misma muerte. ¡Ninguna tormenta apaciguará nuestras tormentas juveniles!

En medio de las ráfagas de viento y la metralla del sol candente, atravesamos por caminos enlodados, por brechas pedregosas y baches chapoteados por puñados de huesos y despojos de pájaros sin ojos y perros rabiosos.

Revisamos el mapa y la brújula. Con testarudez por nuestra fiesta, por fin llegamos, después de largas horas.

.- Carajo, ¿estamos todos?... ¿Quién carajos hizo este maldito croquis? - exclamamos los trece compañeros retorciendo el cuerpo.- Está borracho y loco el que lo hizo. ¡En buena bronca nos metió!

.- La regamos; no, no es aquí, - la voz acalorada rastrea el terreno con el espíritu filosófico de una hormiga.- ¿Dónde andamos? Con un carajo....

Queríamos para este día tan especial, frutales jugosos, fueran mangos, uvas, guanábanas, duraznos frescos; alfombras de pasto verde, hamacas y sillones con ventiladores, fontanas con agua

limpia; y topamos con minas de areniscas, la gruta de “Los mondongos del infierno” y siete volcanes secos.

.- ¿Esto es una huerta? No, no, para nada, es un baldío; para nada sirve.- Nayeli expresa su franqueza.- ¡Andamos perdidos, qué suerte!

Volteamos alrededor, atrapados por las murallas de una isla, copados por la aridez de las arboledas, matorrales y enredaderas. No hay en el horizonte una sola huella, un eco de las voces de Jantla, la ciudad en que vivimos.

La soledad y silencio del lugar se cruzan con las ráfagas de viento y el silbido del vuelo de los cuervos. Seguimos atrapados alrededor del punto ciego de la huerta.

.- Decídanse, ya llegamos.- interrumpe otro amigo. El bullicio de las protestas y lamentos descubría las sombras enanas, simulando el miedo.- ¿A dónde iremos? Nada peor que regresar.

.- ¡No se achiquen, por algo somos jóvenes! – Lola “la Cocoyoxitl” impone la cordura.

.- Tiene razón la compañera. ¡Miren amigos, miren todos por favor!

– Interviene “Stan” el sabio, nuestro amigo, gritando con fuerza.-

¿Nos vamos a asustar como gallinas? ¿Venimos o no a la aventura?

.- Si, vámonos. Da miedo aquí.- exclama una chica nerviosa.- Parece madriguera de vampiros.

.- ¿Miedo? No somos gallinas. ¿Vampiros? ¡Puros cuentos! Váyanse si quieren. ¡Qué pena con ustedes!

.- Ehy, todos, no se achiquen. No hay por qué asustarnos, pase lo que pase. – “Stan” el sabio remata la discusión.- ¿Votamos o renegamos? ¡Sueñen como reyes de las ranas! Tranquilos, *toda* esta huerta es para nosotros.

Descargamos las cosas de mala gana.

Cada uno bebía su cerveza, devorando las tortas y viandas con el hambre de un salvaje.

.- Hey, ¿qué les pasa? ¡No se manden! Faltan los demás.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

. - No echen culpas a nadie. - completa el “Pato”, sueña con ser espía.- ¡Es nuestra fiesta!

Las lluvias precoces de Junio colorean las figuras pálidas de eucaliptos, fresnos, y acebuches. Nos acomodamos en montones de piedras, salpicadas de humedad y útiles sillas de reposo.

Hemos esperado con ansiedad por esta fiesta, al terminar el bachillerato. Somos trece, incluyendo a las chicas; pronto llegarán los demás compañeros.

¿Quién de nosotros olvidará los trajines diarios, cruzando las calles con apuro a la primera clase, en el amanecer lluvioso? No olvidaremos nunca las tardes tibias, urdiendo cómo destrabar trampas y trebejos malignos contra noviazgos de buenos amigos, con el fondo del susurro de guitarras y acordeones. Cientos y cientos de horas, de domingos y tardes festivos, desenredando con desvelos, preguntas y tareas misteriosas, añorando el retorno a clases, pese al sosiego de algunos *profes* aburridos.

Llegamos con orgullo a la cita con el veleidoso mes de Junio, con desvelos y sacrificios. Entonamos canciones de amores, entusiasmos y desengaños.

.- ¿Dónde estará Pancho? Él que rasca la guitarra y sabe cantar.- extrañamos a los ausentes.- Algo pasó, pero vendrán.

Nuestra graduación no será un final, sino la llamarada del nuevo ciclo, en la sucesión bulliciosa de la vida, donde los dioses del cielo y la luna se abochornan voluptuosamente, al chocar con el oleaje de los mares.

En la esfera secreta del alma infantil, negada a morir, rebotan los rayos en el ocaso del sol. Y desciframos vagos temores que sin tregua nos persiguen. A cada paso logrado en la escalera evolutiva, algo dejamos atrás, pedazos de recuerdos y alegrías. Aferrados al anhelo de vivir, ahora cantamos y danzamos, estrechando mano con mano, sonrisa franca con respuesta llana, mientras las chicas reprimen con su pañuelo rosa, las gotas de llanto que humedecen los recovecos del alma.

Por instantes, volvemos la vista hacia el pozo seco de la entrada, a la espera de los compañeros, que no han llegado. Las aventuras y juegos apetecidos vacilan con desgana, ante la intriga de números desafortunados. ¡Somos un grupo de trece estudiantes, incluyendo solo cinco chicas!

Hacia el oriente ladran unos perros, ahí donde se ve un edificio en ruinas, no muy distante, a unos doscientos metros. La espesa arboleda al fondo, junto con las cervezas ingeridas, disfraza imágenes extrañas. En uno de los extremos del edificio, se puede distinguir un cuarto enorme, en un segundo piso, sin ventanas ni puertas, y rematado por una cúpula antigua.

Las chicas jugaban suspicazmente entre ellas y empezaron a cantar con frases entrelazadas y voces desafinadas. Y en vez de elogiar, nos reíamos, simulando así miserablemente el dolor de nuestra próxima despedida.

A lo lejos, unas volutas de humo galopan en torno a llamaradas alimentadas por la hojarasca. Por instantes aprecio la figura de un tipo, vuelto de espaldas, con un sombrero ancho montado en un caballo. El grupo me reprocha, pues domina el deseo por sentirnos solos, sin testigos ni reveses.

Sin embargo, el llanto continuo de uno o más niños resuena inconfundible, cuando el silencio se apodera de los vientos y del bramido del tren lejano.

.- Hay hormigas... Me pican. ¿No me matarán? - grita una chava, rascando las heridas en sus brazos y tobillos.- ¡Cómo duele! ¿Son alacranes?

Sus amigas le ayudan a zarandear su ropa, pues estos insectos a falta de alas, corren velozmente y, muerden dondequiera, sin clemencia. Las cinco chicas se retiran para examinar el interior de su ropaje. Caminaron unos cuantos metros dentro de los matorrales.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Volvió sola la “Cocoya”, y agarró unas latas de atún, de sardinas y jamón. Luego regresó con las otras chavas.

.- Miren, unos campesinos nos regalaron estas cosas.- una chica nos muestra azulejos con plumas de quetzal y figuras de colibrí, flores de cempasúchil, unos huaraches, y muñecos de cartón.

.-Nos asustaron de repente. Parecían escondidos entre los matorrales. Nos hacían señas de no hacer ruido. Venían con sus mujeres, nos pidieron alimentos.- clama Nayeli con la voz agitada.

.- No son campesinos sino artesanos. - protesta el “Pato”.- Mi abuelo era artesano. Quizás aquí fue cementerio de sus familias. Les molesta que turbemos la paz de sus difuntos.

.- ¿Nos están mirando?

.- Ya se fueron. Iban a caballo y en bicicletas. Viven en los ranchos de “Los Toriles” y de “Ancón”.

Pero la fiesta continúa. Son chicas arrulladas con epopeyas de princesas de cuentos de hadas apolillados y olvidados. Comenzaron a bailar, al compás de la música sensual del vuelo de las alondras y del salvaje instinto de las flores que rejuvenecen con las lluvias, agitando su larga cabellera en el fragor de la batalla.

Así en la toma y daca de zarpazos, astucias y pinchazos, quedamos abatidos, en un celoso regateo de compromisos. ¡Lo mismo podrán brotar afectos perennes de parejas apacibles que, amores y besos frívolos o furias desatadas en la hoguera de los celos!

“Intromisión de tres extraños en la fiesta.”

Por si fuera poco, la intromisión repentina de tres extraños infunde sospechas punzantes y corta los hilos de la diversión, pese a la feria musical, acarreada en los CD, s. Alguien de nuestro grupo les invita cerveza y vinos, que aceptan de inmediato.

.- Pronto llegarán los demás.- exclama la “Cocoya”.

.- Si, la fiesta sigue. Brindemos todos.

Dispersados en corrillos, hablamos y discutimos diversas ideas sobre el fin de cursos, sobre nuestro futuro y otros temas. No faltan algunas discordias, nacidas del simple gusto de pelear. Todos sedientos, miramos alrededor, embriagados por nostalgias y esperanzas.

Nuevamente escuchamos el llanto de los niños y el aullido de los perros, dominando los aires de la huerta.

.- ¡Son perros salvajes, nos destazarán el pellejo!- grita la “Cocoya” aterrorizada.

.- ¿Del pellejo? Nos devorarán completos.

.- No, son una manada de lobos...- exclama Nayeli.

La cercanía de los ladridos nos hizo sentir escalofríos. Se escuchaban muy cerca.

.- Las hienas y chacales se tragarán nuestros retazos.

.- Basta ya, no más idioteces.-dice Stan medio borracho.

.- Ya párenle, ¡no asusten a las compañeras!

Aun se escucha, antes de la noche oscura, el gorgoreo del “clarín”, los gorriones y cenizotes, y la brisa tibia del mes de junio, con sus señales de quietud.

Los hilos tramados en torno a la fiesta, apenas se desmontaban.

El sol se despedía de la cúpula de las montañas, pregonando el fin de la jornada. El sabor del tequila nos excitaba, ignorando sospechas y presagios por nuestra soberbia ligereza. No son duendes, ni las sombras de los sauces o de las acacias. Tampoco la danza primitiva de manadas de grillos, con su canto pagano, envueltos en patrañas de maleficios. ¡Mitos necios, nada más!

Nuestras compañeras murmuran su recelo, por las palabras ultrajantes y miradas vejatorias de los tres extraños, por cierto, treintones en edad. Nos piden estar junto a ellas, como escudo protector.

La inmensa huerta sin cercado, denuncia nuestra fragilidad. Al fondo de la huerta, los ladridos de perros se ahogaban entre gritos de blasfemias y gemidos de dolor.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Entonces corrió un rumor. Tiempo atrás, en esta huerta hubo un convento de monjas, llamado también el templo rojo de los sacrificios, donde daban asilo a mendicantes y proscritos por la ley. Algunos amigos de humor denso, comenzaron a cavar la tierra floja, arenosa, donde hallaron despojos de gorriones, cuervos y perros, fingiendo hallar huesos humanos.

.- ¡Ya andan borrachos!- las chicas protestan, al sentir cerca los juegos ocultos dentro del complaciente coro del aire.

.- Ah, no, no... Así no. - exclama una chica, aventando hojarasca y lodo a un compañero, que revolotea alrededor de su cintura.

Lejos en el horizonte, escuchamos la detonación de un relámpago, como el cañonazo de una guerra. Empieza a ensombrecer la techumbre celeste.

Los extraños aumentan sus alardes, gesticulando ademanes obscenos, provocativos. Con cautela, comenzamos a recoger nuestros víveres para la retirada.

.- Diantre, vaya con los jóvenes. ¿A qué vinieron? – irrumpe la voz arisca de uno de ellos, con cara y dientes de caballo.

Dejamos algo del vino y cerveza para los tres extraños, en argucia para apartarlos. Sostienen sus miradas torvas en las chicas, fumando sus cucuruchos, intercambiando grotescamente sus contorsiones y apetencias.

Marchamos a disgusto y a tientas hacia el follaje y hojarasca en el túnel de la salida. Dos chicas se amparan en abrazos furtivos, con su compañero más cercano, en una visión del futuro opaco, reflejado en la Luna. ¡Siempre habrá tiempo, una segunda oportunidad para los jóvenes!, nos decíamos.

Unos gritos aciagos inundaron la oscuridad del camino.

.- Oigan, esperen, no se vayan. – Los extraños nos alcanzan.- Olvidaron sus aparatos de música.- uno de ellos me entrega el reproductor de sonido.

.- Ah, gracias. Gracias. Ya nos vamos.- ya estábamos afuera de la huerta, cerca de las dos camionetas.

.- No se apuren. Vinimos a cuidarlos. Para eso están los amigos.

La lluvia negra de la noche comenzó con el gesto ruin del extraño, de nariz, frente y boca menudas, de mirada funesta. En su melena larga resaltan lunares huecos.

.- Vámonos, debemos irnos.- exclama una compañera angustiada.

.- Si, ya es noche. Vámonos.- interviene otro amigo.

.- No, no se vayan. Echen una miradita a este cráter pegadito aquí a la huerta. De día es opaco, pero de noche ilumina como miles de focos de colores. Traigan a las gacelitas, déjenlas aquí.

- ¡Miren esto, vengan! - insiste el extraño con su camisa abierta, desabrochada.- Continúa fumando su fardo, con su mirada de bizco.- ¡Se arrepentirán! Vengan a verlo.

.- ¿Saben quién es el dueño de esta huerta? – desafiante, nos instiga otro rufián, con aliento alcohólico, al igual que nosotros. En su camisa remangada, resaltan cicatrices de puñaladas y manchas rojas como la sangre.

.- No, no sabemos. Queremos pagar por la estancia. – abre la boca uno de nuestro grupo.

.- Primero, pasen a saludarlo. Vamos. Está dentro, al fondo de la huerta.- la voz ronca, patibularia, del tipo de nariz chata, sonó siniestra.- Vamos a que le paguen. Somos amigos, ¿cómo es que tienen miedo?

.- Mejor nos vamos.

Con estas palabras llenas de terror, nuestro grupo se dejó llevar por el pánico. La mayoría corrió hacia una de las dos camionetas. Ahí se fueron las cinco compañeras.

.- Miren, otro día venimos para saludarlo. Mientras, hagan el favor de llevarle el pago por la estancia.- al decirlo un compañero, vuelve hacia nosotros para reunir un monto de dinero.

.- ¿Dinero? ¡Lástima con estos niños *puñaleros*! A ver, fuera zapatos y pantalones. O regresen a la huerta. - el tipo de bigotes gruñe con la sorna de los buitres de las montañas.

.- El *inge* los quiere ver. Los recuerda con cariño. Fue su profesor. Miren. Viene para acá.

Detenemos el avance de un compañero, al emprender su paso hacia la huerta, de retorno, resignado, aterrado, en el miedo y desaliento por la derrota.

.- No, no, dile al *inge* que regrese. – Con un grito ataja el chato a su secuez.- Anda mal de salud y se mueve con muletas. ¡Otro día, otro día, ya vendrán! Los jóvenes sólo piensan en ellos... No, no son amigos, nos desprecian por jodidos.

Al amparo de la llovizna y la luz de los relámpagos, las figuras aterradoras caminan desafiantes, con la mirada fija, el gesto frío de las serpientes, y las manos en su cintura, desenfundando sus cuchillas y machetes.

Nos quedamos paralizados con un torrente de sangre helada en las venas, sintiendo el filo de la muerte.

.- Si el *inge* estuviera bien de salud, no les cobraría nada.- remata un acompañante del chato.- ¡Se enojará con nosotros, cuando le digamos!

.- ¡Queremos sus credenciales! Vacíen sus bolsillos.- un rufián ordena con un grito salvaje. En tanto, el chato, con su voz y gesto infernales, alza en el aire su cuchilla.

Al arrebatarnos el dinero, una jauría de aspecto bestial vociferó su aparición con ladridos, con las orejas estiradas y meneando los rabos. Los extraños cuchicheaban sus secretos. Retornaron al interior de la huerta, al tiempo que aprovechamos para trepar a la camioneta. Los demás amigos se alejaron por fortuna y desaparecieron de nuestra vista.

¿Los llantos de los niños, atrapados al parecer por estos atracadores, fueron el lamento desesperado de la muerte?

¿Los artesanos sólo querían advertirnos o ellos nos salvaron de una terrible desgracia? Nos asaltaban preguntas y dudas sobre nuestro futuro. La inquietud, la sensación de impotencia nos perseguirá por el resto de la vida, con el sabor amargo del miedo.

Entonces sonó el ruido de mi celular con un mensaje. “Camilo, nos atoramos en unos baches. Se descompuso la camioneta. No se preocupen”. La noticia de los compañeros que no vinieron, se sumaba al laberinto de los enigmas. Otro sonido estruendoso surgió de repente, parecía el gruñido de una “bestia”, pero sólo era el bufido del tren.

Un secreto a voces pregonaba el porvenir tan distinto que nos espera y perturba. ¿Es el final de largos años de amistad?

Adelante, con la lluvia encima, en una calle cercana al centro del pueblo de Jantla, nos encontramos con hileras de gentes, con sombreros o gorros, ocultando sus rostros, arrastrando sus pies con hambre y fatiga, sin ánimos para hablar o soñar. Quizá acuden a un refugio, a cualquier resguardo, al no tener ni una migaja de alimentos ni esperanzas. Nos inquietan sus imágenes fugitivas, errantes. ¡Metan sus manos callosas en las bolsas del pantalón ajado, esconden algo semejante al terror manso de las ovejas, en el viaje fatal a la boca de los lobos!

Capítulo II Agenda de los recuerdos.

Después de una desvelada amarga, me asaltó otra vez un hambre salvaje. Tomé algo del refrigerador, y noté en los post-it los reportes del banco. No me sorprendió el saldo rojo de la cuenta bancaria de mi padre, pero me desmoralizó haber topado con estos papeles. Lo percibí con un enfoque distinto.

Así al despertar de una noche difícil, abrumado por el insomnio y pesadillas, me preparé unas tazas de café. Mi instinto exploraba el origen de mis zozobras. ¡Diversos cambios se aproximan, nuevas reglas, nuevos espacios, nuevos compañeros, nuevos inconvenientes! Y yo debo inventarme, igual que mis amigos, nuevas condiciones de vida ante esas incertidumbres, partiendo de cero por el momento.

Me preparaba algo para comer, alguna carne seca o no muy fresca por la resaca. Pero el hambre desapareció. Un rato después, sin pensar, tomé del refrigerador un bloque de hielo de formas caprichosas, y lo partí con un cuchillo en forma de hacha, en dos, tres, cuatro pedazos, para mi jarra de cerveza. ¡Mi cuerpo o mi persona también lo sentí partido en dos, tres, cuatro pedazos estrafalarios! ¿Cuál de esos pedazos se quedó con mi cabeza, mis manos, mis pies y mi sombra? Pero yo quería ser alguien nuevo, alguien diferente, pero tampoco sabía qué clase de persona nueva quería ser. Ni al menos si quería ser de hielo, el vidrio de la jarra, la servilleta de papel, o del aire tibio de esa mañana.

Algo me distrajo. Escurriéndose por la ventana del comedor, los polvillos jugueteaban envueltos en un rayo de luz, danzando con alardes. Y un cono de luz en forma de fusil cósmico, se proyectó sobre una tarjeta, de tono brillante y fino, colocada sobre una mesa. La tarjeta atrajo mi atención, reposando sobre un jarrón de vidrio ahumado. El texto decepcionaba por su anonimato y aridez. Pero

dejaba clara la huella de una mujer. Una flor de nardo y un manojo de cabellos oscuros, atados con alfileres al objeto, color de la cáscara de lima, incitaron un flujo de expectativas.

De: L.

Tendré un enorme placer al saludarnos. Te espero en mi casa, con gran emoción e impaciencia.

Para: C.

¡La mano y sensibilidad femeninas, sin duda! Di por sentado que la tarjeta va dirigida a mi hermano, pues nuestros nombres comienzan con la misma letra. Así, quedó en el olvido. Así, se diluyó entre los escondrijos de mi casa. No hubo más.

Comienza una nueva era, en mi agenda. ¿Qué puedo hacer? Improvisar es un arte de la vida, remando en el río de seductoras canciones y palabras. Disfrazadas, se desmoronan contra la zona rocosa de los números apretados y de estrellas solitarias. No es fácil el arte de improvisar, frente a las sorpresas. Y menos esta mañana turbulenta.

Cada día del año transcurrido, supe cada paso a seguir, ¡como farfullar la canción de moda, como las moscas engrapadas en las agujas del reloj! Hoy es diferente, es final de los cursos, y el umbral de un nuevo tiempo, de un nuevo milenio y del siglo. Cercado por las paredes de la casa, envidiaba el encierro en las aulas de la escuela. Hoy en el fin del bachillerato, del cambio hacia una escuela lejana, me despertaba una sensación de soledad y abatimiento.

Pues tampoco sé si debo abandonar mi pueblo, familia y amigos. En vano busco algo diferente a la risa amarga del payaso, algo mejor que la brevedad de una melodía grandiosa, algo que siquiera me descubra, sin el tequila, la cerveza o el whiskey, de que el fin de

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

la juventud y amistades vendrá o no, como una dolorosa y cruel sentencia de muerte.

Prendí el televisor, el internet, la radio y eché un vistazo al periódico local, saturado de noticias alarmantes, robos, violaciones, descabros. Luego, intenté repasar mi agenda alrededor de la quietud, y el silencio incurable en mi casa.

Sonó mi celular: “Camilo, estamos en la escuela. ¡No le hagas al loco! Ya vente. Te esperamos”. Son amigos. Se aproximaba el mediodía. Me decidí por salir a la calle, sin otro propósito que probar nuevas cosas por hacer; cosas por arriba de fronteras postizas. Las noticias locales nos alertaban sobre una posible inundación, de continuar las lluvias, principalmente aguas arriba y en los cerros de la comarca.

Al salir de mi casa, caminaba sin rumbo. La excitación del aire fresco me produjo una sensación de libertad, pues las calles y los sueños carecen de muros grises, infranqueables. Sin embargo, algo extraño encontraba en la soledad de la calle. ¿Qué clase de cadena amarra a la gente en su jaula o casa, y estando dentro, se aprisiona con candados y cerrojos? Sonó otra vez mi celular, con llamadas tozudas de mis amigos.

.- “¿Qué onda, Camilo? No jodas, ya vente”.

.- Ando cerca. A unos pasos.- mi voz silbó distante en otro planeta, sofocada por los ruidos callejeros, de repartidores del gas y de paletas, de mercaderes de fierros viejos y la voz gangosa en el micrófono de una escuela.

.- Bien...bxvxzzz...zzsss...- solo percibo por respuesta, un zumbido devorado entre los rumores del viento.

Mientras caminaba, di un largo rodeo, sorteando una calle de casas de fachada medieval, con balaustrada en sus ventanales. Evité topar con la chica hermosa, de ojos grandes de color oscuro, cabello rizado, con sus labios rosáceos y cuerpo envuelto en el ropaje de mangas flotantes y largas faldas, pero sugerente como los ángeles extraviados del edén. Su sonrisa tierna y seductora trastoca en

alegría mis desazones, derribando las barreras de las suspicacias. Sus miradas iluminan ilusiones viajando al paraíso, y me empujan a renovar juramentos de amor inquebrantable. ¿Pensará ella en mí? Ahora me revoloteaba con más fuerza el corazón. En cuanto a edad, le aventajo por unos años.

¡Es la chica de ropaje frugal, sin reemplazo en mis sueños, a un paso de arrasar mi proyecto de partir a la universidad! Al pensar en ella, un tapón bloquea mis temples, asilados en una jaula del corazón. En el torrente de impaciencias, se agotan mis energías. Crece así mi lucha interior, entre el afán por el perfume de sus mejillas y sus besos, contra la firmeza de mis grises razonamientos. No es primera vez que me hundo en este fango. ¿Qué hice, qué debo corregir o qué le digo a “La Chiquis”, como yo le digo? En realidad, su desdén pudo comenzar una noche, en que le llevé serenata a su vecina; sólo quise desquitarme dándole picones por sus coqueteos, con uno de sus amigos faroleros, con los que parloteaba muy a sus anchas, en su banco. Su silencio me tortura, extraño sus mohines más que su indiferencia, pues esta sí que duele. Sabe que su mirada penetra en lo profundo de mis fibras, y abre las puertas de su lecho de par en par.

De modo simultáneo al repiqueteo de las campanas, reapareció el sonido de mi celular y, me atraparon de nuevo las emboscadas de la realidad. Al transcurrir la pausa para el almuerzo, unas cuadrillas de trabajadores inundaban la calle con sus cascos, herramientas y máquinas, y proseguirán derribando paredes, techos, pisos y casas enteras. Los ruidos de negocios comerciales, diversión y financieros en auge, del tráfico vehicular y de los peatones, vibraban sin cesar, traicionando la monotonía, donde se embrollan los radares de nuestra existencia.

Un chiquillo con uniforme escolar, de unos seis años de edad, con carita de ángel, con un bote recolector de dinero, se acerca conmigo.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- ¡Cómprame un boleto, anda! – me dice con su sonrisa franca.- Anda, coopera.

.- ¿De qué se trata... qué me ofreces?

.- Una estrella de Orión o un pedazo de la Luna. Lo que quieras.

Ya estaba rodeado de otros niños y niñas con su sonrisa y susurros de ángeles.

.- ¿No traes rosas, tulipanes o violetas? – le pregunté al vacío, los niños corrían hacia sus padres o mentores que los cuidaban. Y con una sonrisa se despidieron.

Había pensado de repente en una flor para “La Chiquis”.

Atrás de los niños, viene un grupo de jóvenes de facha pálida y marchita, cantando una melodía, triste por naturaleza. De sus manos bronceadas, flotando en sus cuerpos ladeados, se desprenden notas musicales de la guitarra y del acordeón. Víctimas de enfermedades o accidentes acuden a los gestos amigos.

Sin intención alguna, topé de repente con el “Casino del milenio”, un lugar novedoso, repleto de prohibiciones vanas, un recinto donde cuerdos y chiflados maromean y bailan desnudos. Saborean sus livianos días de libertinaje, haciendo y diciendo lo que piensan. Embriagan su locura en orgías con espectros vírgenes de mil colores, con muñecas de aire, de vidrio y arena, con el póquer de billetes de basura, y otras juguetonas ilusiones. Disfrutan de su libertad y felicidad para perder. Su felicidad de mojigatos rebeldes escupe contra las normas y fuerzas de la razón, por el gusto de poner al mundo de revés. Ello me alertó de mis magros ahorros, no son tiempos de vacas gordas. Sin embargo, al llegar a la puerta del acceso, el demacrado ujier de colmillos filosos y orejas erizadas me negó la entrada. Desdeñó mi credencial de estudiante y mi orgullo de bachiller. En vano le lancé mofas sobre su cómico traje de la necesidad.

En una papelería compré lápiz y papel, ya decidí enviar una carta para “La Chiquis”. Al primer intento de ordenar mis ideas, sé que juego al todo o nada al precio de nuestra libertad, cuando me digan

qué es la libertad. Los estallidos volcánicos del primer amor asemejan al relámpago o la lluvia que une lo sublime del paraíso con las llamas del mismo infierno; un pedazo del infierno y del edén, comienza en este planeta que pisamos. Extraviado entre las coordenadas de las calles desiertas, siento cabriolear entre las cuerdas de un violín desafinado. ¿Qué le digo por carta para convencerla?

No imagino una explicación para retener el amor de “Mangie”, sin declinar mi aspiración de colegial por el diploma. Bailamos en los aires alguna vez, me obsequió una flor y le correspondí con otra. ¡Fue inolvidable, me dio la flor en el café “Kiss me”, donde sus amigas le dicen Mangie! Un café a tono con sus aires de yuppie. Me lastima el riesgo de perderla, aunque los jóvenes, todos, podemos apostar. Después de meses y años de sentirla dentro de mis venas, creo que no se borrará nunca en mis recuerdos. Descarto llamarla por teléfono. Desisto, pues ella me gana esta guerra de manías, porque sólo me habla cara a cara.

Secretos y murmullos que van y vienen nos separan. Le digo que nuestros pequeños desacuerdos son menores y resultan de que, por evidencia, somos algo diferentes y desiguales; me replica que no, que todos somos iguales, porque lo dicen el Papa y su tía Teresa. No le gustó mi idea, y después de la riña emocional por la desavenencia, le dije otro razonamiento. Pues ella va al café “Kiss me”, donde yo no voy; su capricho es porque el café “Kiss me”, se lo heredó la bisabuela del notario a su prima.

De momento, confundí a “La Chiquis” con otra chica, vista de lejos, al mirar su atuendo invariable de color de un castaño brillante, al grado de convencerme que su orgullo implacable y su tozudez se nutren del mismo color. ¡La miro por todos lados! ¡Hubiera sido feliz de verla, envuelta en las señales del destino!

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Al partir de Jantla, extrañaré a mis amigos, Nayeli, la “Cocoya”, Estanislao, al “Pato”, al “Trofos”. ¿Qué rumbo tomará la nave de cada uno o andará a la deriva?

Capítulo III EL Filósofo, Joram.

Seguía caminando entre las calles y entré a una librería, hojeando libros y revistas. En cada libro, hallo algo mío, algo de lo que quiero. En cada página, hay cosas y personas diferentes... ¡Me lo imaginaba, ninguno como yo! Volteaba a los lados, por sí me veían como un demente o un idiota, hablando a solas.

.- ¡Camilo, mira, qué bueno que te encuentro! – sentí la palmada efusiva de un tipo medio adulto, de alta estatura y de barba aliñada. Ropa casual, pulcra y gesto cordial.

.- Bien, bien todo.- respondí al desconocido, sondeando pistas para identificarlo. El tipo se alzaba unos cuantos centímetros sobre sus pies, buscando algo en el fondo de la calle.

.- Llegué antes de la cita. Bien, bien, ¿tienes unos minutos para acompañarme con un café? – me dijo sin rodeos.

.- Café, si claro.- tras su voz, averiguo mis pistas. Llevaba un portafolio y botines negros de piel pulidos. Se trataba de un filósofo, conferencista, que en la escuela nos habló de cometas y migración, sembrando lecciones duraderas.

.- ¿Te parece? Cervezas, carnes y quesos. Vamos.- insistía.

El filósofo fue directo a un pequeño bar, hizo el pedido y tomamos asiento. Los camareros bar nos acercaron dos mesitas, cervezas y enseres del servicio. Nos refrescaban las sombras de acacias, sauces y “truenos”.

Por varios sitios de Jantla, vagan grupos de gente de cualquier edad, se apiñan aquí en el centro. Grupos de escolares, parejas de enamorados, y también grupos de indigentes y de migrantes con el rostro lleno de polvo, con zapatos enlodados o descalzos. Uno de ellos se acercó a nuestro banco y alargaba su mano. El filósofo sacó del bolsillo unas monedas y se las entregó. El hombre pedigüeño tentaba machaconamente sus labios con un dedo, en un gesto abatido, mísero, de su hambre. Y el filósofo le dio uno de los platillos de la mesa. Al tipo lo siguieron sus tres compañeros, apresuraban su paso, siempre asustadizos, y se perdieron sin virar hacia sus espaldas.

.- ¡Hay muchos vagabundos en la calle! – exclamó entre dientes el camarero, antes de retirarse.

El filósofo hizo un mohín.

.- Ninguno o pocos se humillan por gusto. Su drama comienza en la violencia de su hogar, en su orfandad. No en su cordón umbilical.- precisó su idea el filósofo en un suspiro.- Me gusta tu pueblo. Aquí lo tienen todo. Pero ¿has pensado en dejarlo, para irte a la universidad? – Me preguntó en tono amistoso, alzando su copa de cerveza.- Salud, salud.

.- Algunos nacen castigados por la pobreza. Comienzan con desventajas. – me aferré a la idea.

.- Y ¿de la riqueza quién te la garantiza de por vida? La riqueza padece cierta debilidad, tiene miedo de los hombres, pero es espléndida con las mujeres; las colma de miel, de joyas, de perfumes, de abrigos de cachemira. Compran caprichos con su dieta millonaria; lo que no pueden comprar como el tiempo, lo simulan con puñados de relojes dorados. – Manifestó con enfado.

.- O sea, ¿hay ruleta donde se juega nuestro destino, donde todo ya se encuentra escrito?

Golpeando el brazo del banco, rechazó esta presunción. El movimiento brusco de sus manos hizo que se derramara su taza de café exprés; vino el camarero a limpiar la manta.

.- No, son simplezas. ¡Teorías grises, disparates! ¿Acabará un día la pobreza? Cada persona es muy especial. Una mayoría sufre agravios de sus familiares o conocidos, siendo niños. Claro, entre esa muchedumbre, mal nutrida y adiestrada, hay muchos pequeños gigantes. – Aspiraba con ahínco la taza del café.- Seamos tolerantes, que no acudan a la violencia por su hambre... y tú procura siempre el nivel superior de este tema.

El filósofo meditaba pensativo por unos segundos.

.- ¿Sabes algo? No has recorrido ni la mitad de tu camino.

.- Cierto, es un nuevo camino.

.- Es tu hora crucial, Camilo. ¿Quién no desea reinventar esa aventura de su vida? Imagina tu viaje en un buque fantástico. Y ser un navegante.

Alzó su tarro de cerveza y brindamos.

.- Camilo, piénsalo bien. No te quedes en esta cueva. Vete a otro lugar, ni lo pienses. Dentro de una cueva, nunca verás la grandeza de las artes. Aprenderás mucho, pero fuera.

.- ¿Cueva? ¿Cuál cueva?

.- Tu pueblo. No te ofendas. Hay muchos afectos aquí, y te detienen. Ve a navegar por otros horizontes. Aquí en esta cueva te la pasarás dando vueltas y vueltas en la oscuridad. Aquí no hay aire ni luz. Andarás a tientas como ciego, en medio de alacranes,

arañas y serpientes. Son los amos de las cuevas; te asfixiarán, y vivo o muerto, te zamparán en sus almuerzos. Viaja, viaja mucho, vuela con tus sueños y fantasías.

.- Quiero ser navegante, también quiero quedarme... – Mis manos descubren un gesto a la defensiva, por la confesión reprimida.

.- Vaya, qué bueno. ¡Algo te detiene... estás enamorado! Eres muy joven, lo mejor de la vida.

.- Gracias, tú también eres joven.- De reojo, él miraba con ansiedad su reloj.

El filósofo seguía su discurso.

.- Te llegó tu hora cero, arrancas el vuelo o te quedas atrancado. El navegante no puede atorarse solo, en medio del océano. Que la urgencia no te engañe por el camino más fácil.

.- Si, tengo que elegir pronto. - Pero...

.- No, no, no eres ningún esclavo. ¿Dónde está tu libertad? – Hizo una pausa.- ¿Amor por compasión o por hacerle la guerra? Eso, nunca.

.- Si, lo he pensado, tener una compañera.- dije.

.- Espera, Camilo, vamos despacio. La soledad vale mucho. Aprende del doloroso crimen de Adán. Nadie ha sido tan feliz. Lo tenía todo, sin enfermedades, ni desvelos. Se le ocurrió presentar su queja y reclamó compañía. Pese a los sabios consejos, le terqueó y llegó Eva. Ella, tan curiosa, quería volar como las aves. Deseaba viajar más allá de las puertas del paraíso.

.- ¿Dónde lo leíste? ¡Es una guasa!

.- Ah, vaya. Sabes de libros. Presta atención a los detalles. Adán se reía de los duendes del aburrimiento, sabía divertirse. Volaba montado en las águilas; luego cabalgaba y canturreaba, contento por su huerta, trepado en el lomo de los leones, buscando en la espesura señales de su remota y perdida infancia. Extrañaba a sus gorilas, que han crecido demasiado por devorar toneladas de plátanos, tiburones y ballenas. Pero comenzó a preocuparse por Eva, y los hechizos del verano lo trastornaron. ¿A qué hora llegará,

dónde estará Eva? ¿Por qué se demora, qué está haciendo Eva? ¿Lo de la manzana roja? Fue la gota que derramó el vaso.

.- No crees en nada. Pero aquí hay una huerta que...

.- Mira, no te distraigas como Adán, cuando le quitaron la costilla. Creo sólo en lo que oigo y veo. Claro también en la historia, pero no hay una historia de la eternidad. Realmente, somos chiquillos del tiempo y del espacio.- el filósofo miraba a las chicas que pasaban.- Claro, si te confías o te descuidas, puedes perder a tu chica. Nunca te distraigas.

.- Creo entenderte. Cualquiera puede distraerse al dormir o descansar.

.- ¡Distracción, imprevisión! Son palabras clave en la historia humana. Reyes, generales, soldados, han perdido todo por un minuto de distracción. Hoy mismo, puedes saltar a la Luna con tu chica, pero si te distraes puedes perderla. No te confíes. Mira bien lo que les costó una sola distracción. Los echaron de la huerta como infames vagabundos. Por favor, ¿qué crimen cometieron? Estando tan solos en el universo, cubrieron su desnudez con una hoja de palma. ¿Vergüenza de qué, ante quiénes? Claro, ante esos espantajos poderosos, invisibles, que les llamamos Miedo. Y por ello, la pagamos eternamente. Cuando duermes o te distraes, la serpiente te ataca o te engaña fácilmente. Por lo regular, la serpiente finge ser tu amigo.

.- Ayer, en una huerta....

.- Exacto, Camilo. Nos castigaron por la eternidad a ser una raza de vagabundos, migrantes o nómadas. ¿Quién lo duda?

.- Tengo varios amigos y les tengo confianza. Pero es bueno tu consejo.

.- Y volviendo al tema, ¿qué planes tienes? Déjame saberlo.

.- Ya solicité entrar a la universidad. Quiero probar en otros lados. Fuera de aquí, de Jantla. Pero...- me traicionó una mueca de de mis sentimientos.

.- Bah. Vaya... ¡Si que estás enamorado! Ella que te espere.- gruñó en tono firme.- No hay prisa. Pueden darse el gusto de una probadita. Todos lo hacen.

Unas chicas se acercaron cantando algo en balbuceos, hablaban con nosotros sin decir nada. Por su cuenta se invitaron las dos cervezas de la mesita. En sus brazos izquierdos llevan tatuajes; una de ellas, en la hendidura de sus senos brillantes. Pegaron sus rodillas con las nuestras y se retiraron, saltando entre los hombros de la compañera y jugueteando con los paseantes. En el aire vagaba un colibrí de vuelo rápido y de plumas brillantes, nunca parece aterrizar. No cesaba de moverse con celeridad, picoteando el néctar de las flores, y se desvaneció en el abanico del infinito sin fronteras.

.- Nada es fácil. ¿Confesarse? Nadie lo hace sin pensarlo mil veces. ¿Cuántas muchachas enamoran a los andariego? Se mueren por abandonar el nido y volar a otros rumbos.

.-No creo, desean el matrimonio por encima de todo.

.- Claro, desean ser madres, tener hijos y criarlos. Desde niñas juegan con sus trenzas y muñecas. Luego juegan con sus muñecos, sean los novios o el marido. Con el divorcio ya no juegan; afilan su cuchillo, van con su abogado para enredar las leyes en sus trenzas. Escupen sus flechas envenenadas, al son de sus tambores de guerra, aullando como lobas, hasta aplastar al enemigo. Bueno, tu turno. Habla de lo tuyo.

.- ¡Sería demasiado para mí pensar en hijos! –Intenté evadir con un gazapo, husmeando entre las incógnitas.

.- No te preocupes, ¿quién puede hacer las preguntas y aclaraciones precisas? ¡Es una rara habilidad! Aquí encontré otra mujer. ¡Norteña igual que yo! A ella la estoy esperando.- suspiraba entre las espirales de la tarde. - Me gusta. Quizás tú mismo has visto o pensado en otra chica...

.- No creo, la conozco bien. Le propongo algo a su capricho o me voy a la universidad.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- No, no, no te rindas tan fácil. Nadie que te quiera de verdad te amarra al poste. Busca otra chica.

Las notas de una melodía romántica ruedan en espirales del aire, vibrando en un compás infinito, invisible. Las garras juveniles del filósofo se reblandecen en el mismo cubilete musical, rumiando por cualquier escape, renunciando a la cima de los sueños.

.- Mira Camilo, te inquietan la pobreza y el amor. Algo en común debe haber entre las dos. Me inquietan como a ti. Pero nadie quiere hablar del tema.

.- ¿Por qué no? Es bueno.- exclamé indignado.

.- Les duele que abras las cicatrices de sus miserias... eso que ya echaron o tratan de echar al olvido, al hoyo de sus miedos. No creen en la resurrección de nadie, pues no han visto con sus ojos, ninguna resurrección. No les gusta sufrir demasiado.

.- No, no creo. No tienen por qué asustarse de nada. ¿De qué deben sentir miedo?

.- ¡De volverse locos o idiotas! ¿Por qué se embriagan o se drogan?

– Exclamó con vehemencia el filósofo.- El chiflado de Freud dice que sus sentimientos ya están muertos. ¿Así se cura la locura? Te tengo confianza, por ello te digo mis secretos....

.- No te entiendo, ¿todos estamos locos?

.- Mira Camilo, todo mundo está expuesto. Pero a unos reyes los tildaban de locura por sus extravagancias.

.- Claro, lo vi así en la historia. Algunos reyes locos.

.- Muy bien. Son contados. Debe ser difícil estando como ellos siempre en las guerras, parados sobre alfombras ensangrentadas y bayonetas. Pero esas chifladuras nos pueden pasar a todos.

.- Me parece de fantasía.

.- ¿Por qué de fantasía?

.- Algunos se decían inmortales. ¡Es muy difícil creerlo!

.- Puede ser. Aun hay muchas fantasías. Seguimos siendo mitad humanos y bestiales, y otra mitad reyes y fantasía. Por algo, cada

uno somos miles de millones de moléculas, migajas, trastornadas por pasiones ciegas. Camilo, ¡hay algo de rebelión romántica en ti!

.- Eso decía mi abuelo...

.- ¿Cómo era, nació aquí en Jantla?

.- No lo sé, appena lo conocí.

.- Trataré de explicarte, de otra forma. ¿Puede haber un revoltijo tan complicado como millones de menudencias, y ser perfecto? Eso somos. Así todo es posible. Tenemos así revueltos, sádicos, villanos, santos, chiflados, traidores y bohemios. ¿Cómo hacer para que se entiendan y convivan entre ellos? Por supuesto. Con reyes, reinas y fantasías y magos.

.- Entiendo a medias. ¡Algo se necesita entonces para ser héroe, mago o rey!

.- Creo que sí. Recuerda bien. Somos un amasijo de barro imperfecto con muletas y espuelas emocionales y mentales. Mientras seamos predecibles, todo es posible.

.- ¿Es lo que somos?

.- Hoy el mundo es una fábrica de fantasías... De infantiles fantasías.

.- Ya comprendo. O casi te entiendo.

.- Eso nos pasa a todos. Pregunta, discute, así se aprende. Todo es posible en el ser humano. Te duermes como un arcángel y despiertas como un demonio.

.- No lo creo. ¿No vivimos más que en una fantasía?

.- Camilo, vive tu fantasía. Piensa en eso.

.- Pero no tengo fantasías... Bueno a veces.

.- No te gustará vivir la fantasía de otro. ¿No lo crees?

Tras una pausa de silencio, una mujer joven, esbelta, tomó asiento junto al filósofo. Se besaron y murmuraban algo. Viene molesta porque un grupito de yupis la pirolearon más de la cuenta.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Mira Karen, es mi amigo Camilo. – nos presentó algo descomedido. – Tiene planes para ir a la universidad. Se va de Jantla.

.- ¿Cómo? Me encanta tu pueblo, yo quisiera siempre vivir aquí.- acariciaba al novio con su mano en la mejilla.- Vamos pensando en vivir aquí. ¡Unos años y vagamos luego por ahí donde tú decidas! – corrigió ante la expresión de asombro de su novio, quien caminó hacia el bar para el pago de la cuenta.

La novia del filósofo limpiaba sus gafas y me miró con sus ojos brillantes.

.- ¡Se conocen ustedes muy bien! ¿Sabes? Si te vas, no te alejes. Tu familia y tu novia te esperarán. Ja, ja, ja, me paso de franca, contigo, ¿verdad?

.- Quisiera tener una novia franca. Una que me espere, mientras estudio. Tu novio nos dio una conferencia en la escuela. Nos apantalló.

.- Ah... ¡Tienes un gran futuro en tu vida! Lo veo en tu talante. – Desperté su curiosidad y entusiasmo. Escudriñaba el dorso de mi mano. - Y ¿qué les dijo?

.- Nos dijo que los jóvenes somos como migrantes. Queremos vagar por todo el mundo, porque odiamos vivir encerrados en las jaulas. ¡La juventud es fugaz como un cometa! Eso nos dijo.- En tanto regresó su novio.

.- ¡Mírame bien a los ojos, cabroncito! – Su tono de reproche vibraba ante el azoramiento del filósofo - ¿Ser joven es como un cometa? ¡Eso les dijiste! ¿Crees que son suicidas?

.- No, no exactamente...- balbuceó.

.- Ah... Ya me lo imaginaba, mi chiquillo, ¡te duele ya no ser tan joven! - Lo abrazó acariciando sus mejillas.- Nadie puede ser joven eternamente.

.- ¿De qué están hablando? – el filósofo se transmutó en un profesor de modales graves, circunspectos.

.- Camilo me halaga. Le gusta mi franqueza y buscará una novia franca, desenvuelta. Quiere que ella lo comprenda.- Karen voltea hacia mí, mostrando una sonrisa sublime.- Mira, sácate esa espina. Pides demasiado. Hazla tuya, toda tuya, ¡el amor y las flores crecen en estos días soleados!- hablaba pausado, reía con frescura y cierta malicia cómplice.- ¡Somos mujeres, somos del mismo barro, necesitamos de un lecho cálido, volcánico! ¡Pídele a tu novia todo su tesoro por completo! Y verás cómo se rendirá toda tuya. Ponle tus condiciones. Ni lo pienses, hoy mismo Camilo, anda, ve, ¿qué esperas?

.- Ah, ah, vaya, así te las gastas. – La abrazaba su novio y la besó con alegría.- Muy pronto conocerás otra chica y podrás elegir.- me aconsejó el filósofo.

.- Vaya descaro el tuyo. ¡Qué traicione su chica, él sabrá, tú ni lo sueñes!

Al despedirnos, el ponente me obsequió su tarjeta de presentación. Entonces la pareja se levantó para despedirse.

.- Me lo llevaré a la playa, a Vallarta. ¿Qué, si no? – me dijo Karen al oído. Él no la escuchaba.- Te digo un secreto. Mi novio no es filósofo, es detective. Oye bien, usa el disfraz de filósofo para sus propósitos. Si algo sabes, díselo. ¡Le dieron unas pistas, algo de una huerta! ¡Unos niños desaparecidos! – Karen se despidió con un beso en la mejilla.

.- No olvides lo que hablamos, Camilo. Escribe algo de Dante. Hazlo a tu modo; cambia lo que quieras, pero hazlo.- me dijo como despedida el filósofo.

.- ¿Dante? ¿Lo que yo quiera? – me agradó su idea.

.- Si, algo del infierno. Luego me lo envías.

Al despedirse me dio su tarjeta, vi el nombre de Joram, un extraño nombre del detective y filósofo; menos policía que amigo. ¿Por dónde empezar o terminar este ajetreo? Pero ¿qué puede ser el infierno sino el vacío de amar sin ser amado, de vivir sin amar con

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

el corazón entumecido, corroído por los remordimientos, de aquello que pudimos hacer y, cuando se va de nuestras manos, quisiéramos revivirlo a nuestro antojo?

Solo, otra vez; no sabía dónde ir. Pero me sentía diferente y nuevo, por los consejos de mi amigo, el filósofo.

Capítulo IV El Torneo.

Mis amigos y su celular. Nuevos planes. “¿Qué onda, Camilo?, vente de *volada*, estamos en el río.” Di un viraje sobre el camino recorrido, rumbo a la borrachera de los fuegos de la juventud, de la imposible paciencia por solo un segundo.

Numerosos grupos de niños, mujeres y hombres, corrían a disfrutar del espectáculo del río, pese al riesgo o bien por desafiar el peligro de la inundación.

Los grupos se separaban entre las dos orillas del río. Cruzando el puente, la gente escogía la margen más elevada, desde dominaban un panorama amplio. En la margen opuesta, me uní a mis cinco amigos, que charlan con otros jóvenes. Así, formábamos un conjunto dispuesto a cooperar, en un torneo abierto al público.

El torneo consistía en cruzar por encima del río, sobre una cuerda que corre de una margen a otra. Parecía sencillo, pero le añadieron el reto de darse unas zambullidas en el agua.

.- El torneo será sólo para las chavas.- precisó un tipo con fanfarronería, de nombre Stephen, luciendo como organizador con sus aires de pavorreal.

.- No importa, todos le entramos. – Stephen continuaba su discurso.- Debemos ayudar a las compañeras, cuando crucen por la cuerda encima del río. Tenemos dos problemas. Las piedras y árboles arrastrados por el río; y el agua fría. Me preocupa, pues ellas se darán unas zambullidas rápidas. ¿Preguntas? – nadie lo tomaba en cuenta.

Los rescatistas dan su apoyo a las competidoras, examinando el equipo de seguridad. Solo cuatro chicas competirán al parecer.

Una banda musical echó al viento “La marcha de Zacatecas” y se calentó el ambiente. La multitud comenzó a aplaudir, forzando la apertura del evento.

Nos asombró el porte fino, esbelto, atractivo, de las cuatro competidoras, al verlas tan cerca de nosotros. Vestían pantaloncillos cortos color negro, y una camiseta blanca.

- Yo voy primero.- exclamó la chica güera, alta, pecosa, atractiva, con voz de mando.

Por arisca, nos manteníamos lejos de ella.

.- Bueno, dense prisa.- gritó Stephen, novio de la “pecosa”.

Al arranque, la “pecosa” avanzaba con apuros, pese a su figura atlética. El rumor de la multitud chocaba contra el bramido del río. El sudor de las manos suavizaba los minutos de suspenso. Hizo varias pausas y una zambullida, sin exhibir reacciones de debilidad, sin tiritar por el frío del agua. Intentó una segunda zambullida, una treta arqueando su cuerpo sin tentar las aguas del río. Terminó avanzando unos doce metros. Y la “pecosa” regresó contenta de su marca.

A las dos siguientes chicas les brindamos un bullicioso apoyo, arrancando los aplausos de la gente. Un conjunto de avezados nadadores cuidaban las dos chicas contendientes; pero desistieron de zambullirse en el río, y avanzaron cada una, apenas siete metros.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Las zambullidas se limitaron al intento de tocar la superficie del agua del río. No las perdíamos de vista un solo instante. Ninguna parecía novata; utilizaban los apoyos de sus pies y manos con destreza. Un triste nerviosismo nos invadía por los pronósticos en la contienda. El ambiente subió de tono por las ovaciones y la banda.

Se presentó al público la última chava, elegante, muy atractiva, con sus brazos y piernas doradas por el sol, con movimientos ágiles y aspecto recio. La apuesta se abrevió en ella o en la “pecosa”.

Una de las dos ganará los premios del torneo.

Los rescatistas revisaban su equipo de seguridad, le hablábamos para motivarla, para infundirle bríos.

.- Vamos, tú vas a ganar. Ánimo campeona.

.- ¡Estira tus manos, vamos guapa, tú eres la *súper chica*! – Le distraíamos con ademanes infantiles, moviendo los brazos igual que las aves.- Usa la magia de tus poderes.

.- Digan algo. Cualquier consejo que ayude.- nos decía la última rival con voz dulce, entonada.- ¡Estoy nerviosa!

.- Vamos guapa. ¡Qué se cuide la “Pecosa”! Tú le ganas hasta con las manos amarradas.

Hacíamos pantomimas ridiculizando a la “Pecosa”, como si fuera una ochentona achacosa con bastón.

.- ¡Será como pasear un niño! ¡Patéale el trasero a la güera *viejita* o échale un petardo! – y al reírse, no sé por qué contuve las ganas de besarla con fogosidad.

Nos brindó una linda sonrisa y se lanzó a la cuerda. Sus avances graduados descubrieron su habilidad. Su osadía me acometió con un sudor frío, frotando mis manos nerviosas. Se deslizaba ligera como una pluma y con presteza, como si saltara entre los charcos, impulsándose con gracia y sin pausas, a fin de aprovechar sus energías. Una ráfaga de viento zarandeo la soga, pero la competidora se mantuvo concentrada y con gran serenidad.

¡Las gafas y equipo deportivo le protegieron de la calamidad inesperada! Logró una zambullida completa y otra a medias. De repente, una maniobra perversa zarandeó la cuerda. El bamboleo desequilibró por un rato a la atractiva rival, arrancando alaridos de temor entre la multitud.

Su espíritu de lucha, de dar la pelea hasta el final, superó el dilema, avanzando con coraje algo más de veinte metros y una zambullida. Luego retornó con la calma y brillo de una heroína, de una estrella.

. - ¡Bravo, bravo, es ella, la reina del torneo! – Gritamos hasta quedar afónicos. La acoplamos en nuestros hombros para el paseo triunfal por varios metros, alzando también a las dos chavas que compitieron. Una lluvia de fotos cayó sobre la triunfadora y sus dos aliadas. La “pecosa” y el organizador se retiraron a un mezquite, con el mohín de la derrota.

El ruido de la sirena de los rescatistas silbó por segundos, la banda ahora con la polca de “truenos y relámpagos” y los aires de “caballería rusticana” entraban en rivalidad con un grupo de música moderna, y arreció la algarabía. Las ovaciones de la gente arrebataron exclamaciones y lágrimas de contento a la ganadora. Como trofeo, le prendimos una guirnalda de rosas y flores en su frente, mientras ella estrechaba sus manos con las de sus dos amigas competidoras. Saludó al público con ademanes emotivos. Le ganaron sus sollozos y monerías vibrantes.

.- ¡Viva la reina, bravo, viva la campeona! ¡Bravo!- los gritos y ovaciones de la multitud se perdían en el fragor de los cohetones, de la banda y los bramidos del río. La mirada penetrante, con sus lindos ojos color del bosque, de la reina del torneo, recorría la ribera agradeciendo, sonriendo a todos, lanzando besos con sus manos de princesa. Decenas de equipos de fotografías se apilaban sobre ella. Yo le tomé mil fotografías, que correspondió con sus pantomimas.

Finalmente las tres chavas, muy jóvenes por cierto, se despidieron con abrazos y besos amigos.

Caminamos de retorno por la ribera del río, sumidos en reflexiones que corrían por nuestras venas como un *pinchazo* de la olla de presión, por nuestros destinos previstos y tan diferentes.

De repente, escuchamos rumores a nuestras espaldas.

.- Ehy, Esperen, esperen. No se vayan. - oímos voces cristalinas de mujeres jóvenes. Eran las tres chicas que nos alcanzaron, vistiendo su ropa casual y gorras contra el sol.

.- Queremos agradecer su apoyo. Creyeron en nosotras aunque no nos conocen. Gracias amigos.- dijo la reina del torneo.

Ahora su belleza centelleaba con alarde. Quedé pasmado por su piel brillante, la finura de su talle esbelto, su cuerpo con formas incendiarias. No mostraba la menor huella de pociones cosméticas. Solo un menudo rasgón en la comisura de sus labios, traicionaba los antojos de la perfección. Me dejó sin habla, sosteniendo nuestro encontrón de miradas alocadas.

Ella continuaba su discurso.

.- Ganamos, ganamos, gracias a ustedes.

Nos dieron un beso en la mejilla; se despedían nuevamente. Entonces tomaron en sus manos las cubetas que portaban y, simulaban arrojarlos chorros de agua. El hilo de sorpresas se prolongaba, logrando que nos moviéramos aterrados.

.- Gracias amigos, mil gracias. No te pierdas.- me susurró al oído la reina del torneo, me estampó un beso largo en la mejilla. Y se alejó con risas estruendosas y sus ojos pardos revueltos con un verde rebelde, pestañas grandes y rizadas, flanqueadas por arqueadas cejas.

Me pareció en edad, algo mayor que yo; uno o dos años.

Caminamos otro trecho, en silencio, topando de pronto, con un carro del servicio funerario. Los familiares y amigos dolientes acompañan por vez última a sus difuntos. ¡Cuatro personas, mujeres y niños, que murieron en la zona desierta del Norte, al

volcar su camioneta, ante la persecución policial! Así nos informaron.

Al cruzar el museo local, cobijado por la fronda de sauces, ficus y robles, nos despedimos.

Realmente ¿qué tan gente buena o casi niños somos? Sin malicias. Todo lo creemos, venga de quien venga. Sobre todo de lo que digan los amigos. ¿Podremos enfrentar solos, sin amigos, el reto del futuro, los días tristes y aciagos?

Apenas llegué a casa, solicité a la universidad por correo electrónico, con pretextos, unos días más de prórroga. Descargué en la computadora las fotos de la “alpinista”, haciendo ademanes graciosos, se estiraba las orejas, luego la boca, reía confiada, y le puso un cuerno a su amiga. La furia del oleaje de emociones me sacudía por entero, al tiempo que después vendrá otra ola más indomable. ¿Por qué no es así la “Chiquis”, jovial y sencilla? ¿Será un espejo elegante de mis fantasías? En este desafío de última hora, se agolpaban diversas cuestiones sobre mi destino, ¿destino de cometa?

Revisé mi celular. Encuentro un mensaje sin el nombre del recadero. “Te recuerdo de la cita con la Tía Lucía a la cena. Después o antes de la graduación.” Supongo que proviene de algún compañero de la escuela, sin más conjeturas.

- 3 -

Al atardecer del mismo día, fui con unos amigos a la disco “Las hormigas”, epicentro de la juventud de Jantla. Los últimos rayos solares aún mantenían a raya los presagios de la lluvia, produciendo una atmósfera agradable.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

La pista de la disco permanecía solitaria. Faltaba el chispazo. La orquesta saltaba de tonos alegres al ritmo tranquilo, en su batalla heroica contra el hastío.

Cruzamos apuestas apresurando la diversión, entre un grupo de siete compañeros. Subimos el nivel de la apuesta monetaria. El primero que baile con la chica más difícil y atractiva, ganará la jugada. Si fallamos en esta ronda, intentaremos con la chica más fatua y engreída.

Con aire glaciador, las cuatro chicas de la primera ronda, con empacho y mucha afectación, nos hicieron recular a todos. Y pasamos a la segunda ronda, con el mismo resultado.

.- ¡Bola de loquitos! ¡No se bañan! – alcanzamos a oír las risas de las chicas.

.- Son unos mutantes...- ríe otra con cachaza.

.- Si, no hagas caso, ¡están chiflados! – completó otra con un mohín de arrogancia.

“Baile de hadas a la luz de la luna en la disco.”

Las chicas formaron grupos entre ellas, para bailar como hadas a la luz de la luna. Un estremecimiento disparó un chispazo breve como un cerillo, y condujo mi atención hacia el pasado. En mi memoria rodaban imágenes con morbo errático, en la niñez de los cinco o seis años. Asomaban los ruidos de una fiesta; las parejas cantaban y bailaban con estruendo. Un grupo de mujeres se encerró en una recámara. Bajo una precaria iluminación, aumentaban su bullicio y aguijoneaban a tres de ellas a entablar una ruda contienda. Así con pausa, descubrían sus pechos y cinturas, a la par que el brillo de sus ojos y el gesto frenético de las hembras saboreaba por el placer y el triunfo salvajes. El bullicio crecía y las excitaban a mostrar otras virtudes de su naturaleza, y entonces descubrieron mi presencia. La estela de impresiones dejó sellos pegajosos.

Sé que duermen en paz, en la tumba de recuerdos fatuos. Me persigue desde entonces la pregunta si en la mente casta de un niño puede recrearse de modo intencional y malévolo, con escenas incomprensibles.

Fue un solo instante, un fragmento atómico de un segundo, dentro del baúl ancho de mi memoria. Pero algunos pretenden que un solo chispazo se convierte en el combustible que incendia la hojarasca y el ramaje seco, el vacío de la llanura. En ese *rollo* de absurdos, hoy nos sermonean por los juguetitos del horno reproductor.

Una fuerza rebelde rechaza la idea de esclavizar mi mente, ante el reproche bochornoso por estar ahí, sin propósito, cuando la inocencia mira escenas prohibidas.

Román ya intercambia sus tantos con amigos que, igual que todos hacemos la rabieta, cargando con el sabor del fracaso. Nos situamos en un sitio apartado, para dar rienda suelta a nuestros chistes y tomar alguna cerveza. El compañero de la escuela, con su camiseta color naranja, fingiendo ser la chica solicitada, el bombón en un brassierre de senos pródigos, de minifalda espectacular, hace sus gestos con una imitación magistral. No paramos de reír, de desdeñar en desagravios corrientes, por esta legendaria y caprichosa actitud femenina de sus desplantes.

.- ¿Viste mi mensaje? – Me pregunta Román en una pausa.

.- Si, lo de una cena.- contesto.

.- Era Jaime. Está confirmando la cita con la tía Lucía.

.- No podemos faltar.- nos referimos a un amigo común.

¿De qué se trata la cena? ¿Quién es la Tía Lucía? Una señora de edad y generosa en celebrar con nosotros, estos días de festejos por la graduación. ¡Todo mundo quiere momentos de distracción, de alborotos, compartiendo nuestra fiesta!

Por fortuna, entraba a la disco un nutrido y bullicioso grupo de chicas. El cambio de la escena complació a los fanáticos de la danza.

Respiré el aire fresco de la noche de Junio, pero una lluvia de estrellas fugitivas surgió de repente en la esfera celeste, hacia el lado oriente de la Luna. En una respuesta insólita, silbaron en los aires los zumbidos y truenos de unos cohetones, disparados desde una ranchería cercana.

Después de rumiar el punto, deseaba reposar en casa, dispuesto a desterrar mis ideas parásitas. Elegir implica no sólo descubrir el ópalo con sus reflejos cambiantes, la dureza del diamante, la lejanía de las estrellas, el sonido impar de la moneda de oro, y taladrar por encima de lo aparente, sino además aceptar que al asumir la decisión, descubrimos sin engaños nuestras propias verdades.

Capítulo V El día de la graduación.

Apenas bajaba del taxi frente a la escuela, cuando un par de policías me detuvieron. Me sujetaron por los brazos. No entendí lo que pasaba, miré los rostros entre el tumulto de compañeros pasmados por la escena. ¿Qué hice, qué pasaba? Me alarmé. No soñaba, ya estaba bien despierto. El subdirector de la escuela se dirigió a mí con voz conmovedora.

.- Camilo, no te preocupes. Hay un malentendido. Te ayudaremos, hoy mismo se arregla.- Me subieron los policías a una patrulla y me llevaron a la oficina de interrogatorios.

El subdirector de la escuela ya me había hecho un guiño llevándose los dedos a su boca, lo cual fue un consejo para hablar lo menos posible.

El interrogatorio comenzó con preguntas en tono muy áspero, acerca de mi identidad y sobre lo que había hecho la tarde del día anterior. Les hablé de la discoteca y de quienes estuvieron conmigo. Luego me mostraron la foto de una mujer joven de tez blanca, cabello negro, quizás de unos veinte años de edad. Me sorprendió la pregunta.

.- Está en tu escuela. Ella te conoce, o te conocía.- aventuró sus palabras un oficial.- ¿La violaste? ¿La mataste?

.- No la he visto nunca.- contesté.

.- ¡Estuviste en la discoteca con tus amigos!

.- Si, ahí estuve un rato. – dije con cuidado.

.- ¿Con quiénes saliste de la discoteca y a qué hora? Queremos ayudarte. Estás metido en un lío muy difícil.

Respiraba profundo, intentando adivinar el propósito del interrogatorio. Sospechaban de mi participación en un asunto delictivo. Me impacientaba que no llegara el apoyo que me ofreció el subdirector.

.- Ya les dije antes. Salí solo y era el atardecer.

.- No es cierto. No saliste solo y seguro que viste la hora en tu celular. – uno de los tipos hablaba con mayor intención y vehemencia para intimidarme.

.- Les repito, salí solo y no, no supe la hora exacta cuando salí de la discoteca.

- La policía detiene a Camilo, sospechoso de un delito.

.- Uno de tus amigos afirma lo contrario. ¡Saliste con tu cómplice ahí mismo en la discoteca! – habló con rabia el policía irritado.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Recuerda bien, de otra forma no te podemos ayudar.- completó el otro policía. – Repetía el nombre de cada uno de tus amigos con quienes estuviste en la discoteca.

Enumero con lentitud su nombre de pila y en cuanto los detecté en mi memoria, añadí sus apellidos.

.- ¿Cuáles muchachas viste, con cuáles hablaste?

.-No hablé con ninguna chica. Necesito un vaso de agua.- contesté con pausas; procuraba ganar tiempo.

.- ¡Saliste al mismo tiempo que tu amigo Román! – Lanzó el anzuelo un policía.- ¿Dónde la esconden? ¿La dejaron viva? Peor para ti si mientes. ¡Eres estudiante, algo sabes de leyes!

Entonces, otro policía los llamó. Entraron al privado de un oficial de rango y me dijeron que puedo retirarme, que las cuentas conmigo aun no están terminadas. Al salir de la oficina policiaca, para mi sorpresa, me esperaba una joven vestida con elegancia. Estimé su edad en unos treinta años.

.- Camilo, sube al carro. Vamos a tu escuela, ya es tarde. Te platico por el camino.- además de hacer el favor de ir en mi auxilio, llevaba en el asiento trasero mi equipaje para la graduación.

De acuerdo con la joven abogada, los hechos que la policía investiga, son los siguientes: “Ayer en la tarde, una mujer joven residente en Jantla, salió de la casa donde se hospeda con su hija, una niña de dos años. Recién llegó al pueblo. Necesitaba el apoyo de conocidos para dejar protegida a su hija. Tenía una entrevista de trabajo. Vagó sin suerte tocando puertas, sin la respuesta deseada. Hoy por la mañana, ahí donde se hospeda, los vecinos notaron su ausencia y la de la niña, su hija. De inmediato, se dieron a la búsqueda y por todos los medios, temiendo lo peor. En Jantla, las desapariciones suceden a menudo.

“Una familia señala que cerca de su casa, no lejos de la discoteca, antes de las ocho de la noche, obligaron a la mujer joven y a su niña a subir a un automóvil color oscuro. Agregan que fue un acto violento, donde al menos participaron dos jóvenes agresores.”

Comencé a comprender y comenté con la abogada:

.- Me mostraron la foto de una joven. Un policía me preguntó si la conocía. Me advierten que la investigación seguirá.

.- No te preocupes, Camilo. La noticia se regó por el pueblo. La diligencia está a mi cargo. Ya hablé con tu padre.- sonriente, me dio una palmada en la espalda.

.- ¡No sabes cuánto te agradezco! Llegaré a tiempo.- expresé cierta ansia, mientras me vestía el traje de graduado.

.- No es a mí a quien tienes que agradecerlo.- lanzó un reto a mi curiosidad.

.- ¿Fue el subdirector? – pregunté con interés.

Llegamos a la puerta de la escuela.

.- No, no, solo en parte. Se trata de una chica que acabas de conocer. Me pidió que viniera como tu abogada, y dio la coartada para tu libertad. Soy amiga de Berta. Se te hace tarde. Olvida todo... diviértete. ¿Sale?

.- ¡La reina del torneo! Es la chica del torneo... en el río.- agregué asombrado.

.- Adiós.- me besó en la mejilla.- Felicidades, diviértete. No te preocupes por explicar nada a tus amigos. Ya lo saben todos. No dejen de divertirse. Una graduación no es a diario, que les sea inolvidable. Adiós.

.- Gracias nuevamente.

El nombre de Berta desde ahora rondaría por mis sueños y esperanzas. Pero un mar de inquietudes me asaltaba sobre la joven desaparecida, junto con su niña.

Berta, la reina, aseguró mi libertad, al deslindarme de problemas. Berta se jugó todo por mí.

Esa tarde de Junio, comprometidos a derrochar ilusiones y alegrías, cruzamos el puente entre el fin de los cursos y el viaje caprichoso hacia el futuro. Celebramos la graduación con la entrega de diplomas, la embriaguez de los discursos, globos lanzados en el aire, canciones colmadas de consejos y promesas, lloriqueos por dondequiera. Discursos de acentos calculados y emociones intensas, resaltando la graduación como nuestro segundo bautizo, ya libres de inocencias.

Repetimos una y otra vez, el último adiós entre amigos y familiares. Cada proclama, cada apretón de manos y abrazos, vale como una espada en nuestros brazos, para luchar y sobrevivir frente a los desafíos de la vida. Un recurso más atesorado, a los que acudiremos en momentos difíciles. Hacemos rondas amistosas, jurando amistad eterna, bajo la sospecha clara de que estos días y tiempos venturosos jamás podrán repetirse.

Terminar el bachillerato significó raudales de esperanzas, y desafíos extraordinarios. Nos prepararon por años con la mente despierta entre libros y talleres, a fin de examinar y renunciar a ciertas formas de vida, a elegir entre las avaricias del presente y utopías del futuro. Recorrimos el puente de la incertidumbre, en juegos vacilantes, retando las señales del destino sin temor a las borrascas.

En una breve pausa, Nayeli y la Cocoya se dieron tiempo para darme un abrazo y un beso en la mejilla. Sus palabras me reconfortaron. Expresaron su malestar por la injusticia de los policías y su solidaridad con mi inocencia. ¡El escándalo por mi detención trastornó por unos momentos el festejo, pero el subdirector logró la tranquilidad de mis compañeros!

Una voz cristalina, dulce pero sonora, tomó el micrófono. Nos pidieron silencio para escucharla. Era nuestra maestra de ciencias sociales, Gaby, de la cual “El Pato”, Stan, Pancho “El Trofos”, yo,

entre otros, seguimos enamorados. La oradora hizo una breve pausa. El viento fresco de la tarde coloreaba sus mejillas y el brillo de sus ojos.

“Amigas, amigos todos: Cada año, cada día, en cada jornada de la vida, celebramos su graduación. Pero hoy más especial que nunca. Brindemos por ello, pero es día también, de despedidas y el adiós, con gran pesar nuestro e inquietudes.

“Pronto veremos partir al amigo, a la novia, al hermano, que se aleja de nosotros. No sabemos, y él mismo no lo sabe si pronto volverá o nunca más retornará.

“Ausentes o no para siempre, sabemos lo imposible de llenar ese vacío. Ese inmenso desierto frío, sin flores ni canciones melodiosas. Las canciones de alegrías y tristezas que hemos pregonado juntos, no podremos entonarlas juntos, nuevamente, en nuestras lozanas tierras.

“Jóvenes amigos, siempre estarán en nuestro corazón. Les invito a no ser un árbol seco sin raíces, ni ramas.

“Forman parte medular, son la savia de la arboleda de nuestro pueblo de Jantla. No lo abandonen nunca.

“Sean fuertes ante la embestida cruel de barreras escabrosas y en los momentos difíciles de la vida. Jóvenes como ustedes, desean volar como las aves a lo alto de los cielos. Miren cómo ellas suelen volar juntas en bandadas, a salvo de los halcones y otros enemigos rapaces.

“Siembren esperanzas y amistades en su futuro.

“No se entreguen a las ofrendas y encanto de los himnos y carros de las guerras. Por lo contrario, ante los enigmas de la vida, estrechen en paz, la mano amiga.

“Quiero agregar algo de mi experiencia personal, con permiso suyo. Soy migrante, no nací aquí en Jantla. Vengo de un pueblo lejano del Norte.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

“Allá dejé a mis padres, hermanos y amigos. Al cruzar aquí nuestro pueblo, los recuerdo con melancolía.

“Tristemente, veo dos cementerios, el cementerio de los muertos y el cementerio de los familiares y amigos ausentes, en el sepulcro del olvido.

“Quiero agradecer el cariño que me han mostrado; por ustedes recupero parte de la dicha que sentía perdida. Gracias por escucharme; saben bien ustedes, que aquí en Jantla, está el corazón, la mano tierna, y los testimonios de su infancia.

“No olviden nunca que con orgullo y sacrificios sus maestros, sus padres y amigos, desean compartir con amor y fe, el esfuerzo de labrar su futuro, en estos tiempos difíciles. Gracias, amigos, no les digo Adiós. Hasta pronto. Suerte.”

Un atronador aplauso le dio la concurrencia, a una maestra tan querida.

Continuamos contentos por el ambiente del fin de cursos, en medio de febriles inquietudes. Reacios a dejar el recinto, paralizados y conmovidos por la fascinación de las últimas despedidas, dimos rienda suelta con besos tiernos y abrazos y lágrimas encubiertas en las grietas del alma.

Pero un rumor sombrío circulaba. Un compañero murió ahogado en el río. Donde fue el torneo. Por los datos señalados, pudo ser él de la camiseta negra. ¿Cómo fue? No lo podíamos saber, apenas era un murmullo entre todos.

Me abordó Román, mi amigo desde años antes.

.- Camilo, piénsalo. Lígate una de estas chicas. ¡Es tu oportunidad! Tal vez no se crucen otra vez en tu camino. – me dijo en palabras de consejero tornadizo.

El asunto no era novedoso. Suele arriesgar en el ruedo con mano ajena. ¡Somos amigos! Eso creo.

.- Estoy cansado. Mañana hablamos. - contesté de inmediato.

.- Tenemos un compromiso. ¡La tía Lucía!

.- ¿Un compromiso? – despertó mi curiosidad. Lo había olvidado. ¡La luz y chasquido de un relámpago surgió por el horizonte, en el Poniente, presagiando las nubes cargadas de lluvia! ¡Lucía, la tía Lucía, así se llama el compromiso de mañana! apenas pude escuchar el nombre de Lucía. Sonaba extraño en mi repertorio, zumbó promisorio con el hechizo de un mar remoto, paradisiaco. La esperanza borró la nostalgia cruel que vibraba en mis venas.

Capítulo VI La tía Lucía.

Nos encontramos Román y yo, para la cita esperada. Abordamos un taxi, pues el chipi chipi lluvioso no cesa. La casa de la tía Lucía se encuentra en un viejo barrio de la ciudad y cubre una esquina. Destaca su amplia superficie, jardinería, sus espacios construidos en dos plantas, para dormitorios y la sala, pasillos y grandes ventanas. El taxista nos informó que el domicilio es conocido como “La casa de los huesos”.

Siendo nuestra anfitriona, la tía Lucía, una señora de edad madura, contamos con una cena o velada agradable, tranquila. Jaime, sobrino de Lucía, y compañero de la escuela nos esperaba. Corrimos Román y yo hasta la marquesina de la casa, para protegernos del aguacero. El deterioro del edificio llamaba la atención. El color entre amarillento y castaño de la fachada, marcaban la huella implacable de los vientos y polvos, la iluminación solar y la misma lluvia.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

La ausencia de luces eléctricas en el anochecer, fecundaban un ambiente sombrío. Al abrir la puerta, un rechinado escalofriante de los goznes de la puerta danzaba locamente, como alas de murciélago, taladrando nuestros nervios.

.- Con la lluvia siempre se traba la puerta.- dijo Jaime a modo de explicación.- Pasen por favor.

Román hizo un guiño para convenir en lo inoportuno de nuestra visita. Jaime nos guió hacia la sala principal. Una densa oscuridad fastidiaba en el ambiente. Encima de las ventanas, dos gruesas cortinas decoloradas reforzaban el ambiente lúgubre. Las duelas crujían a nuestro paso. Al encender dos lámparas, la iluminación nos inyectó algo de humor.

.- Mi tía Lucía quiere saludarlos y platicar. Voy a la cocina por algo.- dijo nuestro anfitrión sin entusiasmo.

- No te molestes. Estamos bien así. Pon algo de música.

.- Cierto, no molestemos a tu tía.- insistí. Recordé que la tía Lucía rondaba por los sesenta y cinco años, según el propio Jaime.

.- Ya viene. Oigo sus pasos en la escalera. Es obstinada y ansiosa. No le gusta que la contraríen. Desea convivir. – Jaime susurraba con el hastío de los cuidadores de enfermos y de edad avanzada.

Escuchamos las pisadas sobre la escalera. Lentas y ruidosas, mientras ella jadea. Supongo que usa bastón. ¡Sesenta años o algo más no son para tanto!

._ ¿Ayudamos a tu tía?– pregunté obsequioso.

.- Voy por ella.- contestó, mientras nos llevó una mesita con bebidas y bocadillos.

Jaime está hospedado por su tía Lucía. En su pueblo de origen, no cuentan con escuela y vino al amparo de la tía. Román se acercó a mi lugar, después de asomarse para observar hacia la escalera.

Jaime tardaba. La oscuridad de la noche y de la casa, aunada al martilleo de la lluvia, extremaban su sabor sombrío. Caminamos para contemplar un cuadro de pintura, casi de metro por metro de superficie. ¡El retrato de alguien setentón, de bigote tupido y

sombrero de fieltro, con sombras grises no permitían mayor detalle! Su aspecto irradiaba cierto aire de tristeza. ¿El marido de la tía Lucía?

.- ¡Qué cara tan triste y huraña! Le falta alegría.

De repente irrumpían unos ruidos de trastos, al despedazarse. El servicio eléctrico se interrumpía una y otra vez, lo cual se explicaba por la tormenta y los relámpagos. Seguíamos mascando los bocadillos de jamones y quesos con tomate, para relajarnos.

.- Ves, hay alguien que les ayuda con el servicio.- dijo Román, pasándome otro brebaje.

Después del trueno de otro relámpago, nos quedamos en un claroscuro de la sombra, gracias a las veladoras de cera.

.- Buenas noches, jóvenes.- la voz sonó adusta, sonora, acusando la proximidad de la tía Lucía. No podía ser otra persona.- Están en su casa.

De inmediato, la señora se dirigió al retrato aludido y lo arrojó con celo, echando mano de una prenda a su alcance.

Fuimos a saludarla de mano, mas ella extendió la suya para obsequiarle un beso. Carecía de la menor huella de sus sesenta años, por el contrario es muy guapa, elegante, oscilando entre una lozana juventud y la madurez. Llevaba algunos adornos y cosméticos en el rostro. Su túnica con escote pico doble, del color de la pulpa de fruta entre un leve rojo y el suave de la rosa, realzaban el bronceado en su cuerpo, en sus hombros y brazos. Sus sandalias dejaban sus pies al desnudo, sin importarle el fresco de la noche.

Tomó asiento frente a nosotros. La belleza de la tía Lucía nos quedaba algo cerca, despertando euforias inevitables. Al cruzar sus torneadas piernas, cruzamos nuestras miradas bañadas por las sombras y con una respiración profunda. Hay mujeres bellas en Jantla, pero lejos de su perfección y armonía de rasgos, conjugando elegancia y osadía, esbeltez con las líneas finas y sensuales. ¡Qué magnífico si vuelve la luz!

¿Cuánto era producto de la imaginación? No nos miraba, acentuando un aura de coquetería en sus movimientos.

.- Jaime me habla mucho de ustedes. Son amigos inseparables.- simulaba una sonrisa, con su aire solemne de frialdad. - ¿Dónde está Jaime? – preguntó.

.- Debe estar en su habitación.- surgió una voz apagada. La linda mujer se puso de pie y con indiferencia no fingida, nos dio la espalda.

.- Pondré algo de música. Ustedes son jóvenes, ahora sabrán de las baladas, del tango y... Lo verán.

No cesaba de calentar su cuerpo con un aceite de aroma de almendras. Subió uno de sus pies, en un despliegue perfecto. Su boca o labios rojos semejaban el jugo de la granada, besando su misma rodilla con frenesí. Su cabello bermejo, ensortijado, ocultaba parte de su rostro, y en la fugacidad del miserable rayo de luz, logré mirar las huellas de sus ojos de finos contrastes con el perfil de su nariz. Levemente, percibí cierta desolación propia de la gente senil, pero en duro contraste con el brillo rosáceo de su piel.

Al buscar algo en el mueble del reproductor de sonido, me estremeció la sensualidad de su cuerpo. Impresionaba por sus finas curvaturas. ¿Era coqueteo desenfadado? Imposible creer que la tía desconozca el poder de su belleza. ¡Qué juvenil apariencia de su semblante!

.- ¡Se te cae la baba! – susurró Román.

.- A los dos.

Apareció de repente una mujer de mediana estatura. Sin duda la cocinera de la casa, atrayendo de la nada, una tina portátil de baño sin agua, color violáceo. Luego, esparcía un perfume con aroma de flores y maderas, mediante un aparato atomizador. En la penumbra persistente, noté en la luz opaca de las linternas, que Lucía se acomodaba en el piso del mueble, voluptuosamente. Simulaba las sensaciones del baño fingido, con ayuda de la sirvienta, la cual volteó en más de una ocasión hacia mí, con una mueca de sonrisa,

retirando su cabellera de su rostro desfigurado por quemaduras. La señora saboreaba una manzana que la sirvienta puso en sus manos. Junto con una ráfaga de aire helado, surgió una oleada de globos multicolores, con figuras de bufones y de diversos animalillos grotescos, volando de manera disparatada y con chillidos crecientes al desinflarse. Lucía puso un gesto mezcla de malestar y de pánico, lanzando manotazos contra los globos, con el auxilio de la sirvienta. La reina salió del baño fingido, en la penumbra no fingida.

Fue hacia las cortinas oscuras y regresó con un disfraz de pollo que le cubría hasta el breve talle, por encima de su túnica. Se repitieron los ruidos desatinados de los trastes. Pero la guapa mujer ni siquiera se turbó. Seguía bailando con la elegancia y aleteo de los cisnes.

La sirvienta se marchó.

- Esta música me trae tantos recuerdos. Quiero bailar.

Su garbo de reina, de conquistadora, de mujer de fuego y aire, desterró los aires lúgubres de su casa. Cautivando mi atención, me olvidé del mundo. La escena continuaba incitando locuras usurpadoras de tronos ajenos, de amores retorcidos.

¡Su silueta absorbió todo, mis ideas sobresaltadas, sentimientos, arrumacos y beligerantes fluidos hormonales! Igual que en el reino de las arañas, me paralizaba un aire sumiso de atolondrado.

El cuerpo de la mujer danzaba en la penumbra girando, oscilando suave, con la cadencia y soltura de una mariposa. Cada nota musical con su fragancia, se deslizaba en finas volutas. Las manos, piernas, rostro y brazos de la señora se apilaban en armonía, acariciando sus primorosas caderas y piernas. Sus movimientos provocaban que los mechones rojos con líneas oscuras de su cabellera, revelen con fugacidad, parte de su rostro.

.- Baile uno conmigo.- dijo ella.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Román se apresuró, intentando oprimirla contra su pecho. Apenas la superaba en altura. La señora Lucía se opuso y se liberó de inmediato de Román.

Los minutos transcurrían devorando mis ansias, en una espera interminable. Mientras me devoraba la ilusión de que Lucía me llamase en turno, para gozar del baile. Bebí otro brebaje de frutas preparadas por Jaime o Román.

.- Quisiera cantar, ustedes ¿me acompañan con su voz? - la seductora bailarina apuntó su mano hacia mí, esquivando al tramposo de Román. No respondí a su propuesta por el estupor y embriaguez del momento.

Luego, la tía suspendió sus movimientos rítmicos, dando ahora pasos muy precisos y graciosos. Me impresionaba el espectáculo, al estar parada sobre sus manos en una especie de triángulo, y sus pies explorando a los cuatro vientos, como el aleteo de las mariposas. ¡Su rostro, manos y cuerpo no revelaban los estragos de la edad!

El aroma de su piel conserva su tono natural, fresco como ninfa recién salida del océano. Continuó bailando, sin hablar. Después de un rato, creí ver que Román se le aproximaba. Atribuí esta visión al ataque de celos que me sacudía sin cesar. Un sudor frío me revolvía palmo a palmo, de pies a cabeza. Me sentí desolado, desairado por esta hermosa mujer.

.- ¿En qué piensas? – escuché la voz de Román. Ambos estábamos en la posición anterior al baile.

.- ¿Yo? Yo en nada.- exclamé, entre molesto y adormitado. Tomé unas tazas de café. – Me gusta la música.

¿Hay evidencia del baile, con la pericia de movimientos y garbos de la guapa mujer? Quiero sentirme engañado por la estrechez y miseria de mis sentidos, culpando las imágenes captadas a mi ensueño, atrapado en la penumbra igual que mis celos de morisco.

.- En mi vida de casada, he vivido encerrada en esta casa.- dijo suspirando, la bella mujer. Se volteó de espalda, acongojada.- Era

joven cuando mi esposo murió. ¡Estoy tan sola!- con esta expresión asomó un acento de ternura. - ¿Tienen novia ustedes?

.- No, no tenemos.- echó sus dados Román.

.- ¿Por qué, por qué? No hagan eso. No tienen derecho a que se pudra su juventud. Tiran su tesoro al precipicio.- la amazona gritó con fuerza.

.- Quiero que mañana mismo me traigan sus mejores amigas y, yo escogeré por ustedes a la mejor.- exclamó con desagrado.

.- Cuento con ello. Claro, tenemos amigas atractivas. - Román anticipó la emoción por verla nuevamente.

.- ¿Bonita, atractiva? Denme un ejemplo, un nombre.

.- ¡Co...mo usted! Así me gustaría mucho. – su tono falaz me parece excesivo, fingiendo una pasión extraña.

.- ¿Como yo? De verdad te gusto. Dilo con franqueza.- la voz de la amazona despedía algo de calor.- Y ¿cómo soy yo o como quieres que sea?

.- Que sea mi amiga, mi amante, mi mujer.- el tono hipócrita de Román discrepa del propósito.

Un alarido del cielo lluvioso, una artillería de relámpagos prorrumpió con el resplandor de cinco soles. Ahogaba los murmullos, y Lucía no simuló un ataque de risotadas, que la doblan y bambolean en frágiles pétalos de rosa. Cubrió su rostro para arropar sus risotadas. ¡La silueta de su cuerpo escultural bajo la escasa y efímera luz, se sobrepuso a mis arrojados ya de por sí estremecidos!

.- No pude oírte por el relámpago, ¿qué has dicho? – preguntó, volviendo a su mesura.

.- Si, si como usted. Me gusta más que ninguna otra mujer. ¡Estoy loco por usted!

.- ¿De verdad? – dijo la amazona.

.- Si, la amo con todas mis fuerzas.

- Quiero que lo digas de verdad.

.- Si, quiero amarla para siempre, viviendo solos y felices. - le suplicó en medio de la penumbra.

De repente, vino otro apagón; la tía Lucía se retiró unos pasos y con pánico, exclamaba:

.- Tengo frío, mucho frío. Y miedo también. – Sentí un fuerte aguijón, me levanté y corrí a abrazarla, al tiempo que Lucía lanzaba su cuerpo contra el mío y la cubrí de besos apasionados, sin soltarla. Ella estrechó sus labios con los míos, colgando de mi cuello. Los dos repetimos las caricias una y otra vez, saciando una sed interminable.

- Cúbreme por favor. Cúbreme. Me muero de frío.- susurró conmovida. Al sentir toda la calidez de su piel, sudor y murmullos, restregaba con mil caricias en su cuerpo, con la intención de que permanezca aferrada en mis brazos. Creí escuchar mi nombre en sus labios.

Entonces me besó con dulzura. Por debajo de sus mechones rojinegros de su cabellera, sus mejillas bermellón acusaban exceso de sus maquillajes, sus ojos verdes despedían un brillo radiante dentro de la penumbra, dibujando en sus labios una encantadora y placentera sonrisa. Hundió su rostro sobre mi hombro izquierdo, y la atraje con fuerza para besarla con pasión indómita y ternura. Yo sentí el fuego de sus labios, brazos, mejillas y su cuello. Permanecimos estrechamente unidos, ambos de rodillas, acariciándonos olvidados del tiempo.

Quise que ese momento fuera eterno. Nunca había soñado un raudal de afectos tan glorioso. Decliné expresarle mis sentimientos. No lograba decir una sola palabra, de las que latían con violencia en el interior de mis respiros. ¡Quise decirle que la amo locamente! Se interrumpía una y otra vez el servicio eléctrico. En medio de la oscuridad volvió a sentir y expresar sus temores y su soledad. Y se desprendía de mis brazos. Al volver la luz, quedé turbado, desolado, tal vez fue un feliz ensueño, quizás un letargo involuntario.

En un instante, retornaban los lamentos de Lucía por el frío, las mismas aclamaciones anteriores. Exclamó en voz alta, requiriendo de mi auxilio y la abracé con ternura, envuelto en un remolino de emociones. Me tomó de la mano y me condujo al exterior de su casa. Aunque la lluvia amainaba, el fresco subsistía. Las gotas de la lluvia nos mojaban con una fragancia voluptuosa.

Apretó su cuerpo junto al mío y apresuró el paso, corriendo hacia el patio trasero. ¡Quedamos a solas!

Ahí bailaba como diosa en un jardín baldío, con la alegría y el aura de una niña adorable, entrando y saliendo del techo del pequeño quiosco. Exhaló profundo, girando sobre sus pies como si volara y, con sus brazos extendidos, estiraba con elegancia hacia un trozo del cielo. La opaca luz de la Luna, rodeada de fugaces nubecillas, me permitía admirar su gracia. Pude apreciar también los contornos de la estación del ferrocarril, ya en ruinas, a una corta distancia.

Bailó ritmos de música moderna, de vals y otros, estrechando su cuerpo con el mío, para cobijarla en mis brazos. Corrimos hacia un cobertizo del patio. Nos cubrimos con varias mantas y toallas de lana y de algodón. Lleno de alegría la envolví nuevamente entre mis brazos, alzando su cuerpo contra el mío y así bailábamos, respirando nuestros propios alientos con furia en prolongados besos.

Deseaba retenerla y que no me abandone otra vez. Mezclada la lluvia con el sudor de nuestros labios y alientos, en medio del oscuro recinto, la bailarina me entregó de lleno su amor, extasiada, guiando una y otra vez mis manos a las desnudeces de su alma y de sus zonas curvas, abrasadoras.

La amé con el frenesí y ansiedad provocados por la incertidumbre. Imposible saber las horas y minutos que pasaron. Aun inhalaba su perfume natural, incomparable. Al despertar, ella se había marchado. Aun seguía la capa oscura de la noche. Tardé un tiempo en recobrar el aliento. Me temía lo peor y que mis sueños se desvanecieran. Algo raro presentía. Eché mano de mis energías y

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

corrí despavorido a la calle, me invadía un impetuoso nerviosismo por los murmullos, susurros de mujeres suplicantes, rogando por morir. Sin embargo, antes de llegar a la reja exterior, escuché mi nombre, dos o más veces, en la voz sonora de Lucía. Su mismo nombre superó mi precaria fuerza de voluntad, y regresé al interior de la casa.

Ella me esperaba con los brazos y labios abiertos y una resuelta provocación para besarnos junto a la escalera. Oprimí contra mi pecho, otra vez a Lucía con furia, con la violencia de un deseo raptado por el tiempo. La alcé en mis brazos y fuimos a su habitación. Giramos nuestros cuerpos hacia una esterilla, donde permanecí junto a su tibieza y cariños. No aprecié las horas transcurridas. Luego me encontraba solo sin ella, pero vencí mis sensaciones de soledad. Huyendo de esta mezcla sublime de amor, pasión y confusiones, me alejé del paraje en medio del silencio y el claroscuro del amanecer.

Fuera de la casa, desfilaba un tumulto de gente de aspecto extraño, caminando, girando en la esquina, hacia la izquierda, al edificio contiguo, situado a espaldas de “La casa de los huesos”. Niños, mujeres y hombres jóvenes y adultos marchaban con la cabeza torcida, con los pies cansados.

- 2 -

Después de caer rendido en una larga siesta, me puse a meditar. Nunca olvidaré los sucesos de “La casa de los huesos”. ¿Cuánto de posible broma por parte de Jaime y Román, cuánto de realidad y cuánto de mi embriaguez, podían explicarlo? Me recorría un temor, cierto pánico. ¡Ya debían correr de boca en boca por todo el pueblo, las locuras de la noche en “La casa de los huesos”!

El tiempo me apremió, y me concentré en la odisea en ir y venir al papeleo de la universidad. Papeleos, entrevistas, verificaciones,

objeciones de sellos y firmas por si acaso son de Marte o de Neptuno. Busqué empleo para las horas de ocio, y en cualquier pausa daba una vuelta a Jantla, donde los recuerdos de la tía Lucía se acentuaban en una tempestad de complacencias.

Por las noches me acosa una zozobra o pesadilla. Sigo extrañando a Lucía. Un grito de ansiedad pregonaba el presentimiento sobre su pronta agonía. Despierto rociado en un sudor frío. De hecho, un presentimiento absurdo. ¿De dónde surgió esta reflexión destructiva, este presentimiento traicionero?

Capítulo VII Desterrado de Jantla.

Llegó por fin la fecha de abandonar Jantla y partir a la universidad. En una despedida con varios amigos, nos refugiamos en una cantina conocida, “El claustro de Dionisio”. Cada parroquiano blasfemaba, contando sus proezas, rencores y desdichas, insultando y abrazando a sus amigos. En medio de humos del cigarro, posters y de gente de vestimentas diversas, canturreaban y alardeaban sus vanaglorias y obscenidades.

Los parroquianos nos incitaban a brindar, juntos y revueltos en este claustro exótico, con espacios angostos, preñados de olores rancios de la cocina y orines embaulados sin orear. Dentro del griterío, asomaban arrumacos y juramentos remendados con sus lágrimas de cocodrilo. En otro extremo, mataban furiosos por cualquier desdén o injuria.

Pedimos unas cervezas y algún bocadillo.

.- Aquí tienen, jóvenes.- dijo el cantinero.

Llegaron más parroquianos, pero menos parlanchines.

Después, el ambiente ruidoso, volvió por sus lares.

.- ¿Cuánto debemos? – pedimos la cuenta al cantinero.

:- Nada, ya está pagado. – dijo el cantinero, de bigote, gordo, manos velludas, calvo; y buscamos alrededor una cara conocida. Nada, excepto el ruido del conjunto musical que gritaba cantando y

cantaba gritando.- Jóvenes, miren esta botella de whisky. Véanla bien. ¡Una etiqueta maravillosa y un vidrio muy fino! No se confíen nunca de las apariencias. Son muy tramposas.

.- Pero usted las vende, señor.- le protestamos.

.- No, jóvenes, no. Vendo algo más que eso. En las cantinas no vendemos vinos ni cervezas. Eso lo consiguen en cualquier tienda. ¿Qué es una cantina para ustedes? Véanla bien. ¡A la gente! Cantina es como cantar con el corazón en la mano.

Mirábamos a los parroquianos con detenimiento. Borrachines y parlanchines, otros mustios y callados, otros hablando solos.

.- Son demasiado jóvenes. No han sufrido. Vienen aquí poetas, músicos, amantes desdeñados, vienen a “morir, a soñar, y en sus sueños sepultan miles de sus quebrantos”. ¿Me entienden? Son bohemios de corazón, no borrachines estúpidos o pajarracos ociosos.

Y entonó con voz de barítono en italiano: “el amor es un pájaro rebelde, muy difícil de domesticar. Crees ya tenerlo en tus manos y se te escapa. De nada sirven amenazas ni plegarias. ¡El amor! ¡El amor! Un niño gitano. Jamás, jamás ha conocido de leyes... Si tú no me amas, yo te amo. Y si te amo, ¡cuídate de mí!”

El cantinero no pudo evitar un largo suspiro y muecas de congoja. Con las señas de una mano, nos pidió amablemente que nos fuéramos, con la otra mano y un pañuelo, contenía el raudal de sus lágrimas.

Fuimos en busca de otra aventura, dejando atrás el duelo de almas insurrectas, embriagadas entre sonrisas ambiguas, brutales, insultos y venganzas ocultas, afectos fugaces, devorados por la incredulidad y malicia en encontrar o no la puerta de salida de “El claustro de Dionisio”. Nos alejamos de una taberna más, donde luchaban a capa y espada, por defender su decoro de cuna y tumba de las democracias. Tarde que temprano, arriesgamos todos a liberar nuestros juegos del amor y desengaños en la taberna de “Dionisio”.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Al despedirnos, un amigo del grupo puso cara sombría. Y quedamos a solas.

.- Camilo, tengo algo que decirte. A veces hay que aprender en experiencia ajena. Sé de tus sentimientos por Berta. Cuídala, acércate a ella, porque te necesita.

.- Me interesa. Pero dime algo más, ya me preocupaste.

.- La ronda un tipo que es su vecino. ¡Un perverso, un demonio, un hijo de...!

.- Ojalá no exageres. Pronto la buscaré.

.- Abusa de su soledad. Hazlo pronto. Antes que haga daño como hizo a mí... Cuídate, siempre anda armado con cuchillo o pistola.

.- Confío en tu palabra. Gracias. Veré que hago.

.- Como gustes, pero Stephen tiene algo que te interesa.

.- ¡Stephen! ¿Qué tiene que ver con esto?

.- Tranquilo, ya pasó mucho tiempo. Es novio de la “Pecosa”. Están comprometidos. Ve con Stephen, nunca sale del billar.

- 2 -

La gran ciudad es una colmena gigantesca, luce sus millones de toneladas de cemento, vidrios, acero y millones de máquinas, motores, mascaradas, alfiles y peones, rodando en cementerios de lagunas y ríos secos, como fardos de mazorcas y barriles de ilusiones cadavéricas. ¡Una carroza errante, anaranjada, que apenas sale de su pozo oscuro, vomita en el aire sucio, la basura de sus heces, y efluvios de calzones y camisetas apestosas, orines de cervezas agrias atrapadas en ventanas cerradas, pese a los calores bochornosos! Es su revancha de la gente de humo, lágrimas y mazorcas que blasfeman a diario contra el “Metro”, su carroza usual, en su faena interminable, por la locura de duendecillos que van y vienen sin sentido.

Pero, soy un “metronauta” más en este fiero mundillo, rodeado de volcanes y pantanos secos.

La carroza naranja, movediza, que rodea la cintura rechoncha del gigante, se inventó como refugio de millones de “metronautas” renegados de su vida sedentaria, devastadores de la madre naturaleza. Todos apretujados a diario, en una promiscuidad irreverente por cada costado, pasan las horas como trozos de salchichas sin rostro, sin mohines, sin llorar, ni sonreír. Los adultos adormecidos, marchitos, de pie y sus piernas encajadas con las del vecino sentado, prohibiéndose mirar a otro vecino tan comprimido contra su cuello. Al bajar del vagón en una estación los “metronautas” corren a otra estación, donde su peregrinar se vuelve interminable.

De buena gana, tiro hoy mismo en el cesto mis estudios aquí en la gran ciudad. Además los días festivos o las ocasiones de tertulia con mis compañeros de escuela o de la oficina facilitan compartir experiencias, conocimientos, inquietudes. Mis compañeros regresarán a Chiapas, Chihuahua, Tabasco o Durango, o cualquier parte del terruño que añoramos, apenas terminen sus estudios.

-3 -

Me sorprendió en cierta ocasión encontrar a Román de visita en Jantla. Me invitó a su fiesta de cumpleaños. Se reunía con amigos suyos, trotamundos, cirqueros y malabaristas, novilleros, vendedores de flores, de canicas y marimbas o fulleros, hablando de sus aventuras en tierras lejanas. Casi todos cuarentones y con medallones al cuello, de cobre, y tatuajes con figuras de lunas, sapos, gatos o chacales.

.- ¿Cómo les ha ido en su vida? – hablaba Román con desgana.

.- Ahí va, ahí va la cosa. – Le contestaban.- Órale, más cervezas y vino.

.- Y ¿cómo va tu familia, tu matrimonio?

.- Ya me divorcié. Era lo mejor. Mi ex me dejó y volvió a casarse con un canalla.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Carajo, cuenta siempre con nosotros.- el gordito del grupo le estrechó la mano, arrastrando un tono de cachaza.

.- Pero, ¿vives solo?

.- No, vivo con mi nueva familia.

.- ¿Te casaste otra vez?

.- No, queremos ver si funciona. Ella tiene sus hijos.

.- ¿Y el padre de ellos o lo que sea? ¡Al menos tienes tu casa! ¿La perdiste?

.- No, en eso ando. Tenemos que trabajar muy duro.- dijo Román con el ánimo abatido.

.- ¡Falta que te orine un perro! ¿Tampoco ella tiene su casa?

.-El tipo con el que vivía, la convenció de venderla. Ella cooperó con sus ahorros y perdieron todo.

.- Quiero vengarme.

.- Te has tardado.- un tipo de lentes jalaba la cuerda, rascando hasta el final, y ¡rascarle era sacar la sangre!

.- Ahora tenemos una *bronca* con los hijos del tipo. Montó un nido de víboras. Luego se fue a vivir con otra.

.- Pues debes matarlo.- él de la frente estrecha puso una pistola en las manos de Román.

.- Para eso somos amigos. ¿Cuándo lo harás? Es por tu honor.

.- Ya lo he pensado. – dijo Román.

.- Eso no se piensa. Ve solo, o si te achicas, vamos todos juntos de una vez.- gritó él de la frente estrecha.

.- Lo haré solo. Con un plan, para hacerlo bien.

.- Nunca lo harás. ¡Eres una gallina!

Se pusieron de pie, y él de la frente estrecha le cruzó a Román una bofetada en la mejilla. Y Román se rindió.

.- El pleito no es contigo. Te devuelvo... tu cosa.- le regresó el revólver.

El gordito intervino. Con sus manos corpulentas se llevó al tipo furioso. Así el lío se acabó.

Después caminé un rato con Román.

.- ¡Algo te apura! – me echó la pulla.

.- Si, algunas cuestiones...

.- Déjate de misterios y echa al aire tus desasosiegos. ¿Qué me cuentas de la “alpinista”? – exclamó con tono moscardón.

Sus artificios de sufrimiento y de manso se borraron.

.- No lo sé, no la he visto. Ya que hablas de ella... – No me sorprendió con sus palabras a medias y dobleces.

.- Y ¿la otra chava? La de los ojos grandes, la que te gusta por seria. Un día la vi, paseando con sus mininos elegantes. ¡Ya es hora que elijas una y que vivan juntos! Viviendo solo, o acabas en la borrachera o te vas al convento.

.- Mira cómo te ha ido... – le repliqué en reproche, esquivando los alfilerazos y embrollos.

.- Eso no te importa. No me vengas con minucias. ¡Uno come pan salado y cervezas agrias cuando el bolsillo anda roto! Ya luego, hablamos de tu...- reiteró su táctica provocativa.

.- No seas dramático. Venga tu “disparo”.- le dije.

.- Me han dicho que “la alpinista” ya se casó. ¿Qué sabes o ya nunca la viste? – la noticia me paralizó. Sentí una puñalada de fuego en mis entrañas. ¡Berta casada!

.- ¡Ya la perdiste! – Me extrañó un detalle. ¿No la conoce por su nombre o lo disimula?

.- De nada sirve lamentarse.

.- Si no las quieres, yo te las cuido... antes que un salteador te las robe.- el gesto de Román no era de sarcasmo, sino de la estupidez, del alcohol y de sus infortunios.

Con sequedad en la boca, sentí a Berta fuera de mi futuro. Abrí la puerta a la duda, a la probable falsedad de su boda. Advertí la cizalla en su juego de palabras. A toda costa, buscaba arruinar mis mejores días en Jantla.

Al brincar de tema y perspectiva, sentí otro pinchazo.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Román, esto te interesará mucho. Un día antes de la graduación, antes de aquella noche disparatada, encontré una tarjeta en mi casa. No conocíamos a la señora Lucía, ¿cómo ocurrió la invitación aquella noche? – Viéndolo bien, noté el hedor de sus evasivas.

.- ¡Ya pasó mucho tiempo! Ando enredado en mil broncas, y quieres que me acuerde de bagatelas, de una miserable tarjetilla.- farfulló con tono lastimero.

Había sangre en la mano derecha de Román. Sacó un pañuelo de su bolsillo y comprimió la herida. Debió apretar demasiado un vaso de vidrio en el bar. Su mirada estaba fría como el hielo de la cerveza. Me dio la espalda, y caminó con prisa.

Sentí el alivio de despertar frente a la insidia con el singular disfraz de la amistad.

No es fácil distinguir entre amigos y rivales.

Quise salir de dudas sobre el matrimonio de Berta. Recordé el domicilio de su familiar, la abogada. La calle de “Obrajuelos”. Pero en el camino, casi tropecé con Stephen; salía del billar.

.- Hola, Camilo.- me saludó con gesto amistoso.- Llevo prisa pero quería verte. Me enteré de algo importante.

Brevemente me puso al corriente de mi amiga. En realidad, Berta no estaba casada, pero una serie de desgracias la obligaron a salir del país. Me entregó unos papeles doblados que sacó de su cartera.

.- Lee con cuidado. Ven a verme, si tienes dudas.

.- ¿Puedes decirme cómo te enteraste? – le dije a Stephen.

.- No te preocupes. Apenas la conozco, pero alguien que la quiere desde niña, es mi tía. Si tienes broncas, ven conmigo y ajustamos cuentas con ese maldito *cerdo*...

Era un recorte del periódico.

“Joven drogadicta provoca accidente; causa dos muertes.”

“La culpable del accidente de ayer por la noche, es una joven de nombre Berta. Las autoridades señalan que hubo dos muertes y tres

heridos de gravedad. La joven imprudente conducía en estado de ebriedad, al chocar de modo criminal con otro carro y atropellar a dos peatones. No se descarta que sea drogadicta. Sabemos que huyó del país.” “

“Un joven que atestiguó los hechos, tuvo la valentía de hacer la denuncia. A petición suya, nos reservamos su nombre.”

Además venía un manuscrito para aclaraciones: “En realidad, Berta tenía un vecino. Pronto el canalla mostró intenciones claras de agradarle. Logró su amistad, pese a que ella le rechazó sus pretensiones. Pero el tipo aprovechó de su soledad y empezó a manipularla. La asedió acaparando buena parte de su tiempo. Mentía por todo el pueblo, diciendo que ya eran amantes. Ella aceptó a subir a su carro. Era la primera vez, aceptó una copa de vino y después.... Sucedió lo peor. El desastre terminó con un accidente automovilístico. Berta nunca supo manejar, ni tenía licencia de conductor. Así el accidente produjo daños sangrientos y aparatosos. ¡Ese mismo tipo que la abusó, y conducía el carro, es el que presentó la denuncia!”

El manuscrito era un anónimo, pero confíe en la honestidad de Stephen, dada la seriedad de las circunstancias. Ciertamente, tuvimos Stan y yo un problema con su tío “El Popeye” por unas bolas de billar, pero Stephen nada tenía que ver con este enredo.

-4-

Al regreso a la gran ciudad, me resistía a sus costumbres. Sin ser una excepción, en la gran ciudad, nos convertimos en mutantes, en una especie humana diferente. ¿Cómo sobreviven aquí millones de “metronautas” soportando terremotos, guerras eternas del tráfico urbano, los pisotones de las prisas, días enteros con lluvia, las iras y caprichos de tiranías históricas? ¿Soy un “metronauta” más, tan anónimo como automático, hundido en el océano enorme de cemento en que navegamos sin remos y sin rumbo?

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Desahogaba mis pesares y recelos en los correos electrónicos. Reflexionaba a veces que el tren del “Metro” era una simple máquina, pero un ejemplo heroico de orden y rigor frente a la locura del caos en la gran ciudad.

Ese día recibí por celular un mensaje de mi hermano Carlos:” Vino tu amigo “El Pato”. Quiere que sepas que se va de Jantla con su familia. Los están extorsionando. Dice que algo tiene que ver con lo de “La huerta” y que no te preocupes.”

“Resurrección”

Una tarde, debía asistir a una conferencia. Llegué tarde, pero una persona me entregó la nota del contenido de la conferencia. La leí de inmediato: “Resurrección”.

“Después de la crucifixión y muerte de Cristo, lo esperaba su Padre, allá en los cielos. Para la audiencia que Cristo solicitó. El rostro del Dios Hombre iba bañado en lágrimas. Guardaba silencio. Su Padre comprendió. Esperó que hablara.

“Y Cristo habló.

“.- No tengo palabras qué decir, Señor Padre. Debo seguir con la obra de usted. Eso haré o bien si lo ordena, esperaré al regreso de su misión. Yo desconocía de la impaciencia y del arrepentimiento. Y si usted me ordena un proyecto de mi servicio ante Usted, lo pondré a su anuencia.

“.- Ellos te insultaron, te apedrearon, te crucificaron, te mataron. Sabían que ibas en mi Nombre y me desobedecieron. ¡No les llames humanos! Y Tú ya eres Nuevo Dios.

“.- Si, Señor Padre, quise ser un humano como ellos...

“.- Te advertí que después de echarlos del paraíso, los desconocí. Caín mató a su hermano, y eso no les bastó. Les hablaste del camino del amor y de la paz.

“.- Señor, son criaturas indefensas. No son de mala fe, ni quisieron hacerme daño.

“.- Aun tienes algo de humano. Siguen con sus guerras, se matan entre ellos, roban, maldicen mi Nombre, desprecian a sus padres y madres. Eres un Nuevo Dios.

“.- Dios Padre, me dedicaré a lo que Tú me ordenes.

“.- Dejo a Gabriel en tu ayuda.

“.-Señor, ¿Puedo pedir a Pedro su presencia?

“.- Gabriel estará presente.

“El Padre Dios se retiró.

“Gabriel pidió que viniera Pedro. Y vino encadenado, bañado en lágrimas y custodiado por los ángeles.

“.-. ¿Qué hizo Pedro? – Cristo lo miró sorprendido.

“.- Te traicionó cuando cantaba el gallo; se escondió de los soldados que te apresaron.- dijo Gabriel.

“.- ¿Pasó algo bueno, de algo bueno sirvió mi trabajo, ya no hay guerras entre ellos? ¿Cumplen con los mandatos de Padre Dios?

.”Contesta a sus preguntas.- reiteró Gabriel.- Los animales juntos no son capaces de destruir como los humanos.

“.- Pedro, ¿siguen con sus guerras, se matan entre ellos, roban, mienten, desprecian a sus padres y a sus madres? ¿Ofenden al Padre Dios? – le pregunta Cristo Dios.

“.- Pedro, ¿qué es lo que han hecho? – le dijo Cristo Dios.

“.- Aviones, buques grandes, ciudades grandes, Señor.

“.- Pedro, son cosas y máquinas. ¿Las usan para algo bueno? – Le dijo Cristo.- ¿En las ciudades grandes no matan? ¿No roban? ¿Respetan a sus padres, a sus madres, veneran al Padre Dios, blasfeman?

“Pedro no contestaba.

“.- Pedro, debes obedecer. – Hablaron los ángeles.

Tan concentrado estaba en la lectura, que no me daba cuenta que dos chicas insistían en mi atención.

.- Camilo, ¿te gustó la nota del doctor Joram? – me preguntó una chica.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Si. No viniste a la conferencia.

Las miré con detenimiento por su parecido a Nayeli, sus ojos de paloma y a la “Cocoya”, su natural coquetería.

.- Camilo, te haremos una entrevista. Es parte del trabajo.- dijo una, parecida a Nayeli.- ¿Podemos comenzar?

.- Si, si claro. Venga pues la pregunta.

.- ¿La ley humana concuerda con la ley divina?

.- Bueno, creo que sí. Evitan la destrucción, la violencia, los odios. Eso creo.

.- ¿Y qué opinas? ¿La cumplen?

.- Bueno, es una pregunta nada fácil... Queda al albedrío de jueces, defensores. ¡No son dioses!

.- Dime el nombre de cinco guerras en los últimos años.

Le di el nombre de algunas guerras y él de seis iglesias.

.- Camilo, si recuerdas el Éxodo, ¿crees que la orden divina a Moisés de mover a la gente y atravesar el mar Rojo, fue por evitar su esclavitud en Egipto? o bien ¿fue por la necesidad de todo pueblo por asegurarse en su propia sede?

.- Creo que por las dos razones. Sin una sede segura, cualquier pueblo se arriesga a la esclavitud.- me hizo reflexionar la pregunta y mi respuesta.

.- ¿Odias a alguien? – la chica me miró fijamente.

.- ¿Crees que Joram está loco o neurótico?

Sus miradas coquetas atrajeron mi atención. Luego rompieron los papeles de la supuesta encuesta.

.- ¿Por qué las rompen? – les protesté. – Conozco a Joram.

.- Ay ¡mira qué susto! Me pones a llorar. - las dos se reían.- Camilo, eres tonto, pero nos gustas. Escoge una de las dos. La que te guste o prefieras. Las dos nos interesamos en ti.

.- Las dos me gustan. Denme tiempo. ¿Estudian psicología?

.- No, estamos en el tronco común. Eso qué importa.

.- Invítame a bailar.- se insinuó la chica parecida a la “Cocoya”.

- .- O invítame al café o a pasear al parque. Hablaremos de lo que quieras. De lo que nos importe a ti y a mí
- .- Ya es tarde, y como les digo me gustan las dos.
- .- No te puedes quedar con las dos. Somos buenas amigas ¡no te pases de listo con tu insinuación!– Dijo una de ellas.
- .- ¡Quieres a otra chica! Pero somos muy jóvenes. Piénsalo, queremos ser tus amigas.
- .- Las guardaré en mis sueños. Porque las dos me gustan.
- .- Mira, es poeta. Mejor para mí.- dijo la parecida a Nayeli.
- .- Camilo, te dejamos teléfonos, celular, nuestro mail. Puedes buscarnos pronto.- La chica parecida a la “Cocoya” miraba algo en mis manos.- ¡Tiene un periódico amarillista! Mira, no es poeta....
- .- No somos tontas. Odias al “Metro”, a la ballena de naranja. Leímos tu periódico.
- .- No, está enamorado de una chica de su pueblo. No se fija bien en nosotras. No te olvides de mí, yo no estoy jugando contigo.
- .- ¿De donde son ustedes?
- .- Yo, ¡Como la ballena, de la playa, del océano...! Allá de Tuxpan, en Veracruz. – dijo la parecida a la “Cocoya”.
- .- Yo soy de Tónichi en Sonora.
- .- Bueno, pero quiero regresar a Jantla, mi pueblo. Y en toda forma, quisiera conocer a las dos. Necesito tiempo.
- .- Y ¿tienes amigos?
- .- Si los conozco en la escuela y por el trabajo.
- .- ¿Tienes un buen amigo al menos? Habla con nosotras Ten confianza.- sonreían con un aire muy amable y cordial.
- .- Algo les pasó, eran siete. – les dije.
- .- ¿Un accidente o enfermedades? – moví la cabeza negando como respuesta.
- .- ¿Alguno se suicidó o dos?
- .- Dos se casaron, dejaron la escuela, no los he vuelto a ver. Uno murió ahogado en el río, en mi pueblo.
- .- Pero...

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- No me gusta hablar de eso.

.- Si, claro, Camilo, es muy duro perder amigos. ¡Lo sabemos!

.- Espero de verdad pronto tengamos una buena amistad y duradera. Y quiero verlas, llueva o truene.

.- Camilo, ¡No todo es inmundo como en Babilonia!

.- Camilo, debemos irnos. ¡Te *cae*, si no me llamas...!

Las dos chicas se despidieron con una sonrisa. Seguí sus pasos con la mirada, ellas volvían a mirarme, sonriendo con la mejor expresión que sólo dan los buenos amigos. Con ellas vi que hay ángeles en la ciudad, no sólo en Jantla. En sus pasos encontré otro camino, otra mirada, una mirada distinta de mis secretos.

- 5 -

Emprendí por fin el viaje ansiado, rumbo al Norte del país. Dormí a pierna suelta por unas horas. En una parada del camión, se retiraron unas doce personas. El camión quedó medio vacío.

Un señor de gafas, ya canoso, con traje gris y su bata blanca de médico, se apoltronó en el asiento contiguo al mío.

.- Joven, buenas noches... – Me saludó amablemente.- Qué viaje tan largo nos espera.

.- Si, entre menos paradas del camión, llegaremos más rápido.

.- No llevo prisa. Tengo edad para entender los reveses de la vida. Y ¿usted?

.- Sin duda. Todo el tiempo que se pueda.

.- No sea complaciente, Camilo. Yo lo conozco. Mejor dicho, leí el artículo sobre Lucía.

.- ¡Buena sorpresa! Este mundo tan pequeño.

Hubo una pausa. No presentí nada extraordinario.

.- Me han hablado muy bien de usted. ¿Qué me cuenta de su pueblo, de la casa de Lucía? Mire, sus ideas no me gustan por arrogante. ¿Quién se cree usted en retar a la fortuna? Puede perderlo todo en los dados. Es usted muy afortunado.

.- A veces, doctor.

.- Deje que me presente. Soy primo del marido de Lucía.

.- Vaya, qué sorpresa. ¡Usted los conoció muy bien!

.- No tanto. Fue un primo lejano. Murió siendo el último marido de Lucía. No el primero, ni el segundo, ni... Pero viera sus celos. ¡Por Lucía, claro! Y ya que andamos sin prisas, ella tuvo uno de esos amoríos, justo con usted.

.- Algo imaginé, ¡tan guapa! ¡Tuvo las parejas que quiso! Nadie se le resistía.- agregué sin pensar.

.- Pero si usted mismo quiso resistirse, ¿lo va a negar? Ella pedía el amor fresco de la juventud. Y usted no hizo esfuerzo alguno por retenerla. ¿De dónde inventa que haya muerto? ¿Piensa usted en la muerte?

.- ¿Yo, en la muerte?

.- Si, usted, claro usted, ¿con quién estoy hablando?

.- Dígame, tal vez me distraje.

.- Joven Camilo. No cuente la edad sólo por el pasado. Vea los años que le faltan y haga feliz a Lucía con lo mejor de su vida. ¿Cree que la juventud es eterna? Dígame algo que le importe mucho. ¿Hay alguien por quien usted lo daría todo?

.- No, no, no lo he pensado. ¡Quiero vivir por mucho tiempo! Vamos, doctor. ¡Es usted quien usted apuesta a los extremos!

.- Bien, ¡usted no ha matado a nadie! ¡Diga la verdad!

Sin contestar, un resoplido profundo le dijo mi verdad. Sí, maté mis sentimientos. Con saldos muy amargos. ¡En realidad no me perseguía el recuerdo de Lucía, sino que ya vivía enquistada en las venas de mi sangre!

.- He intentado olvidar a Lucía. Su memoria me persigue a toda hora....- Confesé algo del ardor que por dentro me quema.- Cometí un error con esa mujer. Ignoraba todo, cuando íbamos a su casa. No la conocí antes. Un grave error de juventud. Traicioné mis impulsos y me faltó coraje, para franquear mis sentimientos a una mujer muy digna de amar, quiero a veces olvidarla, pero...

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Mire, usted Cirilo...

.- ¿Cirilo? ¿Quién es Cirilo?

.- Tienes razón Camilo, debí confundirte. Luego se lo explico.- el médico sorbió un trago de agua.- Olvídense de bobadas. ¡Está luchando contra sus mejores anhelos! Se entregó a usted. ¡Ambos se necesitan! Mire amigo, miles de rufianes y sinvergüenzas han arruinado a inocentes personas como usted y Lucía. Bien que lo sé por mi profesión y experiencia. - el doctor rascaba su cabeza.- ¡Usted también la necesita! ¡Ni lo piense!

.- Bueno, Román y yo probamos los brebajes...

.- No ve con claridad las cosas. Pero, ¿a quién, a quién le importa ese maldito imbécil? – la furia del médico enmudeció aun a los pasajeros más alejados de nuestros asientos.

Hicimos una pausa. El médico tomó una pastilla.

.- Mire, no la olvide. Conozca de la historia de Lucía, indague sobre ella, de su pasado, de sus logros, y divulgue a su gusto lo de esa historia.- Clavó su mirada directo sobre mi persona, recorriendo de abajo hacia arriba. – Conozca, conozca de su historia. Y por desdicha, sus relaciones maritales no fueron de lo mejor.

.- Suena interesante. Lo prometo. Claro que escribiré sobre ella, sobre su historial. Se lo prometo.

.- Escriba sobre ella con pasión y ternura, no con montones de palabras de filósofos, o números diarreicos de un matemático. Infórmese de su vida, de su historia, si es posible desde su niñez. Al conocerla, usted la amará mucho más. Vea el desprecio por las mujeres de la región. A nadie importan sus cambios, experiencias y costumbres. Diga la verdad. Quizás le resulte imposible comprender la vida de Lucía. Sus deseos de libertad, tan fácil que ella o usted caigan en las tentaciones del demonio. ¡Usted tan joven y ella tan solitaria! La gente ignora su historia. Las ven como fantasmas. Conocerá sus secretos del amor. No todos, no todos, claro. Ella, desde niña, espera al ángel que el cielo le profetizó que llegaría.

.- Créame, lo prometo. Pero, doctor, no soy poeta.

El médico mostraba cansancio. Siguió su discurso.

- Volvamos a lo nuestro. No, no, nada es tan sencillo. Conózcala, ella lo espera a usted. Mire, vayamos en orden y comencemos por el principio. Sobre todo, en las historias que usted divulgue sobre fantasmas o las fábulas, sea implacable con los hechos. Y más todavía, ¡sea sincero y no confunda una cosa con otra! Son confusas a veces, pero no, los amores son como fantasmas. Bueno, bueno, ¡lo dije sin pensarlo! No escriba estas palabras, táchelas, bórrelas.- Era la primera vez que en algo coincidíamos.

.- Ahora yo mismo me exijo ese hábito.

.- Antes de ir al grano, le diré que se equivoca del todo, en la edad de Lucía. Pongamos orden en esta charla.- el médico se arrellana otra vez sobre su asiento, mientras nos relaja la marcha del camión, atravesando por el Norte del país, sembradíos, pastizales, pozos con riego por aspersión, tractores y cacharros.

.- De modo que usted va a Texas. ¿A qué va?

.- Si, de visita a familiares. Tengo curiosidad por los ríos de gentes que van al Norte en busca de ilusiones.

.- Ya es algo, algo más de lo que hay en este desierto. ¿Qué otra cosa esperan?

.- Cierto. ¿Qué haría usted? – pregunté al médico.

La cercanía de la frontera y la vista de migrantes caminando abrumados sobre el desierto con sus magras mochilas, y sorteando colinas de arenas y guijarros. Parecieran reclutas voluntarios para guerras ajenas. Estos migrantes, niños o viejos, no sueñan como sus padres en las lluvias y ríos de miel, prodigios y el oro, sino que huyen con resignación del hambre de esperanzas, de mezquinas trabas a sus afanes y baños de sudores.

Víctimas de arcaicas quimeras, labradas en leyendas de miles de familias que, cruzando la frontera, se llenan de dólares. Cada migrante ha escuchado sobre la deslumbrante y grandiosa arquitectura de edificios de Nueva York, Chicago, Dallas, miles y

miles de negocios que piden con lágrimas al cielo, la llegada de trabajadores con la paga de unos cuantos dólares por hora.

Seguí tomando nota del relato del médico. Nos dieron una pausa, antes de continuar hacia la frontera. Cargué en mi agenda electrónica varios datos sobre la historia de Lucía, derivados de la charla con el doctor. Envié mensajes por internet a varios amigos, principalmente a mi hermano.

En Delicias, Chihuahua, bajé del camión de pasajeros, renunciando a mi viaje hasta la frontera. El médico dormía. Y busqué por todos los medios regresar con celeridad a mi pueblo, o más exacto, me propuse ir directo a la casa de Lucía, o lo que sobrevivió a la ira del incendio. Por suerte hallé un autobús con destino al rumbo de Jantla.

SEGUNDA PARTE

Las siguientes narraciones escritas en tercera persona, se refieren a las indagaciones sobre la vida de Lucía, y de las principales personas, situaciones y cambios que la han rodeado a lo largo de su vida.

Capítulo IX La hora cero.

Durante la infancia de Lucía, su familia se ocupaba de labores agrícolas, alternando con un taller de cerámica y un menudo negocio comercial. Una vida muy dura de penurias y privaciones nubló sus primeros años. Más tarde, su padre aprendió de la herrería, de la carpintería, de utensilios toscos y del comercio comenzando con su local y estantería primordial. Su ventura tropezaba con grandes trabas. Comprendieron que en ese pueblo pequeño solitario en el mapa, oculto entre áridas montañas, las estrecheces resultaban invencibles. De hecho, se convertía año con año, en un pueblo colmado de indigencias y desalientos. De un golpe, se desmoronaron los últimos soportes de su agricultura campesina y de la ganadería enflaquecida.

Corrían los años de fines de los cincuentas.

Aún las ventajas que tiempo atrás tributó la vecina montaña “Matlazinca”, por la cura legendaria de graves enfermedades, nacidas de los miedos, y conjuros de enemigos, dejó de atraer peregrinos de lugares distintos. Sus aguas milagrosas, su capilla y jardines marchitos, se desvanecieron junto con el destierro de las zarigüeyas, halcones, lobos y coyotes.

Poblada la montaña de leyendas de cuatro brujas, de magos y enanos jubilados de los circos, y repleta de barrocos baúles de oro y diamantes, su historia se diluyó en la memoria caprichosa de los abuelos. Nuevas capillas de pueblos vecinos le arrebataron peregrinos y feligreses, hasta perderse en el estiaje de los otoños.

En aquella época, un terremoto devastador sacudió las entrañas de la región y del centro del país. De zonas aledañas, corrían rumores de que los ríos salieron de su cauce, de fisuras en las montañas y de que los muebles y las personas atemorizadas rodaban sobre los pisos cuarteados, como marionetas sin control. Cientos de mujeres, niños y ancianos acudieron a las parroquias de las rancherías más cercanas con cirios y velas, pero ya repletas las iglesias, formaron inmensas hileras en las calles aledañas, orando al cielo que aplazara el fin del mundo al menos unas horas para orar y confesarse, y suplicar por sus familiares ausentes, de los cuales no tenían noticia alguna.

Lucía y sus familiares se marcharon a Jantla, un poblado de mayor importancia y ventajas para su crecimiento. Predominaba un ambiente natural semejante, pero beneficiada por vastos sembradíos de frijol, trigo, maíz. Varias frondas de pinos, eucaliptos, cipreses, o acacias, simulaban las pobrezaas de los suelos, y de las aguas subterráneas.

La red caminera beneficiaba al pueblo de Jantla, por sus cruces con los caminos zonales. Sólo el hechizo de la astucia y dotes comercial, eran la promesa de salvación.

Nacida del primer matrimonio, su padre, Silvio, rescató a Lucía de la orfandad completa, a la muerte temprana de su madre. Esfumados los papeles, fotos y rastros del pasado, la nueva vida se deslizó en los juegos de la segunda infancia. Como primogénita, Lucía cooperaba en las tareas de la crianza de sus hermanos y del manejo de los negocios del comercio y de la cerámica. Luchando ante los sinsabores de la pobreza, parecía lógico en el mundo adulto de Silvio, su padre, entregado al afán de sobrevivir de una

familia de muchas bocas, y el entorno complicado de negocios inseguros.

El aumento de ventas en los inviernos, en los festejos de las navidades y de los años nuevos llenaba su ilusión, halagando la clientela y escuchando sus congojas con la virtud paciente del buen vendedor.

Y el mundo de juguetes de Lucía, como niña, se vio arrollado por el abanico de faenas y apremios, pero las máscaras del juego de la fortuna son dar y quitar, sonreír y llorar. Es una adivinanza miope, no el disparo certero a veces altanero de la ciencia, el valorar los rumbos y futuro de la infancia, y esfuerzo doble cuando recae en los hombros de la niñez, el peso abrumador de la orfandad, aun de la orfandad a medias.

Poco existía de intereses, de ideas y edades afines entre Lucía y sus hermanos, procedentes del segundo matrimonio. Pese a todo, le reconocían su contribución al éxito de los negocios, así como en la ayuda en quehaceres de su casa.

Al paso de los años, se hundió en la bruma la huella de la madre biológica, reemplazada por el cariño y entrega de la segunda mujer de Silvio, a la cual por costumbre y formación le concedió el nombre excelso de “madre”.

Luego asistió a una escuela con la formalidad y disciplina necesarias. Obtuvo sin dificultad, los diplomas de su formación elemental, además le asignaban por su gracia y atractivos, papeles destacados en obras de teatro, danza o en ceremonias especiales.

Tuvo un leve problema Lucía con su madre. En sus clases de danza, tenía de compañera una niña güerita, con la cual convivía fuera de las aulas. Pero la niña parecía comportarse como una coqueta por su sonrisa, su falda rosa bordada y su blusa con los hombros al desnudo. Pero además la niña de apellido Wholler, era de una familia presbiteriana. Su madre le advirtió a Lucía que dejara de ser su amiga o la sacaba de la escuela.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Los vientos de progreso no tardaron en llegar para decenas de familias en busca de empleos y en un tirón de la fortuna hincharon sus bolsillos. La familia de Lucía se benefició de la marea del auge por sus talleres cada vez mejor equipados en su negocio comercial, conjurando así los desastres del pasado.

En esa época, don Silvio pagó el anticipo para comprar un enorme lote baldío en las orillas del pueblo. Los proyectos del padre de Lucía abrigaban el sueño de mantener siempre unida a su familia. Iniciaron la construcción de una casa de catorce habitaciones con ese fin. Sin consulta con los hijos, en parte por ser algunos menores de edad, los hilos acicalados de la unidad de la familia comenzaron a mancharse de gris.

Surgía por entonces la época de la televisión, de la radio, poniendo de cabeza a todo mundo, con repercusiones a escala mundial. Grandes noticias cobraban resonancia a lo largo y ancho de las coordenadas geográficas. A veces con retrasos. ¡Qué mataron al presidente de los E. U. A., o que las tecnologías avanzaban a tal velocidad que ya se consumaban proyectos de la carrera espacial a la Luna y a Marte! ¡Había que creerlo pues la información provenía de la magia y fanfarronadas del televisor, sin menosprecio de la majestad de la suspicacia popular! Cualquier ambición o sueño parecía posible, lo peor era la avaricia de la conformidad.

Ya se aproximaba Lucía a los años de la pubertad.

Una tarde primaveral resultó decisiva en su destino. Lucía salió sin permiso de su padre, con amigas emperifolladas al concurso de piropos de los jóvenes pretendientes. Caminaban con tacones, largas faldas y rebozos cerca de la plaza, cuando la gente gritaba y corría asustada. ¡Se soltaron unos toros en las calles! Lucía y sus amigas pronto comprendieron, se quitaron los zapatos y se refugiaron donde mejor podían. A oídos de Silvio, las versiones llegaron viciadas hasta sus celos moriscos. Produjeron reprimendas frecuentes para la hija sediciosa.

Las razones e informes de su padre encajaron con los clamores de la naturaleza. Una ola de ráfagas de vientos, fuertes como remolinos ciegos, recorrió todo el territorio de Jantla. La gente veía cómo sacudían las copas de los árboles, cómo volaban los sombreros, las faldas de las mujeres, las cortinas de las ventanas, y sobre todo en las masas de los polvos oscuros, adivinaban la figura de puñados de monstruos, brujas y demonios, asaltando con torcidas tentaciones las almas inocentes de niños y chiquillas osadas como Lucía.

Es la edad en que la mocedad femenina, como una flor de colores de la vanidad y la inocencia, remeda al girasol en el juego instintivo, automático, engañada por el falso brillo de la nube que atraviesa por el techo celeste. ¡Nada se les puede negar a la mayor parte de las mujeres en esa etapa, menos aun tras el largo historial de homenajes y halagos, que convierten sus deseos en cálculos tiránicos! Su excepcional energía sustenta las fibras del carácter persona, les basta a su impaciente espera, la aparición de la persona en quien depositarán toda su fe y amor, rodeándola de la gala de su canción sublime, del poema de sus sueños, de la mirada prometedora de la resurrección a una nueva vida.

Así arribó a la vida de Lucía uno de los principales, si no el principal acontecimiento en su vida.

❖ Llega a la vida de Lucía, su primer amor.

Esa noche del fin del invierno, Lucía cruzó su mirada de repente con un joven alto, de ojos brillantes y tez morena clara. Y ambos enloquecieron de inmediato, ¡el uno por el otro! No reparó en la vestimenta del joven, y la arrollaron intensas y extrañas emociones. De vuelta a su casa, fue a la cama para dar vuelo a sus fantasías y promesas brotadas del ensueño, rumbo a su porvenir amoroso. No concilió ni quiso conciliar el sueño, a fin de impedir el escape o empañadura en su mente, del perfil de su imaginario amante. Si, si

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

habló y cantó sola por horas como *chalada*, desahogando las ansias por cristalizar su primer gran amor.

Permaneció sigilosa, con la agitación del encuentro casual con el joven, y temprano al día siguiente, volvió al sitio mágico del encuentro llena de zozobras. Alcanzó a verlo, partiendo a caballo, cuando ella atracaba bajando de las nubes, ahí en la puerta principal de la parroquia de Jantla. Se saludaron con el brillo de los ojos, con la promesa firme del amor, de la dicha eterna.

Cobijando en el silencio absoluto sus inquietudes, regresó a las horas del atardecer. Las 18.35 hs, 18.37, las 18.40 hs, 18.43; en el viejo reloj de la parroquia. Pasaban para ella los segundos y minutos, como largas y complicadas horas, hasta que el mensajero del destino le hizo llegar una nota en un papel arrugado.

“Lucía, te espero mañana a la misma hora. Anhelo con todas mis fuerzas ese momento, para expresarte mi querido ángel, toda la felicidad que me has avivado. Pase lo que pase no escuches nada, por favor, antes de hablar conmigo a nadie, no pienses por lo que más quieras en otra cosa, sino en las esperanzas y sueños que ya hemos forjado juntos. Sólo haz caso de tu corazón, contra cualquier sorpresa que pudiera cruzarse entre nuestro promisorio futuro. Todo tuyo, Cirilo.”

El chiquillo portador de la nota se marchó en seguida. En su piadosa primera mentira, el joven pretendiente no despertó la menor sospecha apenas presentida en la ansiedad de una graciosa joven, virgen en el terreno espinoso del amor, virgen del todo, en su inocencia frente a las artimañas la vida. La otra mentira consistía en que usó no su nombre principal, Luis, sino el segundo. Ese era su nombre completo, Luis Cirilo. Sólo una pequeña y menuda mentira.

Su madre advirtió los cambios de expresiones, del fuego natural en las mejillas en esa niña, creyéndose encerrada en su cuarto a solas. Y le agradó por lo pronto, ver la plenitud de la felicidad esperada en las canciones que Lucía, con su ropa de bailarina, susurraba en

armonía con los pasos acrobáticos de danza y creyéndose sola en su cuarto, no cesaba de cantar y bailar, celebrando lo mejor de sus anhelos.

Así la tarde transcurrió sin más zozobras. Ella acudió con toda puntualidad, siguiendo los latidos de su corazón. El reloj de sol, gigantesco, de la parroquia le confirmó su horario. Cada segundo marchaba sobre las gastadas ruedas de piedra del viejo reloj de la parroquia. Lucía sintió una mano cálida en su espalda.

.- Hola, gracias Lucía, gracias que viniste. Te esperaba con verdadera ansia. ¿Podemos platicar ahí cerca? – Cirilo sin pensarlo, le tomó de su mano, la besó con ternura y caminaron juntos hacia el fondo del callejón, pese a lo oscuro y solitario.

Ella no se opuso, y en absoluto nunca pensó en oponerse, estaba feliz como nunca.

.- Dime tu nombre, lo quiero escuchar de tus lindos labios.- musitó el joven y le dio una flor de rosa blanca. - Aunque ya lo sé, jamás podré olvidarlo.

.- Lucía, me gustó que pusieras mi nombre en la nota que me enviaste.- respondió sin hablar, sus ojos desgranaban miles de caricias multicolores.

.- ¿Puedo tocar, acariciar tus mejillas? Eres tan hermosa... Más que cualquier estrella. – Cirilo la veía directo a los ojos, se abalanzó sobre sus labios, besándola, diciéndole palabras de amor con un tono dulce, febril. Ella lo abrazó con vehemencia, por respuesta. ¡No le quedaba tan lejos como una estrella!

.- Vine corriendo, atravesé el pueblo. Me preocupé que te fueras.- dijo Cirilo jadeando y con el sudor en la frente.

.- ¡Te esperaré por siempre! –. Exclamó emocionada, llorando con la voz estremecida y lágrimas de alegría.- Créeme, te esperaba desde niña.

.- Me late el corazón... tiente por favor.- con timidez, ella encontró un botón de la flor rosa, al cual llenó de besos.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

El lugar alejado de los paseantes de la noche abrigó los ímpetus juveniles. El reloj de la iglesia ya anunciaba el progreso de las horas, lo cual nada les importaba. Entonces Cirilo la condujo a un carro blanco, magullado, y sin palabras, sin explicaciones, con besos en silencio.

.- Quiero que cenemos juntos. – Dijo el joven, ante la expresión tierna, de entrega de la niña joven, que se limitó a un risueño silencio.- Ahí en mi casa.

En el nido de sus sentimientos más profundos, Lucía ya había encontrado a su pareja para el resto de su vida.

El amanecer del día siguiente representó para Lucía, al despertar, la fecha más célebre en toda su vida, una señal portentosa que jamás olvidaría. No encontraba a Cirilo a su lado. Empezaba a vestirse, cuando oyó sus pasos.

.- ¿Cómo estás mi Lucía? ¡Mi ángel!– Le dijo Cirilo.- Lucía, hoy es el día más gran de mi vida.

.- No me dejes sola. Quiero estar contigo.- repuso con dulzura.- Cirilo, ¿me quieres mucho de verdad? ¿Me quieres mucho como yo? Dime algo mi Cirilo.

.- Mira, te quiero mucho de verdad. ¡Eres el primer amor de toda mi vida, te lo digo sin mentira! Nunca podré querer a otra mujer como a ti.

.- Lo quería oír de tus labios. ¡Y ser tuya para siempre!

Los amantes se besaban intensamente. Sin pausa ni respiro.

.- ¡Cuanto te necesito, vivía solo! Pero al verte, sé que te quiero más allá de la muerte, de la paz de los sepulcros...

.- Ay, Cirilo no hables así. Sin ti no seré feliz.

.- Debo ir al trabajo. Disculpa, debo ir a trabajar.

.- ¿Tan temprano? ¿Dónde trabajas? – No existía indicio alguno para abrigar sospechas.- ¿Dónde estamos?

.- Ayudo en algunas tareas, papeles de la notaría, de las cuentas. También tengo otras ocupaciones y planes. ¡Vente, prueba unas cecinas! – cortó la charla, respondiendo a medias la pregunta.

Ambos devoraron las piezas de pan, de carne y huevo con frijol y tazas de café con piloncillo y canela.

.- Lucía, mi ángel, te pido un favor.- los ojos del amante se clavaron febriles en el rostro de su amada.

.- Si, claro, cuentas conmigo en lo que pueda. Cirilo, si ya somos uno solo... una pareja como he soñado. Sólo faltan los papeles de la iglesia.

Cirilo con solemnidad, hincó su rodilla izquierda cerca de Lucía, la tomó de una mano y le miraba feliz a su rostro.

.- Lucía, has llegado como un querubín. He soñado tanto contigo. Donde quiera que mire, recuerdo tus ojos y sonrisa. Quiero pedirte que nos casemos hoy mismo, y unir nuestras vidas para siempre, ¿Aceptas? – Ya mimaba las manos de Lucía en su boca y mejillas.- Dime que sí.

.- Claro, si, seremos tan dichosos. Te quiero mucho, te amaré por siempre.

.- Entonces, ¿vamos con tus padres hoy mismo?

.- ¿Así tan pronto?

.- Si, será lo mejor. Tus padres deben buscarte con desesperación.

.- No, no lo creo. Hablé ayer con mi madre. Me permitió salir con pretexto de una fiesta. Les dará gusto conocerte.- confesó con un aire ingenuo en su sonrisa.

.- ¿No te arrepientes? Dímelo sinceramente.

.- Nunca, soy la mujer más feliz. Abrázame...

.- Vamos con tus padres. ¿Te parece hoy en la tarde la cita para pedirles su autorización?

.-Si, no te sientas apurado. Me siento tan feliz y segura contigo.... Yo se los diré.

.- No, no, por favor, sólo pide la cita y por la tarde les damos la sorpresa.

.- Como quieras. ¡Ya somos de cualquier modo una pareja para siempre! ¿Cierto? Este es nuestro destino.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- No, no existe el destino, es lo que nosotros queremos, lo que dicte nuestra voluntad. Si prefieres verlo de ese modo.- dijo Cirilo a fin de no contrariar a su amada.

En ningún momento cruzó siquiera por Lucía el presentimiento de los escollos que le esperaban. Al salir de aquella casa humilde, nido de su primer encuentro amoroso, no le importó nada, ni al menos recordó los días de pobreza de su niñez en una cabaña a la par humilde.

Debían transcurrir otros mil años o más, para que Lucía reflexionara en la decisión precoz que había tomado, al entregarse sin más a un joven desconocido. ¡En absoluto le importaba a un corazón joven, casi de niña, apasionado, ávido de poblar su mundo de las fantasías de su otro mundo! ¡Era tan honorable, tan noble como ella, como su espíritu gemelo, llenando los vacíos del pasado oscuro!

Antes de tomar el camino a su casa, Lucía acudió a un salón de belleza por primera vez en su existencia, y sólo por ganar algo de tiempo. Embriagada de amor, tropezaba con su propia sombra en las calles. ¿Qué más importaba sino su primer novio y amante? ¡Varias cosas por hacer, danzaban y flotaban en su mente, pensando en un regalo especial para Cirilo!

Entre tanto, varios informes directos y algunos recados anónimos llegaron a Silvio, el padre de Lucía. Datos muy preocupantes, nubes oscuras en el horizonte que obligaban a su progenitor a reflexiones y decisiones drásticas. Apegado a sus experiencias, verificó los informes recibidos en fuentes confiables. Mucho antes de que su hija arribara a su hogar, la suerte estaba escrita.

En cuanto llegó, Lucía habló con su madre, con su espontaneidad habitual. ¿Por qué y cómo ocultar su dicha?

.- Tengo un invitado especial en la tarde. Quiero presentarlo con ustedes, con toda mi familia.- lo expresó abiertamente, y contrariada por el aire suspicaz, esquivo, de su interlocutora.-

¿Qué pasa? Dime, ¿estás molesta? Te avise ayer que iba a una fiesta y tuve tu aprobación.

.- Son otras cosas que me preocupan. Ven y ayuda a preparar la mesa. Ya me ganó el tiempo.- la intención de distraerla no logró efecto, pues el rostro de la mamá de Lucía traicionaba a medias su promesa de mantener algún secreto.

Sus hermanos acudieron a la reunión, todos, menos su padre hasta el momento. Un pesado silencio delataba el aire de angustia en los semblantes de la familia de Lucía. El tiempo pasaba y cuando tocaron la puerta principal de la casa, su corazón acertó de la llegada de Cirilo. Fue en su busca, recibéndolo con regocijo.

.- Te presentaré con mi familia.- dijo ella, abrazándolo, colgada de su cuello, pasaron a la sala.

Su padre ya se encontraba presente, con un gesto de furia, de cólera. Nada bueno presagiaba. Lucía presentó a su novio.

:- Quiero que lo conozcan. Es mi novio y desea quitarles unos minutos para hablar con ustedes.

De repente, una voz con el trueno del rayo irrumpió en el ambiente.

.- Nada hay que hablar con usted, señor.- la voz ronca de don Silvio rasgó la calma del atardecer.- Sé muy bien quién es usted, un impostor, un cobarde ladrón de un corazón ingenuo, y ha llenado de dolor y deshonra a mi familia. Engaña usted a mi hija, no a nosotros. Confíese la verdad y márchese de esta casa. ¡Ahora mismo!

El mundo daba vueltas en la cabeza de Lucía por el golpe repentino, confuso. ¿De qué enredos los acusan? Entonces una extraña pareja joven entró a la sala. La mujer parecía madura, llevaba un atuendo de aspecto llamativo por su escote y su larga falda. Realzan sus rosados pómulos y labios, ofreciendo una sonrisa aparatosa y contrastante con las circunstancias del momento. Su compañero vestía la playera de un popular equipo de

futbol, rompiendo la seriedad propia del momento. Saludaron apenas, una vez sentados en las sillas.

.- ¿Engaños, deshonor? Padre, nos queremos casar con la bendición de ustedes. A eso viene Cirilo, mi prometido, por eso está aquí, es hombre de palabra. No hay ningún engaño.- tenía la boca seca y buscaba el auxilio de los demás. Su madre seguía de pie con la cabeza inclinada.- Lo amo y me corresponde con honradez.

.- Este señor no se puede casar contigo, ni con nadie. Es sacerdote. Traicionó lo más grande de nuestra fe. Sus votos se lo impiden, ¡te ha engañado! – Miraba a su hija.- Y tú eres una niña. ¡Una tierna niña!

.- Si me permite, señor, no soy sacerdote. No he terminado los trámites de mi ordenación, voy a renunciar...

.- No mienta, he hablado con sus superiores. Le pido se retire de mi casa.- el padre de Lucía salió furioso de la sala, jalando de la mano a su esposa.- No quiero verlo nunca más. Lárguese ahora mismo.

.- ¡Ya estamos casados! – la voz de Lucía se perdió entre los ruidos de la calle y los rumores de la estancia. No obstante, seguía mostrando la boleta de solicitud ante el registro civil, en el inverosímil afán de torcer la voluntad patriarcal.

Las promesas, cariños así como los esfuerzos de Lucía en el propósito familiar de construir una fortuna modesta, se trocaban en cenizas del pasado. Los arrumacos de su padre se esfumaban, y siguiendo los latidos de su berrinche, la reacción de la hija predilecta se enderezó con mayor coraje, con mayor intensidad hacia los brazos de Cirilo, su consorte. La estancia quedó a solas, excepto por la extraña pareja que llegó de improviso.

Acogidos por la generosidad de Silvio, se hospedaban en su misma casa, contribuyendo con labores de limpieza y mantenimiento, entre otras. Por entretenimiento, ambos pintaban cuadros al óleo o dibujos al carbón con cierta pericia, o colgaban fotografías, mostrando su vocación por el arte. El lazo silencioso de simpatía

que conectaba a los jóvenes, saltó a un grado especial de amistad, bajo estas circunstancias.

- 2 -

Fuera de la casa, se encontraron y saludaban los cuatro jóvenes, incluyendo por supuesto a Cirilo. Las dos parejas caminaban por separado.

.- Lucía, tu padre fue demasiado severo. Le han predispuesto en mi contra. Lo que importa ahora es tu decisión de seguir adelante.- Cirilo la tomó con suavidad de la mano, invocando una sonrisa afable, después del desprecio y la ira paternal.

.- Hay cosas que no merecen preocupación.- soltó su indignación.- Olvida esto, nada afectará nuestra felicidad. Creo en ti, y eso me basta.

.- ¡Es tu padre!- exclamó el joven, defendiendo a quien los echó de la casa en forma humillante.

.- Por ello mismo. Mis padres están para apoyarme cuando se los demando. Es algo especial, no un capricho, ¿cierto o no? – entonó un gesto mezclado de malestar y arrebato.

.- Quizá tus padres se interesaban en que te cases con alguien de su agrado.- comentó el ex seminarista con el gesto de la orfandad.

.- Olvida el asunto. Ya volverá la calma.- la respuesta firme sorprendió a Cirilo, en buena parte por su enorme distancia con la vida de los seglares, a los cuales en su mundo raro empezaba a descubrir islotes nuevos, como Magallanes cuando descubrió lejanos mares.

La pareja de jóvenes pintores se acercó a Lucía, quien a su vez los presentó con Cirilo. El intercambio de frases amables corría como bálsamo de alivio para la tirantez del momento.

.- Formarán ustedes un feliz matrimonio.- la sonrisa de la joven conmovió a la pareja recién casada

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Nos complace acompañarlos en esta ocasión tan especial. – terció el joven de patillas enormes.

.- Si, permitan que los abrace. Sean muy felices. El secreto de su dicha es vivir sin temores a los retos.- la joven pintora agregó con entusiasmo.

Al caminar, hablaban de temas variados, y la charla derivó al caso de las drogadicciones.

.- Entonces para ti, ¿la drogadicción es un pecado? - le preguntó el joven a Cirilo. Notoriamente, vacilaba su trato entre la seriedad debida al extraño y el tuteo de la franqueza juvenil.

.- Si, por supuesto, atenta contra la salud.- Cirilo procedía cauteloso.- Pero son incomparables.

.- ¿No ha probado usted la marihuana o cocaína?

.- No, no, ni cigarros, no, nunca.- protestó el alma del acólito, angustiado, más no indignado para su propio asombro.

.- ¡Llegó la hora de comer! Se hizo tarde. Entremos aquí.- propuso Lucía. Tomaron asiento en su fonda preferida.

.- Quizá alguna vez tenga que hacerlo contra su voluntad.- agregó la muchacha en defensa de su compañero, arreglando la cinta multicolor que le caía sobre su frente y ojos.

.- ¿Contra mi voluntad? Sería con violencia. Eso no ocurre; nunca lo escuché.- el ex seminarista protestó.

Lucía miraba con interés el vestuario de su nueva amiga. Una falda larga con un estampado de color púrpura, en contraste con su blusa que dejaba sus hombros al descubierto y su escote doble, en forma de corazón debajo de su mentón.

Cierta desazón pesaba sobre Lucía. La falda de la pintora chocaba con los rasgos usuales de la ropa femenina. ¡Nada de los miriñaques con el almidón de esos tiempos, que transformaban en una tienda de campaña el cuerpo de las mujeres, desde la cintura a los pies!

.- Me gusta tu ropa. ¡Un día vestiré igual que tú! – Dijo Lucía, y la mueca de Cirilo brotó por su doble disgusto, por la interrupción y la admiración por el ropaje estrafalario.

.- Pronto te haré llegar un juego de ropa como éste.- le contestó a Lucía.

.- No te apures. ¡Tengo que andar con tapa boca! – Hizo un ademán de ironía por el montón de sus ropas.

.- Bueno, cómprate un turbante y un camello.- la broma de la “hippie”, no fue del gusto de Cirilo.

.- Creen que son signos de pureza. - completó Lucía.

.- Al menos, ¡que tengan esa ilusión! – las dos soltaron la carcajada.

La irritación de los varones se reflejó en su rostro mustio y sus pucheros.

Por un instante, Lucía observó a su cónyuge. Si, era apuesto, las palabras del viento le hicieron imaginar que Cirilo tenía semejanza con la efigie de uno de los mártires, atlético, guapo y seductor, cuya imagen pendía en la parroquia.

La idea le pareció profana. Y se esforzó por escabullir el tema, ¿qué hacen los sacerdotes cuando dejan de serlo? No le importaba que su Cirilo fuera obispo o cardenal, ¿hereje? No. ¡Tantas veces los sermones decretaban el infierno para los herejes! Era lo que menos quería para Cirilo, pues su amor entero la hizo vacilar en acompañarlo a los fuegos y tormentos del averno.

.- ¿Qué hacen por ahora? – preguntó Cirilo.

.- Vivimos hospedados con el apoyo del papá de Lucía. Ahorramos mientras y arreglamos papeles para buscar trabajo en el Norte.- agregó el joven.

.- Ojalá no tengan que irse.- musitó Lucía con tristeza.

Las parejas de los jóvenes seguían sus charlas, compartiendo con curiosidad y común acuerdo, que cuando el amor es verdadero, como el menú perfecto, se prueba de comienzo con el postre. Es

como regalo, la cosecha antes de la siembra; no es un misterio, ni magia, redescubrir la redondez del mundo, donde cualquier punto es final o comienzo; es sabiduría descifrar la reciedumbre de la pareja no en los fáciles días de la juventud, sino en el ocaso solitario de la vida.

Durante la plática, Lucía confió a la joven amiga su interés por ayudar a las gentes menesterosas. “Muchos de ellos se mueren de hambre, se enferman y carecen techo”. Y le contó Lucía que mucho tiempo atrás, algunas casas de los abuelos abrían sus puertas a quien lo quisiera, compartiendo tortillas, panes y bebidas. Iban señoras, niños, ancianos, parientes lejanos, criados, peregrinos que iban y venían; además jóvenes jaraneros a caza de otras cosas inconfesables. Tampoco faltaban, decía Lucía, algunos pelmas que hacían sus itacates o reservas y ahí pasaban toda la noche.

Capítulo X Sobreviviendo a los sueños.

¿Cuál era la realidad y porvenir de Cirilo en esos años de comienzos de los 70, s? Un ex seminarista dedicado en sus años juveniles a las cenizas del latín, filosofía y teología, confinado en un convento rodeado de montañas y bosques, se convertía de repente, en jefe del hogar. Más, desnudo como Adán, ingenuo por ignorar que sería defenestrado de su iglesia, y arrogante por no recurrir a la comprensión de sus suegros, su única familia en el planeta.

Un secreto prodigio ponía a prueba sus votos de pobreza. La mano compasiva de la madre de Lucía intervino en su auxilio. Les hizo llegar las llaves de la casa construida a medias, en la calle de “los huesos”, y el apoyo de una sobria despensa semanal. Además les obsequió una cama vieja, dos sillas y una mesa. Los paseantes le llamaban la “calle de los huesos” por haber sido el lugar de un viejo cementerio.

La mano dura del destino no cesaba de golpearlo, en abrumarlo de desgracias. Naturalmente lo expulsaron de la iglesia. Cirilo se enfureció, cuando lo escuchó en el sermón del domingo. No esperaba que la causa formal fuera por quejas anónimas de la feligresía. Rumiaba por todas partes. ¡Valía más la palabra de pecadores depravados, viles y embusteros!

Posteriormente quiso Cirilo plantear a su superior el problema, desde su punto de vista, desde el punto de vista del novato, que menosprecia el entorno y los detalles. Atendiendo a sus peticiones, el cura pueblerino, regordete y calvo, consintió en escuchar a Cirilo.

.- Tú te lo buscaste, Cirilo. Las cosas se hacen bien o no se hacen. ¿Quieres aplausos por casarte con una chiquilla hermosa?

.- Tengo muy en claro señor cura, las trabas para este oficio. Reconozco mi falta de fe, de vocación. No nací para sacerdote. Quiero permanecer en Jantla.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- ¡La fe, la devoción! Vaya, vaya. Menosprecias a nuestra feligresía y a mis superiores. Elegiste a Lucía para casarte. Es una niña. ¿Con qué artimañas la habrás embaucado? Luego, te corrieron de su casa. Dejemos eso aparte por el bien de ella, no la involucres. ¡Bonita fama te has ganado de andar a caza de chiquillas hermosas! ¡Espantas a mi feligresía, ahora miran la parroquia como un antro de tus diabluras!

– La quiero mucho. No me arrepiento.

.- Tu lugar está en negocios mundanos, no aquí en Jantla. En el futuro las cosas se calmarán. – el cura no quiso reprenderlo más.

¡Cosas del tiempo! El cura de Jantla y quienes conocían a Cirilo comentaban su preocupación por su futuro. O terminaba de vago, migrante o de soldado o de bandolero.

.- No me tome por terco, señor cura. ¡Lo que pueda hacer por mí! Reconozca que me separé de la iglesia fue al casarme con Lucía. No pasaría esto, si los sacerdotes se casaran.

.- ¡Qué tontería dices Cirilo! Tendrás una vida próspera. Ten paciencia. Ahora me tengo que ir. Sigue mi consejo, ve con el prior de Zaragoza. Es una ciudad cercana. No puedes seguir aquí en Jantla.- el cura dejó la carta de recomendación en una mesa, con cierto fastidio.

Por unos meses vivió Cirilo con Lucía en “La casa de los huesos”. Gracias a la familia de Lucía, sobrevivían a pan y agua.

Días crueles hasta que el cura de la población vecina, villa “Gral. Ignacio Zaragoza” lo recibió gratamente. Le previno de las precarias condiciones de la parroquia, recomendando a Cirilo se adaptara a su nueva vida, al mundo de los seres terrenales.

Al dejar su pueblo de Jantla, Lucía pensó en utilizar “La casa de los huesos” para albergue de gente desamparada. Al despedirse de sus amigos, los “hippies”, les pidió que cuidaran de esa morada, salvo que su padre, Silvio, ordenara en contra. Les confió sus planes del albergue, y que tal vez podrían regresar, ella y Cirilo.

La salvación de las mortificaciones humanas se halla a menudo, en una entrega desmedida al trabajo. Cirilo se ocupó en labores de la sacristía, el redoble de campanas, así como de pequeñas pero delicadas tareas. El cambio de residencia, del ambiente, contribuyó a relajar los conflictos de Cirilo.

Al regreso a su hogar, una modesta casita alquilada, recuperaba su felicidad en brazos de Lucía. Fruto de sus pláticas, ella observaba algunos huecos en las tareas de su marido y escogía preguntas más puntuales. Cirilo volvía abrumado por las cargas de trabajo. Algunas tareas debían manejarse con mayor esmero. Algo andaba mal.

Viniendo de una familia de comerciantes, presentía que su marido y amante por falta de entrenamientos y de habilidades, no podía por sí solo, con las tareas de oficina y de las cuentas. Lo desprendía de las conversaciones largas que ambos entablaban, recorriendo por las noches las calles de Zaragoza. Aprendió en los negocios de su padre, los detalles y secretos de las operaciones comerciales, sobre los inventarios, las cuentas y papeleo.

Tarde por tarde, la pareja paseaba por las calles empedradas de Zaragoza, “Las codornices” y “El jaguey”, bajo la palidez del alumbrado y de los faroles negros de las esquinas, donde rondaban los gendarmes con sus linternas de aceite. Eran unas calles tranquilas, mas no faltaban raterillos de carteras, mujeres *callejeras* y borrachines orinando sin cautela.

Cerca del centro del pueblo, las vendedoras de atoles, café, buñuelos, chocolate, y tamales, con frecuencia les invitaban a cenar a la pareja. En los aires musicales, dominan melodías románticas y las trompetas de los mariachis de cantinas.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Con su natural estilo y tacto, Lucía hilvanó el ambiente cordial para su proyecto, ya sazonado en sus reflexiones. Por fin, decidió abordar el tema de sus impaciencias.

.- Cirilo, es mucha tu carga de trabajo. ¡Es demasiado para ti! Te puedo ayudar con los papeles. Creo que no te agradan esas tareas y puedo servirte de apoyo. – fue la propuesta de Lucía ante las suspicacias masculinas.

.- Si, cuando puedas. Es buena tu idea. - respondió amable.- Yo le aviso al párroco, cuando quieras empezar.

Lucía comenzó a organizar archivos, cuentas, adeudos, atención a la gente en la notaría, agendas de las ceremonias. Tan gratificantes le resultaban sus faenas que, al igual que su pareja, no les alcanzaban las horas para zanjar los rezagos. Destrabando añejos papeleos, el clérigo ya le dispensaba su simpatía, y pronto notó resultados positivos. Aumentaron los recursos, con amplias jornadas de misas, bautizos, rosarios.

En las ceremonias importantes, Lucía transformó los usos y hábitos, convenciendo a la feligresía de la necesidad y conveniencia del ornamento, y pompa de las celebraciones, introduciendo hileras de adornos, cirios, floreros, organista y coro, con una larga alfombra, con el mayor boato posible.

La parroquia se inundaba no sólo los domingos y días festivos, sino en días en que reinaba antes un ambiente de soledad. Favorecieron el cambio, un nuevo órgano Hammond de dos teclados, dos guitarras michoacanas, bancas nuevas y algunos atriles.

.- ¿Crees posible Lucía, comprar una camioneta? Si depende de una deuda gravosa, la olvidamos. - le dijo el prior.

.- Prior, si, solo a usted le corresponde elegirla. Lo esperan siempre en muchas aldeas. ¡Estarán contentos de verlo con más frecuencia!

.- Perfecto, sigue con esa medida en los gastos.

Por fin el párroco se daba el lujo de disponer de tiempo para sus tareas y pasatiempos predilectos.

Lucía alcanzó los laureles, cuando la eligieron para representar en el desfile a la patrona de la parroquia. La gente le llamaba “La santa en vivo”, que nació en Perú. Las promotoras del evento decían que era su mismo retrato. Pero los niños que la admiraban cautivados en el desfile, creyeron que se trataba de una princesa de los cuentos de hadas, “Blanca Nieves” o “La Cenicienta”.

Al asomarse Cirilo, sufrió una gran desilusión y malestar. Extrañamente, Lucía no participaba en el desfile como “La santa en vivo”; sino como María Magdalena. Recordó las palabras de Lucas, “ciertas mujeres habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades. La llamada María Magdalena, de quien salieron siete demonios”. Por larga experiencia, desde el seminario, ¡tantos errores que notó en la práctica de los cultos y rituales, y por supuesto, el desfile debió estar a cargo de un pelmazo, zopenco!

La inocencia de Lucía le impedía percatarse de nuevas y gratuitas envidias y enemistades. Nada despreciables.

La parroquia organizó un festival de mojigangas, judas, catrines, caballos alados, perros temerarios, calaveras, entre otros, todos con ropa de trapos de algodón, de cartón o de papel de china o de crepé”. La gente disfrutó del evento, pero al prior se le veía cierto disgusto. Con la esperanza de que Lucía no se involucrara en asuntos del festival, preguntaba por los organizadores.

.- ¿Organizadores? Señor prior, todo lo hizo Lucía.

Justamente oía el prior, lo que no quería escuchar. Nada tenía contra la alegría de los feligreses, pero ya sospechaba que no le advirtieron de los detalles de última hora.

Al final, se reunieron los jerarcas, a puerta cerrada.

.- Señor prior, ¡qué gusto le daría al señor obispo, estar en estas ceremonias! Le fue imposible venir.- dijo monseñor.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- No se preocupe. Monseñor, tenemos parroquias atendidas por un solo sacerdote. Necesitamos uno más, por lo menos.

.- Prior, ¿para qué queremos sacerdotes, si tenemos el apoyo de mujeres como Lucía? – Le dijo al oído el asistente del obispo.-
¿Cuánto no cambiaría todo, de contar con un apoyo como sus lindas manos, mejillas y sonrisas?

El clérigo deseaba grabar el lapsus en las palabras impuras, solapadas, de su superior, un “Romeo” calvito y de sotana.

.- Ah, monseñor, las cosas marchan de maravilla.

.- Lo aprecio, estoy bien enterado, señor Cura.

.- En lo que podamos ayudar, lo haré con gusto.

.- La gente la quiere y adora, la parroquia la necesita. Bien haría para Durero, el pintor, la imagen femenil de síntesis, del tronco de nuestras raíces romanas, griegas. – Suspiraba el prelado exaltado.-
Y ¿por qué no de su belleza?

.- Otro gallo nos cantaría.- dijo el joven asistente de monseñor.

Ambos discutían que los sacrílegos vientos del Norte, atiborrados de música profana, de revistas eróticas con mujeres desnudas, de propagandistas de Lutero y Calvino, no tardarían en llegar a la “Villa del Gral. Zaragoza”.

- 4 -

Ya casado durante más de diez años con una linda, joven y encantadora mujer, que le entregó la flor de su pubertad; al propio Cirilo le perturba su propia liviandad y egoísmo. ¡Los demonios acechaban a la pareja, igual que a los santos! Al envidiar su dicha y temple, una nueva tragedia pone a prueba la vida de la pareja. Un sentimiento amargo perturba los sueños de Cirilo. Una crisis de conciencia ataca las fibras más recónditas de Cirilo. Tarde llega el reclamo de su pasado, de su deserción del sacerdocio.

Por las noches, el desertor del seminario se tortura con un cilicio y púas de maguey, sin despertar las sospechas de Lucía. Al paso del tiempo, esta crisis mística ahonda en lo más profundo, pulimentada por las tentaciones del mal.

Capítulo XI Las ruedas del tiempo.

Desde Jantla, comenzaron a llegar diversas cartas de parte de Silvio a Lucía, expresando sus mejores intenciones de reconciliarse con ella. Al paso de los años, el asunto de Cirilo se disipaba con la complicidad de recuerdos del armario. Con enorme alegría, acrecentó sus deseos latentes de viajar a Jantla, a reencontrar afectos añorados, tan significativos de su infancia y adolescencia. Lucía no se limitaba a un retorno pasajero, sino a un viejo anhelo de reinstalarse cerca de sus padres.

Cirilo no la pudo acompañar por sus compromisos. La recepción fue un gran acontecimiento en la vida familiar, rodeada de cariñosas manifestaciones en abrazos y lágrimas.

.- Padre, vine en busca de su comprensión. Deseo volver en paz con ustedes.- en el tono más franco, solicitó la anuencia para recobrar su espacio en el nido patriarcal. Fue un prolongado abrazo en que Silvio recuperó la ternura proscrita por muchos años.

.- Lucía, Lucía, mi niña adorada, te he extrañado tanto. A veces la mano dura de la paternidad no resulta fácil de comprender. Tu marido ¿por qué no vino?

.- Los dos trabajamos para la parroquia. No podemos dejar solo al prior.

.- No, no, pero vengan en cuanto puedan. ¡Estamos tan cerca de Zaragoza!

.- Me gusta mi trabajo, y no me siento tan lejos.

.- Mi niña... Mi Lucía. – Silvio la abrazó una y otra vez, asomando unas cuantas lágrimas. - Vuelve pronto en cuanto puedas.

.- Nos agrada tu intención de regresar aquí a tu casa. ¡Cuenta siempre con nuestro cariño! Tenemos dos o tres negocios nuevos. Ojalá ustedes nos quieran ayudar.- dijo la mamá enternecida.- Queremos verte pronto. No nos olvides.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

En esa breve pausa, pensaban que una muralla más extendida y sinuosa que la de China, pero una muralla de orgullos vanos, resentimientos pueriles y las intrigas o celos de los hermanos, mantenía separados el amor de los padres con Lucía.

.- Vale más ser francos. Duele mucho a los padres la discordia entre los hermanos, ellos no quieren a Cirilo. ¡Celos en parte! Te lo prevengo, porque soy el primero en pedirte que vuelvas.- su padre apeló a su cordura, sin torcer su rudeza pasada para pedir una disculpa, cuando la echó de su casa. ¡Tanto tiempo había transcurrido!

.- Lamento escuchar el celo de mis hermanos. Pero volveré en cuanto sea posible. Ya miro el reloj con ansías para estar con ustedes nuevamente.- dio un cálido abrazo y besos a sus padres en esta sensible despedida.

En el trayecto de vuelta a la parroquia de Zaragoza, Lucía concibió sus proyectos para desbaratar la malquerencia de sus hermanos hacia Cirilo. Una marejada de optimismo la invadía durante el viaje de regreso.

En medio del camino entre Jantla y Zaragoza, se alza una elevación natural de gigantes proporciones, la majestuosa montaña de “Matlazinca”. ¿Cuántas veces no visitó y disfrutó Lucía en su niñez de las delicias de la montaña? El paisaje y el tranquilo ambiente prendieron gratos recuerdos por unos instantes, cuando viajaba junto con Cirilo cerca de la montaña. Era un día de verano.

“.- ¡Cuánto me gustaba pasear por este rumbo! – Expresó con buenos ánimos a su pareja.- Aquí comíamos, nos divertíamos, jugábamos y luego trepábamos a la cima. ¡Fue una época encantadora!

“.- ¡Si, claro, claro! Trepabas en camioneta o en caballo...ja, ja, ji- dijo Cirilo burlonamente, en una mezcla de resabios machistas que no se consumaron en el seminario. ¡Acarició sus muslos y rodillas con su mano, mientras conducía la camioneta, incitando los fuegos de la pasión!

“- ¡Tonto este! Como si fueras un campeón...- la vehemencia de la joven lanzó el reto que obligó a Cirilo a torcer el volante del vehículo rumbo a la montaña. Las llantas echaron el olor a caucho y fuego de las balatas.

“- ¿Necesitas vitaminas o un empujoncito? – Alardeaba Cirilo con la pinta de un bravucón.- Te arrepentirás. En mis tiempos del seminario...

“- Cirilo, déjate de palabrerías. ¿Te doy una ventaja o corremos hasta donde te canses?

“Pronto Lucía superó por mucho a su consorte. Ambos jadeaban. Sus fuerzas lo abandonaron y dejó rodar su cuerpo por un oasis de pasto.

“Lucía avanzó un trecho más y retornó contenta, reposando junto al hombro de su marido, cruzando ambas piernas contra piernas. Su sonrisa de revancha y de aire triunfal desterró frases ociosas, atrayendo los silencios y mimos de la amistosa competencia.

“- Subí sin calentamiento previo....

“- Si, si. Claro en tu seminario no te lo enseñaron.- le reprochó sus bravuconadas, y luego cortó de las plantas algunas guayabas y, por suerte descubrió algunas mandarinas cerca de un pozo seco. Las compartió con su amigo, marido y amante, engullendo con fruición y voracidad sus jugos y azúcares. Sus miradas y sonrisas maliciosas se cruzaban mutuamente con sus piernas y rodillas semidesnudas, en una danza de espléndidos manjares.

“Recostados en el oasis, Lucía en son de paz, con su melosa gracia, se acercó coquetamente al primer amor de su vida.

“- ¿Estamos solos? – preguntó el monaguillo, al quitarse sus vestuarios, emocionado por los besos de Lucía.

“- ¡Qué importa! – susurraba ella, con la falda destrabada, pues momentos como éste no se compran en las tiendas, con la prodigalidad de las tibias ráfagas y las ambrosias de la montaña, incitando fascinantes escenas, para regocijo de los eucaliptos, los sauces llorones y de algunas lagartijas.

La duración del viaje entre Jantla y Zaragoza se explica no por la distancia, sino por las pésimas condiciones del camino de terracería y por el exceso de paradas del autobús. Las promesas o historias de una nueva carretera entre Jantla y Zaragoza, circulan en los archivos infinitos de fábulas como los de la montaña.

Antes de llegar a Zaragoza, un adulto joven, alto se acercó al asiento de Lucía, apartándola de sus ensueños.

.- Buenas tardes, ¿me permites sentar a tu lado? Si no te incomodo... - dijo en tono amable.

.- No, no. Puede usted sentarse.

.- Te conozco. Mi nombre es Uriel Vieyra. Disculpa el atrevimiento, ya sé tu nombre.- su sonrisa franca mitigó el malestar de la interlocutora.

.- Ah ¿sí?, ¿usted me está siguiendo?

.- No, claro. Parte de mi trabajo es viajar un poco.

.- ¿Puedo servirle en algo?

.- Por supuesto, ahora recuerdo, y si no te opones... Permíteme revisar mi agenda. Ya estamos llegando.

.- Cierto, entonces me despido.- dijo ella.

.- Me urge hablar contigo. Por favor, dame un minuto.

.- Ya estamos en la terminal.- la joven desconfiaba de las artes de los tenorios.

.- Prometo no enfadarte, el prior me conoce bien. ¿Quieres que vayamos con él? - daba buena impresión el extraño por su atuendo acicalado.

.- No, no lo distraigo por cualquier motivo.- ya caminaban rumbo al jardín público, situado frente a la parroquia.

.- Voy a comprar algo en la tienda. No he comido nada.

.- Yo tampoco.- respondió Lucía y se arrepintió de abrir la boca sin pensarlo. Mientras tomó un asiento en un banco del jardín.

Lucía recobró su sensación de seguridad cerca de su parroquia.

.- Lucía, disculpa por esto. Necesito hablar contigo. Se trata de algo importante para ti.

.- ¿Para mí? ¡Algo le pasó a Cirilo!

.- No, no, es algo incómodo. Pero estamos a tiempo para que las cosas no empeoren. – Cambió su semblante para inspirar confianza.- Soy abogado. Te reconocí en el camión y aproveché para avisarte.

.- ¿De qué se trata? ¡Es algo grave!

.- Si, puede complicarse. Permite que sea tu abogado. Arreglaremos el embrollo, no te preocupes.

.- Dime de qué se trata. Estoy impaciente. ¿No es un juego?

.- Ojalá lo fuera. Bien, vamos por partes. ¿Conoces a la señora Leonor? Es viuda y viste siempre de amarillo.

.- ¿Le pasó algo? ¡Se cayó, se murió!

.- No, no, espera. Anda molesta. Desapareció una de sus joyas. La estima de modo especial... pero, por favor, tú tranquila.

.- Si en algo puedo ayudar. No la conozco bien...

.- Sospecha de todo mundo, está levantando cargos contra ti. Quizás alguien la...

.- O sospecha de todo mundo, o la trae contra mí. Dime la verdad.- perdía la calma ante las suspicacias ofensivas de la viuda.- ¿Cómo confío en ti? ¿Es la verdad? Dime la verdad.

- ¡Lucía, sospechosa del robo de una joya!

.- Ya le avisé al prior. Está conforme que yo sea tu abogado. ¡Siempre que tú lo aceptes!

.- Mira, le pago su cosa esa a la señora, lo que sea y punto.

.- Por favor, vas de prisa. Pagarle sería aceptar la culpa. No tienes qué pagar por un cargo tramposo.

.- Mis padres me apoyarán. Hablaré con esa...Persona y, arreglado.

.- Por favor, se trata de una rutina. Nadie la puede convencer de su capricho. Yo se lo pedí, nadie la hace entrar en razón. Toma de pretexto tu viaje a Jantla. Sucedió al mismo tiempo de la desaparición de su joya. Por chismes de alguien te culpa de...

.- ¿De robo? *No soy ninguna ladrona.* ¡No necesito robar a nadie! Tengo a mis padres. El apoyo del prior también.

.- Créeme por favor. Necesitamos calma y discreción. Permite que sea tu abogado. Habla con el prior.

Lucía lo miró detenidamente al despedirse, y algo en su voz y sonrisa, le transmitió un lazo de naciente amistad. Pero un mal sabor de boca recorría por todo su cuerpo.

Sola con sus pensamientos fugaces, temió enfrentar las torturas de nuevos insomnios, angustias, acusaciones dolorosas. ¡En un breve suspiro, la fortuna daba un vuelco completo y ahora, una tipa despreciable manchaba su honestidad! Un fuerte impulso la espoleó para hablar con el prior. La invadió un acceso de pánico y cólera, al pensar en la ruindad de la señora de amarillo.

Entró al comedor de la parroquia. El prior actuó como si fuera una sorpresa.

.- Lucía, mi muchachita, ¿Cómo te fue en tu Jantla? Pláticame. Por favor, sirvan la comida de Lucía. – se dirigió a la cocinera.

.- Bien, bien mis padres y todos. Pero... – pensó en aplazar su problema a fin de que el clérigo saboreara a gusto su comida.

.- ¡Qué gusto, todo marcha bien! La vida nos da buenas sorpresas. Vamos, mi niña.- el párroco simulaba no mirarla.

El párroco conversaba algo de sus viajes a otras ciudades y de paso al extranjero, abundando en anécdotas y motivos por los cuales la gente suele viajar admirando las joyas verdaderas de la naturaleza. Al mencionar las joyas, Lucía sufrió otro sobresalto.

Apenas escuchaba la voz del prior, ahogada entre la tremolina de recuerdos sobre los robos. Allá en Jantla, siendo una niña, pudo ver a los reos, escoltados por la policía; iban atados de pies y manos a los tribunales. Los rostros de los reos, con ojeras muy oscuras, los

ojos y los hombros agachados, y las ropas ajadas, mostraban sufrimiento y vergüenza.

Y ¡los robos se castigan con la cárcel; cualquiera lo sabe!

.- Por favor café.- pidió el prior a la cocinera.- También para Lucía. Marcharon ambos rumbo a la notaría. El prior deseaba hablar a solas con ella, y se sentaron dentro del territorio propio de la joven. El aroma amargo del café concordaba con el tema. Pero Lucía mascaba un trozo de bicarbonato.

.- No comprendo porque calumnian a mi asistente de toda confianza. O ¿hay algo más en el fondo? Quiero pedirte el favor, Lucía, de tu paciencia y confianza en el abogado Uriel. Continúa tu trabajo. No debes preocuparte.

.- ¡Qué ingratitud de la gente, señor prior! Los he tratado de la mejor manera y vea cómo me pagan.- dijo ella a la defensiva.- Nunca he robado a nadie.

.- Bien lo sé, y quiero pedirte que no lleves esta pena a tus padres. Me hago responsable y demostraremos cuentas claras y probidad. Tú, tranquila Lucía. Encontraremos una solución.

.- Si, sé que la señora Leonor me cree culpable.

.- Lucía, el trabajo del abogado es avanzar unos pasos adelante. Él mismo fue a tu encuentro para evitarte la pena. Firmaré los documentos que den fe de tu conducta intachable y honesta. – Con elocuencia de sus manos, enfatizaba el apoyo de la parroquia.- Ningún recurso se escatimará en tu defensa.

.- ¡Créame, me conmueve su apoyo! Me siento mejor...

.- Mira, haremos unos pequeños cambios en tus labores. Una persona de mi confianza atenderá la gente en la notaría, tú me harás el favor de capacitarla, de estar atrás de ella, sacarla de sus dudas. Será por corto tiempo y olvidaremos estos ratos difíciles.

Seguros de la armazón del amor, Lucía y su compañero vagaban por el mundillo de Zaragoza indiferentes a los cambios y reveses de los nuevos tiempos. En las ceremonias de bautizos, comuniones, bodas o aniversarios les invitaban al banquete y regocijo de los globos y los sueños, cruzando los vientos fríos que custodian la puerta de los cielos.

Realmente sorteaba la pareja, las hambres por varios meses. Los ingresos de la parroquia iban en picada, y comían pan, frijoles y café de puro milagro.

¿Cuántos sacristanes o monaguillos, de espíritu manso, habrá en el mundo como Cirilo? Todos vestidos de luto, insensibles y mustios ante las boberías y trivialidades mundanas, engalanan como flores de la parroquia pero al cabo de los días, son flores marchitas, pues los placeres terrenales de la vida dejó de importarles. Soldados tan leales como la guardia suiza.

¿Cómo pasaba hambres continuas la fundadora y directora de un albergue para indigentes? O no hay manera de conocer la pobreza a fondo, o nos engaña la complejidad de negligencias y desaciertos del barro humano. Algo arcano la sostiene en su misión, tal vez unas neuronas y el corazón de genio de verdadera estirpe superior humana, o como los santos, sacrifica su pan, manta y plata en aras del prójimo, sin preguntar motivos o identidad.

Ambos callaban sus penurias, sospechando que eran trampas en las burlas de sus vidas. Sabe bien Lucía que Silvio no ha desamparado el albergue, y cumple con los suministros y algún dinero para sortear la asfixia de “La casa de los huesos”. Además los hippies hacen lo imposible a favor de las ancianas viudas con las risas de sus nietos, que por días no comen ni una tortilla y menos una gota de leche.

Pero Lucía y Cirilo desprecian los incentivos de mezquinos lujos y caprichos, atascados en su tosca sobriedad, como las gallinas en la pila del heno.

¿Quién era Cirilo? Sólo consagrado a sus labores diarias de pulir y limpiar los objetos suntuarios de la parroquia, símbolo del poder de la corona espiritual sobre la remendada autoridad de los civiles, herencia de viejos tiempos, donde la devoción religiosa se confundió con la magnificencia de torres, cúpulas, vitrales y campanarios, anillos de oro y diamantes, casullas y mitras lujosas, catedrales y otras cosas suntuarias.

En el fondo de sus apetencias, Cirilo quiso ser el mejor sacristán del mundo, aunque el más desdichado ser humano. ¿Por qué los inventores de los cambios revolucionarios no conciben un club, casinos y juergas para sacristanes?

Por su parte, Lucía guardaba en silencio aquellos anhelos con que soñó en su infancia y mocedad, cegada por un inmaduro amor amargo, privada de las fiestas, amistades, afectos y placeres que los jóvenes aspiran. De sobra responsable con sus tareas y compromisos de la notaría, comenzó a sufrir en sigilo, cierta decepción de su vida matrimonial.

¡Eran nuevos tiempos, pero los tiempos vuelan con alas muy ligeras!

La gente murmura acerca de la píldora anticonceptiva, ¿en qué consistía esa invención infernal? ¿Qué actitud debía ocupar la atención de la parroquia, así como sobre las plagas del aborto, de madres solteras, de las violaciones y abusos? La gente se limita a inculpar a los televisores, que los absorben día y noche, como culpables del caos, al difundir apostasías y vulgaridades nefastas.

¿Cuántas mujeres dedicadas al trabajo de la oficina, del taller, no caerían en la trampa perversa y deshondarían sus vidas? Las inquietudes de Cirilo partían de reflexiones pertinentes aunque borrosas. Miraba a ciegas su alianza con Lucía; pues tampoco aceptaba que en el exterior de su mundo, los juegos se juegan no a solas sino en alianzas. Atrapado en ese torbellino, y propenso al suicidio, le urgía recuperar la fe y curar sus cicatrices abiertas por

los poros de su bondad natural; su frágil instinto de perder antes de jugar.

.- ¿Quieres que te platique lo de mi visita a Jantla? – le repetía su joven amiga esa mañana, rumbo a la parroquia.

.- Si te parece, lo vemos por la noche.

Neciamente Cirilo, sordo y ciego, desdeñaba el tesoro que el destino le deparó para la eternidad.

.- ¡Están disminuyendo los ingresos de la parroquia! El prior quiere dar una oportunidad a una familiar suya en la notaría. Si te parece bien, buscaré otra ocupación. – Exagerando su cautela, Lucía buscaba la aceptación del consorte.- ¿Qué opinas Cirilo?

.- Ha sido un gran amigo. Haz lo que te recomiende.

Le agradaba a Cirilo la conducta amistosa del prior con los feligreses, mujeres y hombres, reía y bromeaba con ellos en el confesionario, platicaba con ellos sin límites de tiempo.

.- El prior tiene la mejor disposición con nosotros. Quiere hablar conmigo. Te comento luego.

.- Quisiera hacer algo más. Algo diferente. - comentó ella indiferente, cuando ya cruzaba el pasillo de la parroquia, de retorno a la calle. Lucía no mencionó el ofrecimiento de sus padres de hacerse cargo de alguno de los negocios.

Apenas Cirilo se perdió en los corredores de la iglesia, y Lucía emprendió camino a la oficina de Uriel Vieyra. Fue el primer día en que su ropaje empezó a conceder una armonía leve con las leyes de la moda. A otro peinado con su cepillo nuevo, le correspondía un vestido blanco casi ajustado, con escote corto y drapeado, en imitación de marinera, y zapatos abiertos como sandalias mostrando el brillo de sus pies y pantorrillas, con un tacón alto. Le invadió una rara sensación de ser tan alta como la torre del campanario.

Acudió a la cita, a temprana hora, con el abogado.

.- Qué gusto verte Lucía. ¡Qué dicha de verte entre nosotros! – el tono zalamero la convenció, pese a su notorio fingimiento.

.- Si, no quiero interrumpir.- notó a otro joven, de nombre Ezequiel, asistente del despacho.

.- De ninguna manera, Lucía. Es un placer que nos visites.

.- Nos hace falta una persona con tus habilidades. – dijo Ezequiel, el asistente, en el instante apropiado.

Le preocupó una posible indiscreción. Llegó ese día un citatorio judicial para que Lucía comparezca ante el banquillo de los acusados. Ello le llevaría a una crisis de pánico, curable entonces con hierbas de achicoria, celidonia y piel de culebra asada.

.- Sería feliz que nos administraras. Tienes experiencia y disposición. Es todo.- completó Uriel, destrabando la tensión con su chacota.

De reojo, Lucía pudo observar que el abogado no era apuesto como Cirilo, pero cordial y campechano.

Años después, Lucía se preguntaría cómo el abogado logró atrapar su atención. ¿Algo del amor? No, en absoluto, ni una pizca.

- 4 -

El prior se encontró con don Isauro, el inspector de policía, a solas en el atrio. Se estremeció. ¡Venía a detener a Lucía!

.- Don Martín, qué bueno encontrarlo.

Se saludaron de mano.

.- El gusto es para mí, don Isauro, ¿mucho trabajo?

.- Uf, no tiene idea. Sobran problemas de día y de noche.- al lado de sus ojeras, escurre cierto tufillo de cerveza.

El reloj de pulsera del policía, marca “Mido”. Al prior le recordó que comenzaba el mes de noviembre del año 197...

.- Bien, no lo entretengo. Salvo que me quiera decir algo.

.- No sé por dónde empezar. La gente habla de proyectos aquí en la parroquia. ¡Algo de ampliar sus alcances o tareas!

.- Bueno, si, qué bueno que vinieran más feligreses.- recapacitó en sus palabras, por ofrecer así un agasajo para los herejes del pueblo,

amigos inseparables de don Isauro.- Sin embargo, vea cuántos vienen los domingos y celebraciones especiales. Viene más gente aun de fuera de Zaragoza.

.- No, don Martín, no es por ahí. Me refiero a sus alcances, a cosas algo enredadas, que pueden no ser atribución de la parroquia. ¿Cómo decírselo?

.- Señor inspector, puede usted ser más directo.

.- Mis informadores se refieren no a usted, sino a gente de toda su confianza.

.- Ah, ya entiendo. Nadie de la parroquia, ni Lucía ni yo, tenemos algún proyecto más, aquí en Zaragoza.

.- Si, y clarito como usted, don Martín lo de Jantla no me incumbe. Y puesto que usted es sincero, no deje a la desidia las suspicacias de la gente. Los albergues les parecen refugios de delincuentes. La radio, la prensa me critican por el aumento de la vagancia, las drogas y las fechorías.

.- No escondo lo que hago, excepto claro, las confesiones.

.- No, don Martín, creo en su palabra, y si usted nos puede ayudar, oriente a los pillos no solo con sus consejos. De vez en cuando merecen azotarlos o escupir sobre sus embusteras y pedantescas confesiones. ¡Son unos bribones, insultan a mis gentes en su cara!

.- Es difícil su tarea. Cuente con mi ayuda. Don Isauro, ya lo habrá pensado, pero usted tiene montones y raudales de leyes para los que usted juzga como delincuentes, y ¿qué leyes de usted dan algo o premian a los buenos, a los inocentes?

.- Deje pensarlo, pero cuide de ese joven Cirilo...

.- ¿A qué se refiere? De aquí de la parroquia, nunca sale.

.- Si usted así lo cree, pero que sus viajes frecuentes a Jantla sean cuidadosos. Vale prevenir, tal vez lleve uno que otro vicioso en esos viajes. ¡Que no esconda a nadie!

.- No son frecuentes y es cuidadoso.

.- Deje comentarle de una comadrona. Se llama Ruth. Aconseja y ayuda a algunas mujeres migrantes al aborto. Las ha golpeado a

veces por no obligar a sus amantes a usar los condones. Algo podrá hacer usted en este asunto.

.- Creo que sí, sí. Don Isauro. ¿Algo más que se ofrezca?

.- Don Martín. ¿Qué tiene usted para enderezar a los pillos y delincuentes? Su palabra, su estola y su pila de agua bendita. En cambio, cuando debo enfrentarlos, es con la pistola y la cárcel. ¡Entienden solo por el miedo!

.- Don Isauro, con algo de paciencia y afecto...

.- Don Martín, usted predica la paz, el amor, la fe. Predica usted entre los leones, los lobos y los buitres. Vienen porque les basta la penitencia y el perdón para reparar sus faltas. ¿No cree usted? ¡Es mejor mil veces meterlos a la cárcel! ¿Quién desea las calles llenas de rufianes, raterillos y violadores?

.- Quienes vienen a la parroquia, son gente buena. Todos podemos cometer una falta. Pero quienes caen en el pecado, luego lo admiten con sincero arrepentimiento y por ello vienen a orar. Y cuando los visito en la cárcel, me cuentan sus penas y creo que hay inocentes encerrados.

Al mencionar la cárcel, el prior sintió un escalofrío. Don Isauro ha ganado fama de dar sorpresas en los arrestos.

¡La *santa patrona*, una vulgar ladronzuela de joyas a los ojos de la tosca justicia humana!

.- Dígame uno solo, para creerle. No me crea tan desconfiado.

.- Hay muchos, pero no puedo tener las pruebas que usted necesita. Deje decirle que pecar es vivir como esclavos. No conocen la verdad. Su salvación está aquí, en la parroquia.

.- Ya escuché antes eso, Don Martín, bien sabemos que ellos vienen llorando hipócritamente, mares y mares de lágrimas a la parroquia.

.- No, Don Isauro, son sinceros, incluso cuando voy a la cárcel a platicar con ellos. Habrá uno que otro delincuente, pero muy pocos. En opinión suya, ¿qué motivos hay para esta inconformidad y odios contra el albergue?

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Don Martín hay proyectos importantes para sembrar melones, sandías, más fresas y otros cultivos. Pero les preocupa y temen que se los roben los migrantes para su reventa. Dicen que aprovechan el tren para sus robos. Hoy amanecieron tres extraños, muertos en las vías del tren.

.- No veo melones sembrados, y....

.- Yo tampoco don Martín, soy un policía nada más. Pero he visto en las calles a leprosos con llagas, a gente con graves quemaduras, a niños con viruelas. Y la gente los señala con gestos ariscos para *marcarlos a hierro y fuego*, como ovejas infectadas. Creo que así vemos a la pobreza, nos asusta porque cualquiera puede caer en ese lodazal terrible.

.- ¡No merecen ese castigo!

.- Ah, Don Martín, usted confía demasiado y le cree a ciegas a los forajidos, pero es su oficio. Don Martín, no le quito su tiempo. Aprecio su paciencia y consideración.- el policía ya deseaba despedirse, mirando su reloj con cierta zozobra. - Debo decirle también algo de Norma.

.- No, no, Norma es una buena mujer.

.- Debe ser otra. Normita obliga a sus nietos a pedir limosnas en las calles. No las necesitan. Tiene un centro de curaciones sospechoso. Lo investigamos por tantas cosas y daños que han denunciado. Ella misma mató a una de sus hijas, metiendo la aguja de tejer en su nariz porque se negaba a complacer a uno de sus amantes. Me despidió. Voy con el tesorero para lo de mi pensión.

.- Qué todo mejore, y hasta pronto.

.- No menosprecie lo que le cuento. Don Martín, no le vengo a hablar de una retahíla de frioleras, sólo por hablar. Es el mundo real que usted no quiere ver.

.- No lo pienso así, don Isauro.

.- Ah, ¿no don Martín?, debe usted saber que sus muchachillos del coro fueron a la cárcel a ver a los reos. ¿Sabe qué les ofrecieron? Un festival para el “Día de las Madres”. Pero quieren la presencia

de todos los reos, hasta los más peligrosos. ¿Cree que ellos merecen esa fiesta? Si hubieran hecho caso a sus madres ¡qué distinto sería todo!

.- Si, las madres algo debieran hacer.... Ahí, si de acuerdo

.- Bueno, pero necesito al menos quinientos policías, cien cañones, mejores pistolas y metralletas para ese festival.

.- Veré en que puedo ayudar al festival, si usted acepta....

.- No, no, no es así. Ya es demasiado con las visitas licenciosas de sus amantes, que permiten el juez y el alcalde. Para colmo de todo, una joven con carita de ángel que iba con los del coro, les ofreció pastelillos, atole, chocolate, dulces. La cárcel es su único castigo, y sus niños quieren aplaudirles con honores y laureles. No, don Martín, que sus niños abran bien los ojos, no los eduque así. De seguir así de inocentes, les harán monumentos, cuando sean adultos.

.- Hay salvación para todos, y cuando ven el sol y van a misa ahí en la cárcel, miro sus lágrimas de arrepentimiento. Recuerdan de cuando disfrutaban de su libertad... Don Isauro, la inocencia no es un crimen.

.- Ah, don Martín, ¡si supiera lo que hacen después de la misa! Y créame, lo que le platico, es con fundamentos. Mis comandantes se filtran entre los delincuentes, sus pandillas y sus amantes.

.- Don Isauro, venga a la misa de los domingos, y verá que aquí no caben los feligreses, ni en el atrio.

.- Y por cierto se habla mucho de que usted será asignado a otra parroquia. ¡Dejará usted un hueco enorme, hay pocos, demasiado pocos sacerdotes ejemplares como usted! ¿Qué será de nuestra gente? ¡Que yo mismo lo diga!

.- Gracias, el señor Obispo lo decidirá. Me preocupa que usted quiera jubilarse, no hay policías honorables como usted. Y eso lo decimos todos, los de aquí de Zaragoza.

Capítulo XII La tiranía de los recuerdos.

Por deseo propio o por un impulso ciego, ¿cuántas veces debió Cirilo parecer un ser misterioso e invisible o un pequeño insecto a la vista de los feligreses? No daba un solo paso fuera del atrio, no sonreía ni contestaba los saludos. ¿Temía algo o sentía vergüenza el ex seminarista de haber decepcionado a Lucía? Su rol de sacristán no podía ser su gran orgullo, después de estar a un solo palmo de convertirse en sacerdote y guía espiritual de almas descarriadas. Con todo y ello, aun los seres más achicados no escapan a fuerzas invisibles, desesperadas, que han sido desplazadas en su nivel jerárquico dentro de la parroquia, y sospechan que al lado de Lucía, conspiran en contra de sus pretensiones. Porque la imagen de aquel joven apuesto, audaz y alegre que enamoró a Lucía, permanecía grabada en las mentes de posibles enemigos con ánimos crueles de venganza.

Unos papeles manuscritos y anónimos prevenían al Prior sobre deslices que inculpaban a Cirilo, por cuentas no saldadas en el seminario. Según esos papeles anónimos, plagados de calumnias y mentiras, que el Prior tiró al basurero, una treta intrigante insinuaba que una mujer de Oaxaca buscaba a Cirilo, pues la dejó abandonada a su suerte con los chiquillos que juntos procrearon. Realmente, los estudios del seminario, Cirilo los llevó a cabo en Oaxaca. Papeles que debían provenir de alguien familiarizado con la parroquia, y tal vez interesado en infamar a Cirilo.

Esos rumores machacaban sobre el pasado, de esa clase de rumores que como los buitres se nutren de la podredumbre de los basureros. La pregunta sin respuesta cada día cobraba fuerza en proporción al silencio del joven sacristán.

Le preocupaba al Prior que la sucia y perversa maniobra llegara a oídos de Lucía. Hay criminales que con puñal o bala atacan de frente o por la espalda. Pero otros criminales utilizan la candidez de la gente o la voraz carnicería de las difamaciones, sabiendo de antemano la suave complacencia de las leyes ante su infamia. Lo mismo mata la bala o la navaja, que hiere gravemente la tenacidad de la insidia.

¿Este intento de calumniar y denigrar a Cirilo formaba parte de una cadena perversa de estropear la calidad moral de la pareja? El Prior no descartaba ninguna posibilidad, incluyendo el supuesto de una embestida y engaño contra su propia imagen ante la feligresía.

- 2 -

¿Cómo las torturas en las carnes laceradas de Cirilo hallaron por fin, una válvula de escape? Tal vez quiso pagar algunos errores y miserias del alma, callando su secreto por estupidez o por un egoísmo malicioso.

Tardíamente, la suerte vino en ayuda de Cirilo. Como encargado de la correspondencia del prior, cayó en sus manos un caso similar al suyo. Lo pensó y pronto envió unas notas cautelosas al monseñor que visitó la parroquia recién. Las respuestas del prelado llegaron pronto. No existen respuestas fáciles, pero aun las situaciones críticas cuentan con su tablita de salvación. En ese contexto, el prelado y consejero le ofreció un panorama amplio de perspectivas que limaban la dura costra del monaguillo.

Bondadoso el prior, poco consistente en ocasiones, sensato en sus decisiones, provocaba disgustos entre quienes esperaban promesas por encima de lo posible. Recibía reproches a sus espaldas, por su jovialidad y gusto por las bromas.

Sus reflexiones acabaron preocupándolo por la pareja de sus asistentes. Le invadía un flujo de emociones tiernas, a veces quería abrazarlos como si fueran los hijos a los que renunció por su vocación sacerdotal.

No obstante, su afecto paternal atizaba sus sospechas acerca de la inestabilidad de la pareja de los jóvenes. Se propuso informarse y observarlos. Por accidente, pidió consejo al monseñor mismo que aconsejaba a Cirilo en sus apuros espirituales y personales.

Esta casualidad contribuyó a que el prior se enterase a fondo de las tribulaciones de Cirilo. A cambio el monseñor, pidió no faltar a su deber y promesa de discreción. Enterado el prior, se sintió con mejores ánimos para comprender y apoyar a la pareja, como él mismo se lo exigía.

El sacerdote propició platicar con Cirilo a solas.

.-Cirilo, ¿pasa algo contigo? Te he dado pruebas de mi confianza. ¿Por qué seguir ocultando las cosas? Hablemos claramente como amigos. Pero si lo prefieres, olvidamos el asunto.

Caminaban en un pasillo, al abrigo del rayo solar del mediodía. Las techumbres de madera rancia favorecían un ambiente relajado. Cirilo iba desconsolado, con el alma de un muñeco de trapo.

.- No se preocupe por mí. ¡Líos que uno mismo no se imagina, pronto pasarán! No quiero echar encima de sus preocupaciones, mis problemas.

.- Claro que me preocupas y preocupas a quien más te necesita, a Lucía.- exclamó con vigor y tacto, apostando las cartas hacia su lado más favorable, su amor por Lucía.

.- ¿Lucía? Ella no me comprenderá.- respiraba hondo, se hizo de fuerzas para voltear la mirada hacia su confesor.- ¿Cree que tengo esperanzas?

.- Claro, decide lo que quieras. ¿Has platicado con Lucía?

.- No, no es tan preocupante. Créame por favor. Unos días y seré igual que antes. Podré cumplir con mis tareas.

.- Toma el tiempo que necesites.

.- Prior, ella no tiene culpa de mis problemas.- al sentir destapada la olla de presión, Cirilo fue capaz de mirar al rostro del prior.- Me importa mucho no perderla. No quiero que me llegue a odiar... ¡No debe saber de esto!

.- ¡Jamás la vas a perder! ¿Odiarte ella? Jamás. Ni se te ocurra. Te lo garantizo.

.- Dos pasiones he tenido en mi vida. Lucía, y los años en el seminario. Le confieso a usted, me enamoré de quien no debí hacerlo. ¡Fue una locura! ¡Fue mi culpa! Me arrepiento porque le arruiné su vida, siendo tan joven y agraciada. Debo hacer un sacrificio de mi parte...

.- Cirilo, sientes repudio por este mundo de locuras. Para consuelo tuyo, mucha gente tiene esa impresión como la tuya. No te precipites. Piensa bien en tu futuro.

.- Con respeto se lo digo, pero no es repudio lo que siento. La vida de seglar es resignarse a una sarta de mediocridades.

.- Cirilo, miles de feligreses son buenas personas. No es mediocre su modo de vivir. Simplemente unas personas pueden vivir sin pasión alguna. No hacen su trabajo todos con placer, sino por necesidad.

.- Adoran a un solo dios. Por unas monedas, son capaces de todo.

.- Cirilo, ¿por qué elegiste el seminario para el sacerdocio?

.- Mi padre quería que fuera maestro, porque él era maestro. Me lo dijo varias veces y era muy terco. No me interesaba ser maestro.

.- Ah, por ello elegiste el seminario....

.- No, no, tenía mucha vocación. Usted lo sabe, lo prueban a uno durante el noviciado.

.- Vamos a lo importante. ¿Quieres continuar con la vida de seglar? Tienes todo el cariño de Lucía. O bien, ¿quieres volver de lleno como fiel devoto de nuestra fe cristiana?

.- Señor Prior, ¿algún día los sacerdotes podrán casarse?

.- Olvídalo. Te hice una pregunta, ¿quieres responder ahora?

.- Antes quisiera hablar con ella.

.- Habla con ella. Bien. Ahora trabaja en un despacho de abogados.- la voz pausada recalca el ambiente plácido del atrio.-
¿La llamo ahora mismo? ¿De acuerdo?

.- Quiero hablar con ella. No sé ni cómo empezar. - por fin Cirilo expresaba palabras de cordura.

.- Por favor Cirilo, siempre nos hemos tenido confianza, ¿Crees que ella o yo te hemos fallado en algo? Dímelo con sinceridad. Te apura algo.

.- He tenido algunas faltas.- el ex seminarista se dispuso a confesar sus cuitas.- No aquí, sino en Jantla.

.- Te escucho, Cirilo. Confíame como tu amigo y confesor.

.- Como usted lo sabe. Algunos feligreses no me querían. Pude equivocarme. Les negué algunos apoyos espirituales. Los consideré inapropiados.

.- Termina ya con esa mortificación. Olvida eso, no fue ningún problema. Ten confianza. Nadie lo recuerda.

El clérigo hizo venir a su nueva asistente en la notaría. Y le pidió que fuera por Lucía al despacho de abogados. Pero la asistente le dijo algo al oído. Leonor tenía urgencia de hablar con él.

.- No tardo. Ya viene Lucía, no te muevas.

El prior caminó rumbo a su despacho.

.- Buenas tardes padre. Sólo le quitaré un minuto. – dijo Leonor con sonrisa de oreja a oreja.

.- Estoy a tu disposición y de mi feligresía. ¿En qué te puedo servir?

.- Bien, no andaré con rodeos, se lo juro.- dijo ella.

.- Como gustes, Leonor. Ya lo has pensado.

.- Si. Oiga mi propuesta, se la digo fácil. Despida ahora mismo a Lucía de la notaría, y retiro la demanda de la joya.- su risotada cáustica molestó al prior.

El sonido pérfido de estas palabras bastó para exhibir que la joya tan citada, era una simple baratija. Descubrió la farsa de la denuncia del robo.

.- Leonor, presentaste tu denuncia ante autoridades civiles y ahí nada tengo que ver. Tú misma me dejas fuera de ese caso. Ya lo pensaste, actúa en consecuencia.

.- Pero, ¿lo de Lucía? Ella le causa problemas señor prior...

.- ¿Qué problemas, Leonor? A cuáles te refieres. Te escucho.

.- Espero con paciencia. Dime de qué la acusas. Le tengo absoluta confianza.

.- Si, ya sé que hay otra persona en la notaría...

.-Estoy a tu disposición en otra fecha. Podremos seguir hablando cuando gustes.- Desarmó a la feligrés, definiendo la circunstancia.

- 3 -

Volviendo con Cirilo, se reunieron Lucía, el clérigo, y el abogado.

.- Estamos contentos. Ya encontramos un testigo que nos da evidencia. No hubo tal robo a la señora Leonor. – dijo contento, Uriel.- El testigo puede probarlo.

.- Casualmente ella misma acaba de salir de la parroquia. Algo así me dijo.- comenta el prior con su voz inapelable.- Su asunto de la joya ha terminado.

.- ¡Qué bueno! Me lastimó su terquedad, sus mentiras.- exclamó Lucía, mirando al párroco y al abogado.- Me siento feliz y agradecida con ustedes. De verdad, gracias.

Lucía buscaba vanamente en sus ropas un pañuelo para borrar sus lágrimas de felicidad y desahogo. Pudo simular su emoción pasajera, pues ya la mortificaba el presentimiento de nuevas sombras que amenazaban su efímera alegría.

.- Pues yo me retiro, tengo otros asuntos.-dijo Uriel.

.- Bien, necesito verte pronto.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Bien, bien, muchachos. Vamos con calma. Cirilo quiere platicarnos algo. Es muy importante para ustedes.

.- Lucía, diga lo que diga, ten comprensión. Jamás me olvidé de ti. Por favor, necesito tu consejo. Ayúdame, estoy desesperado.- imploró el ex seminarista.- Arruiné tu juventud por mi egoísmo. Tanta felicidad que hemos pasado juntos.

.- No lo digas nunca, ¡por Dios!, cuenta conmigo Cirilo. He tomado algunas decisiones sin platicar contigo, pero....

El prior se sintió incómodo por la presencia del abogado, quien comprendió la necesidad de retirarse.

.- Cirilo, óyeme...

.- No, no, óyeme tú, te lo ruego. Traigo una espinita metida en la cabeza. He sufrido sin decírtelo. Traicioné mi palabra de confiarte mis tristezas y alegrías. Fue cuando juré amarte para siempre. No soy digno de tu perdón, no te merezco.

.- Pues dilo, es hora de que saques esa espinita. Ay... Cirilo, me preocupas.

.- No sé cómo empezar. Lo he pensado mucho. No duermo por el temor de perderte. Quiero que me escuches con paciencia.

.- Ya me preocupas de verdad, ¿es una enfermedad seria? ¿Qué te pasa? Yo te amo. He querido platicarte algo.

.- No, no, no es eso. Siempre serás el amor que soñé. La providencia fue tan generosa cuando te conocí.

.- Por favor, Cirilo, ¿qué te pasa? Ya me apuraste de verdad. Te amo igual que antes, y te seguiré queriendo. ¡Te enamoraste de otra!

.- No, sólo que me oigas. Que me escuchen, orienten, y me apoyen ustedes dos. Juren por favor que me comprenderán. Especialmente, tú, Lucía.

De momento, la consorte se sorprendió. Esperaba el reproche por callar ante Cirilo de su nueva ocupación, del asunto de la joya y además de una nueva y pícara amistad.

.- No tienes que pedirlo, adelante.- dijo el prior.

.- Lucía, quiero volver al claustro, a intentar otra vez la vocación sacerdotal. ¡Te he fallado! Necesito tu perdón. No quiero ser una carga para ti.- Cirilo se puso de rodillas ante su amada, tomando sus manos, y brotando de sus ojos lágrimas sinceras de dolor y arrepentimiento.

.- ¡Irte al convento! – Lucía se estremeció de la noticia.- Por Dios, ¿qué es lo que dices? ¡Es una broma! – lo miraba incrédula.

Le tendió su mano para que se levantara y abrazarlo, como una madre adora a su chiquillo, cuando le asombran sus temores.

¿No era ya Lucía el ángel de que se enamoró, el ángel que le prometió las llaves del paraíso?

.- Lucía, óyeme, por favor. No quiero herirte. Todo es mi culpa. Y si lo quieres, me olvido de esta idea. Volveremos como antes.- Cirilo intentó abrazarla. - Haré lo que me pidas. Pero soy una carga pesada más en tu futuro.

.- ¿Hice algo, qué ha pasado?

.- No, no, no tiene que ver contigo. He convertido tu vida un infierno. No quiero seguir siendo una carga para ti. Sé que en el fondo me odias. Que ya no me necesitas. Mejor que me olvides.

Con rabia, Cirilo golpeaba sus manos contra el muro de cantera.

.- Ah Cirilo, no entiendo nada. ¿De qué me hablas? Cirilo, te quiero como antes. Juré amarte y jamás podré olvidarte.

El prior advertía con pasmo, la lucha interna que sufría Cirilo entre el arrojo de su violencia y la mansedumbre, que le conocía. Pero no le asombró la sorpresa y el cariño paciente de Lucía. ¡Había cambiado tanto Cirilo! ¡Era otro tan distinto!

.-Si, si, el problema soy yo. Siento vergüenza decirlo.- Cirilo esquivaba los ojos de Lucía.- No podía soportar este secreto contigo. Lucía. Oye por favor. Debes odiarme o ¿ya no te importo? Dime ¿qué hago?

.- Abrazame y dime que aun me quieres. No sé qué te pasa.

Resultaba comprensible la reacción de Lucía. Un cambio tan profundo en Cirilo la dejaba confundida.

- Ayúdame Lucía. No puedo enfrentar este mundo, él de la calle, afuera de la parroquia. Un día podrás comprenderme. Por favor, dame tu consejo.- y Cirilo colocó su rostro en el hombro de ella, con la voz desecha, con el alma destrozada.- ¡Son dos años o más que he sufrido en silencio! Ya no lo soporto.

El sacerdote los dejó a solas.

.- Estoy aquí cerca de ustedes, platiquen, platiquen todo, con calma.

.- ¿Qué nos aconseja usted Prior? – Dijo Lucía.- Me siento tan mal.

.- Primero hablen ustedes, hablen con todo su corazón, con sinceridad. Estoy aquí muy cerca, como amigos.

Lucía apenas podía creer en lo que estaba ocurriendo. De igual manera en que la gente de Zaragoza, no creía que ser humano alguno hubiera puesto los pies en la Luna. Por su parte, le dio gusto al prior que Lucía ignorara el embuste sobre la mujer de Oaxaca.

¿Era un santo Cirilo? ¿Madera de santo? Su brusca pasión por Lucía no se extinguió como la fugaz descarga del relámpago; duró varios años. Cedió a la tentación mundana y los santos carecen de esa grosera debilidad. ¿Quién era Cirilo? ¿Un enigma para el prior? No lo sabía expresar, pero en el fondo Cirilo deseaba volver a vivir aquellos días de antaño, bajo el aguijón místico, de aspirar a la gracia de los santos, del altar del poder infinito, frente al cual se arrodilla y llora sus pecados el mundo de los mortales.

Enclaustrados y alejados de la vida real de miles de feligreses de los cuales asumirán el título como guías espirituales, sus confesores y jueces; algunos clérigos son comparables al entusiasta espectador de música orquestal que aspira a dirigirla, sentado en su butaca escuchando a diario cientos de melodías, que no comprenderá cabalmente porque la vida no es una melodía y menos una sinfonía.

Capítulo XIII La despedida.

El prior puso en antecedentes al abogado.

.- Créame, es un caso único. ¿Por qué si la quiere todavía necesita del divorcio o separación?

.- Realmente quiero el punto de vista de un seglar. Tú no eres casado. No has vivido en carne propia esos dilemas. El abismo entre un casado y un soltero no se reduce a los meros trámites del estado civil.

.- Si, realmente debe existir mucha diferencia. Dígame, puedo ayudar como abogado, he resuelto varios divorcios.

.- Y por ahora, ¿Qué se divorcien?

.- Si, lo investigaré. Es un caso único en mi experiencia.

Cirilo y Lucía venían con el ánimo desolado.

.- Debo irme, es lo mejor para nosotros dos. Le agradecemos en verdad su apoyo. Nos duele llegar a este momento. No hallamos juntos otra alternativa. Denos su bendición, ya decidimos todo. Es requisito para mi ingreso.- asomaban los atisbos de unas lágrimas en los ojos de Cirilo.

.- Ya hablé con el abogado. Cuenten con nuestro apoyo. Vayan a su casa juntos. Y hablen sin presiones. Si a futuro, cuando ustedes lo quieran o lo piensen, podrán rectificar. No comienza aquí el final de su vida. ¡No se abrumen! Mañana o algún día cualquiera lo pueden rectificar.

.- Cirilo me pidió que lo dejara hablar. Haré lo que él me pida. No debo oponerme a su vocación, su salvación es también mi salvación. – Lucía expuso sus ideas. - Le pido que me diga a dónde va, para visitarlo alguna vez. Y me asegura que él mismo desconoce el sitio del convento. ¡Será lejos de aquí, en el extranjero!

Cirilo no pudo sincerarse y expresar la rara emoción de sentirse libre de unas cadenas invisibles, en las que se creía por siempre atado. Su obsesión por el convento no pasaba de obedecer a recuerdos del seminario, de los días y años felices en juegos y deportes con sus compañeros en un ambiente pueril, libre de los obstáculos y de presiones por luchar a sangre y fuego por un pedazo de pan y tortilla.

Pero la paz de los conventos resulta muchas veces ilusoria. Debía saberlo bien Cirilo. Si el alma de los monjes pudiera exponerse en una vitrina transparente, podría mirarse sin duda la furia de volcanes en erupciones muy frecuentes. Los seminaristas no son ángeles y menos ángeles anémicos.

No podían el párroco ni nadie, leer en lo profundo del alma de Cirilo y de Lucía, sus verdaderos sentimientos. Aún entre las personas bondadosas, cabe considerar dentro del prisma de sus preocupaciones, los dientes afilados del egoísmo, riguroso cancerbero contra intromisiones, amenazas de crueles sorpresas y batallas por la supervivencia.

.- Vayan y platiquen, vayan a Jantla. – Aventuró el clérigo.- Tal vez usted abogado, quiera llevarlos al aeropuerto en la fecha acordada.

Una sensación de impotencia y asombro asediaba a todos al rendirse a un destino absurdo, inexplicable. El fracaso de la razón, unida a la renuncia por la libertad, siempre deja huellas y consecuencias imborrables. El sentimiento de frustración sucedía a escala distinta para cada uno de los personajes. En Lucía, al renunciar al esfuerzo para retenerlo. Todo argumento ya sobraba, su lazo o las cenizas de su lazo afectivo con Cirilo yacían en un nicho del pasado. Sólo pensó en quitar de los hombros de su compañero, el peso de culpas añadidas por los inciertos rumbos de su futuro.

Bien podía seguir soportando la pobreza en los brazos de su amante y esposo. Más no podía reducir su relación con su primer amor, al plano de la amistad.

El prior sospechaba de la sinceridad del abogado, varios detalles lo hacían arrepentir de sugerir que llevara a Cirilo y Lucía al aeropuerto. ¡No es fácil cualquier forma de paternidad! ¿No debió involucrarse en ese nudo emocional? Pero ¿cómo dejarlos a solas en momentos tan delicados?

Al salir de la parroquia, Lucía ya no miraba feliz las palomas comiendo migajas. Su juventud y anhelo de vivir vibraban ante el imán de nuevas ilusiones. La juventud y templanza de Lucía vislumbraban el horizonte. El mundo de Lucía se desmoronaba como un vaso de fino cristal.

Parte de los matrimonios se hunden en el fango, pero nadie recurre al oasis de los conventos, a la salvación de su futuro terrenal. Pero la historia guarda miles de testimonios de quienes aventuran su vida en el filo de la muerte en la exaltación por las guerras, las discordias y las insidias.

Las cosas se apresuraron a instancias de Cirilo. No quiso ir a Jantla con la familia de Lucía. El párroco los despidió en el atrio de la parroquia, al subir al carro de Uriel rumbo al aeropuerto de la ciudad de México. La despedida sin flores, abrazos, ni baladas, fue como una tolvanera de amargos desalientos. Lucía se informó que el destino era Panamá.

No derramaba Cirilo una sola lágrima, sino pesadumbre por vagas emociones. Su cuerpo, su alma, ausentes de este mundo, vuelan como el viento helado, atrapados entre cerros y montañas lejanas. Bien sabe que las tapias del monasterio son el sarcófago de seres desesperados, de los que se aíslan de una vida que no les brinda alegrías ni al menos ilusiones. Sólo un sentimiento los une: el goce de sufrir.

Un monasterio de corte medieval esperaba a Cirilo, sin la libertad de respirar el aire fresco de las calles; pero un monasterio en lo alto

de una colina más cercana del techo celeste, contemplando las estrellas somnolientas y la lluvia del otoño, las lágrimas de las nubes grises, en espera de la muerte.

Antes de aprobar su ingreso a la vida monástica, en retiro espiritual, sin retorno, para siempre. ¡Para siempre, si es que esta idea cabe en el angosto libro de la humanidad!

De retorno a Zaragoza, Lucía y Uriel Vieyra entablaban una conversación sobria, alternada con pausas abismales de silencio. Los recuerdos dolorosos que cruzaban por la mente de Lucía, reclamaban la orden necesaria de borrarse, como a batallones en retirada.

.- ¡Estará en Panamá! Vi su boleto de avión.

.- Panamá no es su destino último. No sé a dónde.- precisó el abogado.

-Me gustaría saber, aunque jamás pueda volver a verlo.- musitó vagamente.

.- Si, creo que pasará el resto de su vida en algún monasterio muy lejano.

- 2 -

Lucía narraba fascinada su larga historia en apoyo a los migrantes; el abogado la escuchaba con atención.

Al compás del viaje tranquilo, así como de la música relajante del aparato de sonido del carro, los jóvenes ya compartían sus sinsabores. Después de una pausa, volvieron a su charla.

. - Podemos intentar, por ancho que sea el mundo, lo podremos encontrar. Cosa de tiempo. – el abogado no se sorprendió al mirarla de reojo. No parecía manifestar signos claros de tristeza por la partida de Cirilo.

.- De vuelta a Zaragoza, el párroco quiere hablar con nosotros.

.- Lo van a reubicar. – Expresó Lucía.- Ya tiene preparadas sus maletas. Se nos va a otra parroquia.

.- Veré cómo despedirme.- exclamó el abogado.

.- Se nos va. Aceptó ir a una excursión con los feligreses como despedida.

- Supuse algo. Con la ausencia del Prior y de Cirilo, se dificultarán algunas tareas.

.- No abandonaré a la gente.- En la voz de Lucía brotó un aire de abatimiento.

.- No los dejaremos solos. Pero cuenta con mi asistente y tus amigos.-el abogado enfatizó, excluyendo su respaldo propio.- ¿Cómo se te ocurrió esta causa por los pobres?

.- Son personas tan humanas como nosotros, pero sin hogar ni cobija contra el frío o la lluvia, sin familia ni pan, sin nombre ni amigos.

.- Un día me cuentas como te ingeniaste para convencer para tu causa, a Cirilo y al Prior. Por ahora, si te parece, hacemos un alto para estirar las piernas y comer algo. – propuso el joven.

Lucía aceptó, salió del carro, Tomaron un refrigerio en una tienda cercana a la gasolinera del camino.

El abogado abordó otro tema que le inquietaba.

.- Y ¿cómo conociste a los hippies?

.- Tenemos cierto parentesco.

.- ¡Son buenos amigos tuyos!

.- Si, por supuesto, me estiman y yo también.

.- ¿Sabes que los hippies viven como en una comuna?

.- ¡También los abogados hacen su comuna! – Reaccionó Lucía con vehemencia.- ¿Tienes algo contra ellos? Dímelo.

.- No, yo no. Pero ve como la gente los mira por sus rarezas.

.- No los conocen, no los pueden juzgar. ¿A dónde quieres llegar? ¡Haces muchas preguntas!

.- Te lo pregunto porque les confías el albergue, lo más importante en tu vida.

.- Pero sola no puedo atenderlo. No es ningún secreto. También ayuda mi padre.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

- ¿Quién les puso el apodo de los hippies?
- ¡Qué de preguntas tan tontas! Pues la gente así les puso. Son muy responsables y a la gente del albergue también los hacen responsables de su propio cuidado.
- Pero los bautizaron así por algo...
- Dicen que andaban de bulliciosos con los estudiantes en México. Muy cerca de una iglesia muy conocida.
- Si, la de Santiago Tlatelolco. Qué bueno que no los detuvieron.
- Nadie quería que los detuvieran. ¿Por qué los iban a detener? Y menos en una iglesia.
- Andaban protestando...
- En la parroquia todos protestan, se quejan de todo y nadie los detiene.
- A lo mejor protestaban por lo que otros que debían protestar, no protestaban.
- Tú traes algo contra ellos. ¿Qué han hecho contra ti?
- Mira, Lucía, no te enojas. En realidad me simpatizan. Ya los he tratado y nos saludamos amistosamente. ¡Con sus baladas, ropas desaliñadas y melenas, aunque no lo creas!
- ¿Nunca habrá llorado Lucía? Se pregunta el abogado. No vive con sus padres, Cirilo ya la dejó y el prior ya se va. ¡Ha quedado tan sola, no le conozco amigas!
- ¿Tienes planes nuevos para el albergue? Escucha mi opinión. Creo que para ti sólo es un trabajo altruista y generoso. Has sufrido muchos problemas, calumnias y acoso de posibles enemigos.
- No, no tengo un solo enemigo. Tratas de enredarme. Te voy conociendo.
- No, Lucía, estoy de tu parte. Me preocupa porque algunos ven el albergue como una cueva de delincuentes o negocios bochornosos, como el tráfico de mujeres y de niños indefensos.
- Sabes bien que no me gusta hablar de eso. Y ahí no hay tráfico de nada.- con furia exclamó La joven.

.- Pero algunas personas quieren verlo de esa manera. Tú eres una joya única en el mundo. No, espera es algo más que un piropo. Aparte de tu belleza y gracia, tienes otra joya en tus manos. El albergue es como la gloria o blasón o una corona de los reyes. Sé muy poco de historia, pero algunos reyes de Europa tendían su mano generosa a favor de los indigentes.

.- Ya veo, quieres hablar de política y eso menos me interesa. Yo te recuerdo que también algunos sacerdotes y personas buenas les dan la mano a ellos.

.- Me considero tu amigo, un buen amigo que se preocupa por tu tranquilidad. No es momento oportuno, pero recuerda esta idea. No dejes que nadie use para fines distintos a los tuyos el albergue. Es todo lo que trato de decirte.

Era el ocaso del día. El abogado conducía ya cerca de Zaragoza. Su experiencia mundana miraba los trozos desparramados de un matrimonio destrozado. ¡Cirilo ya no era un estorbo en sus planes! La miraba de reojo, embelesado con su boca rosada, su vientre plano y talle tan breve, en fin arrobado de su hermosura perfecta, de niña y de mujer casi una diosa del mezquino paraíso terrenal. No, no era una mujer para robarle un beso furtivo, o conseguir una aventura pasional. Le besó con cariño en su mano izquierda, porque sus impulsos no podían detenerlo y creyó en su mente y corazón que había ganado el afecto y confianza de Lucía. Ella parecía dormir plácidamente.

.- Te diré algo.- Lucía captó la atención del abogado.- Me preocupa que pronto le pidan al prior su traslado a otro lugar. ¡Será por mi culpa!

.- En absoluto. Nada tienes que ver en ello. ¿Sabes por qué cambian a los clérigos con frecuencia?

.- No, no tengo la menor idea. El problema con Leonor llegó muy lejos. ¡Por sus mentiras de la joya!

.- Hay algo de eso. Pero los problemas entre el sacerdote y Leonor son algo complicados. Comenzó hace mucho tiempo. Ella sueña como reina, estando por encima de todos. ¡Es egoísta y vanidosa! ¿Qué necesita ella de la parroquia?

.- ¿Crees que a ella si la necesitan? Bien que mueve a su capricho a sus amigas.

.- Es el fondo de las cosas. Se necesitan ambos. Y por ahora el prior es quién pagará los platos rotos.-Uriel calló para no continuar algo difícil de explicar.- Prométeme que ya no te preocuparás de esto. Vales mucho, igual que ellos.

.- Eres duro contra el prior.

.- Claro, pero lo importante casi siempre lo tenemos en nuestras narices. Todo mundo se dio cuenta que Leonor tuvo que morder sus patas y el rabo.- el abogado rió a solas. Él no vivió en carne propia el dilema de Lucía.

El abogado calló sobre una vieja leyenda de rencores anidada en el ánimo de Leonor, a fin de no perturbar aun más a Lucía. Cuando llegó a Villa de Zaragoza, el prior Don Martín, en un papel no definido en cuanto a jerarquías, convivió algún tiempo con su colega, el párroco don Antonio. Hombre de paz, el prior dio su lugar a don Antonio por derechos de antigüedad. Resalta en tal historia, la estrecha amistad que unía a Leonor con don Antonio. Toda prerrogativa a su alcance se la concedía a su gran amiga. El prior Martín no encontraba ningún inconveniente.

Unas semanas después de su llegada a Zaragoza, le llamó la atención con gran nerviosismo, la presencia de unos niños en la cornisa ubicada en los vitrales. A una altura de unos doce o catorce metros, ayudaban con trabajos de limpieza en la cantera y los vitrales. No llevaban arneses ni andamios, ni cualquier otra protección. ¡Un resbalón o descuido los ponía en riesgo de muerte! Al día siguiente, un niño ayudaba a un pintor en la limpieza de los retablos. Trabajan juntos en un andamio. El niño estaba muy cerca del pintor. Sucedió el accidente, pues tenía que ocurrir. El niño

resbaló y por suerte el pintor, un señor robusto y con habilidades, logró pescar en vilo al niño, salvándolo de una terrible desgracia. El prior sintió el sudor nervioso de sus manos. Discretamente esperó el momento de la cena. Se encontraba a solas con don Antonio.

.- Lo veo muy callado, don Martín, algo quiere comentar. Estoy enterado de su apuro.- don Antonio gustaba de rematar la cena con un café y un cigarrillo.

.- Si, quiero comentarle sobre esos niños. Corren un peligro mortal. Imagine las consecuencias.

.- Vaya, mi buen amigo, don Martín. No sea tan *preocupón*. Llevan buen tiempo en esas tareas. Sabe algo, lo hacen de buena gana y casi jugando. Les pagamos un dinerillo que buena falta les hace, vamos don Martín. No tenemos ni un centavo para albañiles. Usted lo sabe.

.- Señor Cura, me preocupan los niños y el pintor. Se arriesgan demasiado. Tengo algo de experiencia en ese tipo de trabajos. No lo tome a mal, pero puedo servirle con algunos consejos.

.- ¿Consejos? No, mi amigo. En cualquier minuto, se nos deja venir el señor obispo, y le dará mucho gusto ver la limpieza de los vitrales y los retablos.

.- Bien podría enterarse el señor obispo de estos riesgos con los niños....

.- Amigo, cuente con mi discreción. Hay que disfrutar la vida. Me imagino que por ahí usted se nos esconde en alguna aventurilla, de vez en cuando.- con su tono campechano, don Antonio daba palmaditas en la espalda del prior. ¡Era una amenaza velada, sin duda, por artificiosa que fuera lo que insinuaba don Antonio! Un rumor bastaba para desacreditar al prior; un desconocido por entonces en Villa del Gral. Zaragoza.

.- Tengo un gran respeto por usted. Pero le exhorto de buen modo que no contrate a niños. Sé lo que le digo, un accidente es fatal.

.- Ah, que mi amigo tan machacón. Bien, pase buenas noches. Déjeme la misa de primera hora para que usted descanse.

Pronto, doña Leonor cambió de actitud con el prior. Apenas le respondía el saludo, y con frecuencia ignoraba su presencia o le daba la espalda. Confesando así que ya no era un secreto: la conversación durante la cena, la cuestión de los niños. Y la relación tirante que tarde o temprano sobrevino entre los dos clérigos.

Una semana después, un emisario del obispo vino a Zaragoza. Conversó a solas con don Antonio y horas después, se marcharon juntos discretamente. Por medio del sacristán, el emisario del obispo enteró a don Martín, que ya estaba a cargo de la parroquia de Zaragoza. Coincidencia o no, la señora Leonor jamás olvidaría este suceso en su ánimo tan rencoroso.

Ya entraban Lucía y el abogado a Zaragoza y en lo alto resplandecía en medio de la oscura noche, el brillo de las estrellas. Callar sus secretos es el sacrificio de las estrellas. El brillo de lo eterno descansa en su lejanía y sigilos, pues aun lo eterno tiene sus flaquezas.

El abogado tarareaba a solas muy contento por la naturalidad y sencillez de su acompañante. Los hilos de acero de la circunstancia, como cables de la grúa, zanjaban los pedruscos y trabas hacia nuevos horizontes.

- 2 -

Al reacomodar sus nuevas actividades, Lucía se atareaba en el despacho de abogados. Sin dificultad para adaptarse a los vaivenes de su tiempo y presupuesto, aceptó la oferta de ocupar como casa propia el anexo del despacho.

Por momentos, se distraía al recordar rostros de chiquillas que, como ella al casarse con Cirilo, ocultaban entre otros, su interés en las obras de teatro o el taller de costura, en la espera impaciente del

novio incógnito, trazado en las líneas misteriosas, que el destino dibuja en el dorso de su mano o en el iris de sus ojos o en las cartas de los nigromantes o en el reflejo de la Luna en las olas del océano. Una salida natural frente a la rutina, la encontró Lucía aumentando sus clases de danza y gimnasia. Intensificó su horario en una escuela prestigiada, donde pujaba el esfuerzo por atraer novedades sugestivas. La insuficiencia de recursos pesaba como piedra al cuello, cuando los ingresos no suministraban lo necesario.

A pesar de la gracia, agilidad y talentos de los bailarines, algo no conciliaba con el ímpetu de las masas que, sutilmente las atrapan nuevos entretenimientos de la pantalla televisiva y de la radio. Las colas de gente a la puerta de los cines en Zaragoza, fuesen los domingos o las funciones especiales, indicaban nuevas rutas y estrategias del quehacer artístico.

En las obras musicales de fama resonaban nombres extraños, apabullantes, como Beatles, Rolling Stones y otros, rasgando las venas tapiadas de la gente, hasta reventar sus llagas del alma por emociones anestesiadas, como ratas viejas.

El teatro y danza del gusto de Lucía tropezaban frente al mundo moderno, masivo. La espectacularidad de los movimientos de minué de los bailarines relumbraba con la intensidad de cinco soles, sin cautivar el gusto de la gente. El carácter de la directora del teatro, se tornaba hosco ante la injusta y fría respuesta a sus esfuerzos y desvelos.

.- Quiero hablar contigo, puedo ayudarte. Algo podemos hacer.- Lucía se acercó amable, a la directora.

.- Bueno, bien. Recuérdame mañana. ¡Hay muchas cosas qué hacer! – la señora cincuentona, alta, bonita, de ojos grandes y azules, con una piel brillante como una manzana, emanaba un aire distante. Cierta aire de vanidad nostálgica rodeaba su vieja aureola de bella bailarina, sin importarle que la piel de cualquier vanidad sea tan áspera y fría como el caparazón de tortuga, que impide la danza, el vuelo de los pájaros y la simpatía fácil con la gente.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

La suerte de los artistas del teatro y danza gira en torno del aplauso antojadizo, del reconocimiento de la gente. Ante la insistente joven, la directora accedió a su colaboración informal.

.- Haz una cita para mí, con las personas de esta lista. Procura ser amable. Son muy sensibles. No importa que se molesten. Piensa en pretextos para atraerlos.

.- Descuida, tengo algo de experiencia.- dijo Lucía.

.- Sé que lo harás bien. Esto tiene un saborcillo diferente a la sencillez de la parroquia. Toma eso en cuenta. No dejes de insistirles y no le digas a nadie, de esta tarea que solo a ti puedo confiar.

Transcurría el tiempo con magros resultados.

.- Tengo una lista de invitados. Dime para confirmar, si estás de acuerdo.- Cada semana se lo recordaba, Lucía.

.- No, no, cancela con todos. Necesito gente de fama, que nos sirva de palanca. - la directora se dio por ofendida, sin embargo no se rendía.- ¿Tienes algo más que decirme?

.- Quiero tus consejos para ser una mejor bailarina. – al fin consiguió Lucía, la atención de la directora.

.- Mira, lo tienes todo, tu belleza, tu juventud. Rehúyes del contacto de los muchachos, cuando tienes que abrazarlos o dejar que te carguen en sus brazos. Es parte del oficio. ¡Suéltate, aquí no caben los apocamientos! ¡Despabílate!

.- Hago lo mejor que puedo.- contestó en su defensa.

.- Aprendes todo con facilidad. Pero, ¡tu cortedad y timidez! Tus gestos te delatan. Tus compañeros te quieren, algo te falta. El camino del arte es demasiado largo. – las barreras entre la directora y Lucía jamás podían borrarse.

.- ¿Crees que debo renunciar al teatro y a la danza?

.- Mira, mi niña Lucía, el mundo del arte es muy complicado. Cerca de ti, aun se respiran el incienso, pudicias y las ceras de la parroquia. No eres tan mojigata como pareciera, pero qué hacer

contigo en este mundo tan pequeño, en esta guarida de hipocresías de Jantla y Zaragoza. No has pensado siquiera en viajar a París o al menos a Londres. Tampoco te he oído decir que te interese conocer las playas o la barranca de Chihuahua.

.- Si, si he soñado con ir y vivir en las playas desde niña.

.- Mira, Lucía, sé bien lo que has sufrido, de tus penas, pero de nada te servirán las olas o las arenas del mar para ocultarlas. Son saladas. Sé lo que te digo. Mujeres como tú o yo, viajan hasta Europa y se enamoran de italianos o franceses. Pero ah, ¡bien que vale pasar una tarde en una góndola con el hombre de tus sueños, en “El puente de los suspiros”, allá en Venecia!

.- Nada me importan las góndolas, los italianos, uruguayos o franceses. Sólo quiero aprender del teatro y de la danza.- la mirada de Lucía se perdió en el infinito de los aires.

.- Lo tengo en cuenta, Lucía. Eres alguien especial. Me agrada que no te conformes con una butaca del cine, con una bolsa de “palomitas de maíz”. Al menos aquí la danza y el teatro te ayudarán a llorar y sufrir el mundo que has perdido, pero tendrás que convertirlo en una obra de arte, o al menos el intento de hacerlo. Veo con gusto que has soñado con las playas y que no te infectaron las tristonas tinieblas de la parroquia, a la cual respeto, pero no siempre ayudan en la misión de los artistas.

Pertenecían a dos mundos diferentes, opuestos. El hermetismo de la directora respecto a su pasado, concordaba con su talante de belleza exótica, penosamente fría, distante, que la perfilaban hacia tareas de organizadora, promotora, no de artista, no creativa. Una aficionada con pausas en la pasión, sin pausa en su afición, absorta por la danza.

Por su parte, Lucía tenía cualidades, vocación, porte y pasión. A falta de una guía profesional para moldear su formación en la danza, navegaba lejos y a tientas del descubrimiento de su isla del tesoro. Miles de jóvenes como ella, pese a su tesón y carisma, fracasaban en su interés en actividades artísticas, por falta de

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

senderos fértiles. ¿Buscaba Lucía nuevos rumbos en su entrega y pasión por la danza y el teatro?

Pionera de la versatilidad del espectáculo en Villa del Gral. Zaragoza, Lucía logró atraer a la gente a su mundo de danza, música y teatro al aire libre. Espectáculos que multiplicaron el número de asistentes, a caza de linternas de sus deseos y fantasías más recónditas. En los movimientos de la danza, afianzados por una música sublime, Lucía y su coreografía despertaban en la gente, esperanzas de descubrir un nuevo universo de la armonía y belleza, que su vida propia les negaba.

No falta por desgracia, la tiesa indolencia de la muchedumbre. Sólo revienta en aplausos y ovaciones con el empujón de los más intrépidos, fieles a sus naturalezas chacoteras.

Destaca entre ellos, Carsano el viejo, de un bigotazo enorme y canoso y sombrero ancho, subyugado por sus pasiones indomables, su lenguaje mordaz y de perdonavidas, una bestia humana con hambre insaciable de vinos y mujeres. Cacique de muy larga historia, de décadas y quizás siglos, que primero que nadie, ocupa a sus gentes en informarse de las fechas en que Lucía realiza sus labores en la danza. Una hora antes, ya el anciano lujurioso se adueña del asiento de su agrado, y de los ocho asientos que forman un círculo cómodo en torno suyo, con sus ocho secuaces.

.- Ver a Lucía es como tener aquí mismo a París, Londres o Milán, Viena o Chicago. Lo que sea del mundo, nada es mejor.- expresaba Carsano muy ancho y estirado en sus tres butacas, a salvo de los apretujamientos de otros asistentes.

Resultado de la casualidad, y más de la necesidad, era inevitable el encuentro de la directora del teatro con el viejo Carsano. Y se dio en el momento del ensayo de una obra nueva teatral, donde se conjugaban las simpatías de Lucía y la directora. El tema central se refería a una heroína nacional de hace tiempo, nativa de la región.

.- Don Carsano, ¡qué suerte tenerlo aquí! – le expresó al anciano jubiloso.

.- Vamos señora no exagere, vengo a diario. Siempre que esté Lucía. ¡Mire, cuanta gente!

.- No debe tardar. En cuanto llegue, comenzamos el ensayo de la obra. Le va a gustar.

.- Bien que vale la pena esperar.- ufano, echó su cuerpo y pipa hacia el respaldo.

.- Usted mejor que nadie conoce los secretos del arte. Ver el estreno de una obra de teatro, nos da la más grande satisfacción. Sin ver los ensayos, las sorpresas nos regalan la magia del esplendor, como él de la aurora.

.- Hm Se le huele, usted es toda una poeta, una artista. – la aduló Carsano.

.- Naturalmente si usted prefiere ver el ensayo... puesto que por cosillas del dinero, quizás no podamos llegar al estreno.

.- ¿Qué papel juega ahí Lucía? ¿Es la principal?

.- Si, lo tiene merecido, es temeraria... Digo valiente, como la heroína y hermosa. Es idéntica al personaje histórico.

.- Por dineros no hay de qué preocuparse. Me gustan los ensayos. Pero me enamoro de las mujeres por sus virtudes y su nombre. Soy de gustos refinados. Vaya que Lucía lo tiene todo, sus virtudes en danza, teatro y su sonrisa. ¿Cómo se llama el personaje?

.- Gracias por acompañarnos, don Carsano. Es un honor tenerlo aquí.- la directora hizo como que oía.

.- Vaya con mi contador. Pida un cheque en “blanco” para los gastos.- con su altanera frialdad, dijo con fingimiento y dándose importancia.

.- Gracias, se lo agradecemos Lucía y yo. Será poco dinero, pues ya contamos con buena parte de la escena real.

.- No sé de qué me habla, pero mientras llega Lucía, oigo de la tal escena. Cuénteme de esa historia.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Fue una heroína de la región, hace mucho tiempo. La ahorcaron en la calle principal por ser una rebelde social y por ser hermosa. Sucedió hacia 1811 o tal vez 1812... además la torturaron.

.- ¿Cómo? ¡Eso es de mal gusto! ¡Una mujer hermosa! ¡Ahorcada y torturada! – el viejo tosía y echaba sus flemas al suelo. – Fue un idiota y ciego el que hizo eso.

.- Pero fue algo real, don Carsano, y la reconocen como heroína nacional.

.- No me gusta esa crueldad, no estoy de acuerdo. ¿Quiénes son sus familiares, cual es su nombre y dirección?

.- La gente la conoce. Tiene su estatua. ¡Cantaba y bailaba tan hermoso!

.- ¿Se niega usted a decir su nombre? Se ignoran la fecha y los hechos. Ahora falta saber que el infame que la mandó ahorcar, fue un vil traidor.

.- El nombre de ella pasó a la historia por su valor y ejemplo. Nadie lo duda.

.- No, no quiero saber nada más. Ni oír. No permitiré que humillen en público a una dama hermosa y bailarina. Tal vez fue solo una leyenda, porque poco sabemos de ella.

.- Por ello queremos con su homenaje, estimular estudios para su historia. Y por supuesto encumbrar el teatro y el arte, como le gusta a Lucía.- continuó la directora.- Le diré. La heroína en realidad se llamaba María de los Ángeles Guadalupe Concepción Soledad Tomasa Esteves Salas. Claro, se usaban nombres muy largos.

.- Bien, sigamos con la danza y el teatro. ¡Y con Lucía! En un papel romántico y algo travieso, digámoslo así. – el octogenario echó sus pies encima de una butaca, fumando su pipa con pedantería. – ¿Lo de “La llorona”?, pero no, no, olvídelo, que mejor sea algo de su gusto. No pare por los gastos, todo por Lucía. ¡Faltaba más! Vaya con mi contador cuando guste.

Semanas después, la directora hizo sus maletas y abandonó para siempre Villa del General Zaragoza. Cuentan que con un costal de dineros, monedas de oro y diamantes. Ni un solo pan o centavo dejó para el albergue de Lucía.

Capítulo XV Tiempos cruzados.

La plaza en la “Villa del Gral. Zaragoza” apuntala su realce como punto cardinal, como testimonio de miles de amoríos, pactos, venganzas y traiciones, con sus ojos, olfato, orejas y labios, puestos en sus campanas, arcadas y atrios. Los días festivos y domingos consiguen más afluencia de mujeres, niños y paseantes con sus mejores galas, desbordando hasta las calles aledañas y otros recintos públicos.

Las jardinerías cuidadas y llenas de sauces, cipreses, magnolias, jazmines, y de rosas; el kiosco y la banda de música, faroles y estanques coronan el ambiente de la plaza, como un retablo para lucimiento de collares, aretes, abalorios, corbatas de moño y ruidosas vanidades, con mascaradas de mallas y tatuajes, con nuevas irreverencias a idolillos arcaicos, huecos.

La gente pasea por las calles saludando amigos, paseando a los niños, ayudando a los ancianos a no resbalar en los hoyos y desniveles de las banquetas, cuando hay banquetas. Compran cualquier cosilla, miran las vitrinas de los comercios. Porque su ansiedad de existir, de divertirse, juguetea con sus sueños de profetas. Como golondrinas en bandada, vuelan sin parar hacia la conquista de su felicidad, aferradas a paladear su propia sentencia y condena. Estas golondrinas viajeras se retozan en el paraíso de las tiendas y las compras, de las compras incesantes como el aleteo de las mismas golondrinas, como sentencia y condena amarga hasta su corona floral de la muerte.

Como las aves en los bosques, pululan vendedores ambulantes lo mismo en la plaza, en las fiestas, las bodas, bautizos y corridas de toros, en las misas, y en los funerales, ofreciendo guirnaldas, golosinas, espadas para matar dragones, paletas, mascotas, y venden también adivinanzas y cábalas sobre la suerte de los

ausentes, así como pregones de amores y rencores, lo mismo que risas de payasos.

Los globos de colores sobresalen por las apetencias de los chiquillos y tarde que temprano, esos globos se desprenden de sus manos. Alzan su vuelo como un tren de los sueños, alentados por la curiosa inocencia de docenas de espectadores haraganes.

Tampoco puede ignorarse la presencia de pandillas de vagos, raterillos, y limosneros, que como lapa por las noches, se apoderan de los bancos de metal, a falta de otro sitio de descanso. Sin faltar algunos migrantes. Sin excepción, todos ellos esperan impacientes el final del día. Para complacencia suya, la marcha del astro solar, después de su fogosa jornada, se precipita al crepúsculo, al ocaso gris escondido entre las montañas.

- 2 -

A su jovialidad estridente, el abogado suma cortesías, cumplidos, regalos de flores, perfumes, aretes o collares y constantes invitaciones a comidas, cenas y el café para cautivar a Lucía. Después del mediodía, Uriel tomó un receso, acompañado por Lucía. Un receso para caminar, tomar el café y sentarse en un banco del jardín frente a la parroquia. El famoso trovador callejero echaba al aire sus coplas con dedicatoria a Lucía.

.- Caminemos un poco.- dijo Lucía. - ¿Vamos al cine?

.- Vi la cartelera. No me gusta. El cine es cine. Nos dan gato por liebre, con retahílas de canciones estridentes, o con baladas lloriconas.

.- ¡Ya habrá algo bueno!- dijo Lucía enfadada.- Tú que sabes de todo, ¿por qué a la gente le gusta mucho el cine? No es sólo por divertirse.

.- Claro... necesita de ilusiones. Para eso es el cine. Chicas jóvenes desnudas, animales que hablan, hombres poderosos, invencibles, que pueden volar.

.- Me gustaría poder volar... desde que era niña.

.- Volar ¿a dónde?

.- A una playa...

.- Si, si, me gustaría.

Del fondo de una tienda cerca del jardín, continuaba la música con una melancólica balada. Uriel se acercó en tono lacrimoso, ante su joven amiga, fingiendo ser cantante, con el *puchero* de una piadosa *magdalena*.

.- ¡Qué ridículo te ves! – una risotada y el rubor en el rostro de Lucía, fue su respuesta.- Esa música le gusta mucho a la gente.

.- ¿Sabes por qué le gusta? Es por la necesidad de sufrir.

.- ¿Necesitan sufrir? ¿Por ello el éxito de esas canciones y baladas románticas?

.- Si los músicos adivinan nuestras hambres espirituales.

.- Quizás. Pero ¿qué sabes tú de lo espiritual? Creo que nunca te has emborrachado.

.- ¿Yo? Jamás.- el abogado mustio contestó a su modo el golpe inesperado.

.- Mi padre dice que solo los borrachos conocen lo qué es el amor y los ecos del alma.- le reprochó indignada.

.- Existe el amor y... - el abogado no callaba, ni rodando en el suelo por los golpes de sorpresa.

.- Luego me lo explicas. ¡Tú sufres también por la necesidad de sufrir, alguna vez habrás tenido una desdicha en tu vida!

.- No es fácil imaginar esos temas.

.- ¡La eternidad, por millones y millones de años!

El beso repentino de los viejos y nuevos novios provocó desconcierto entre los fisgones. Los observaban de oriente a poniente, puñados de ojos a caza de escenas picantes. En secreto,

un grupo de viejos jueguistas había corrido las apuestas de nueve a uno, contra la suerte del abogado.

Atenta en el vuelo de las palomas, le atraieron las melodías del trovador de pechera, que taladraban el aire de la plaza. Y con su corazón de paloma, Lucía fue volando por paletas de pistache y de limón para el trovador y su nuevo novio, dejándolo solo en el banco. Feliz el bardo ciego con su paleta de pistache y su guitarra vieja, grabada con las firmas de cantantes de renombre, le pidió a Lucía que paseara su perro lanudo por la plaza, mientras saboreaba la paleta y el eco de sus baladas de *tolache* que embriagan de zalamerías a los paseantes.

Viendo solo al abogado, se acercó renqueando el cacique ochentón y más, de nombre Carsano, alto, de sombrero enorme, con fama de adicción a la danza, raptos de varias muchachas, de avaro, de malévolo. Trae pistola y navaja con el beso de la muerte. Fue quien organizó y perdió la apuesta.

.- El abogado no durará mucho tiempo. Lo saludó don Carsano.- murmuraban desde lejos los señores de sombrero de paja.

.- Buenas tardes, su merced.- saludó el viejo al abogado.

.- Apenas, muy apenas le hace honor a nuestra amiga ese trovador. Claro, está ciego. Y usted señor leguleyo, ¿cómo van sus *chanchullos*? – dijo Carsano.

.- Bien, todo bien. Ahí van. – contestó con sequedad.

Lucía caminaba de regreso al banco con las primeras gotas de lluvia de ese verano. En sus faldas blancas y largas se presentían sus meneos naturales, y nada fríos como las paletas de limón.

.- Cuide, cuide bien sus asuntos.- clavó su mirada torva en las faldas de Lucía, con la lujuria trágica de los ancianos. – O le arrebatan lo suyo.... – la amenaza fue tajante.

.- Descuide, eso no pasará.- respondió retando al viejo. Nadie lo había enfrentado antes, cara a cara.

.- Ya sabe dónde encontrarme, para lo que se le ofrezca.

.- Que le vaya bien.- dijo el abogado.

En la mente del abogado acudió un torrente de datos de su nuevo enemigo. El origen de su fortuna colosal, inigualable, ronda como leyenda de rapacerías hasta de las cloacas, en las charlas de los vecinos, mezclado con su firme reputación de avaricia, envuelta en hablillas y anécdotas. Carsano, viejo malandrín, lleva un amasiato de larga historia, con la señora Leonor, lo cual mantiene en lacrado secreto.

Sólo Carsano contó las veces en que vio danzar a Lucía, para admirarla y desearla. ¡Le enfurece su indiferencia, mas al ver que besaba al abogado, su ira lo arrastró al límite de sus delirios!

No se distrajo el abogado. Las amenazas no debían ser menospreciadas, viniendo de un violento rufián, despojador de lotes, casas y mujeres ajenas, al costo de asaltos y golpizas.

.- ¡El viejo ya huele a alcantarilla, huele a muerto! - comentó el abogado, soltando una breve carcajada.

.- ¿De qué hablas? ¡Te ríes como chiflado! Te traje tu paleta de fresa y le di otra al trovador.

- Mi reina, ya es tiempo de que me presentes con tus padres y tu familia. ¿No crees?

.- ¿Ir a Jantla? – tardó un minuto en responder, sorprendida primero del cumplido y además por el deseo de viajar a la casa de sus padres.- ¿Cómo me dijiste?

.- Mi reina, eso has sido desde que te conozco.

.- No juguemos con eso. ¿Cuándo nos vamos?

.- No es un juego y vamos ahora mismo, si gustas.

Durante el camino, Lucía cavilaba sobre su tema preferido desde que era niña. ¡Conocer la playa y vivir un tiempo lejos! De pronto, ambos soñaban en pláticas románticas sobre las olas del mar, las gaviotas, los pescados y mariscos. Y si los planes cristalizaban, bien valía probar fortuna allá en las costas, aunque lejanas.

Un aire nuevo respiraba Lucía, revolviendo la jovialidad y simpatía del abogado, con los vientos frescos de esa rojiza tarde y el olor

balsámico de la arboleda y follaje del camino a Jantla. Por no hablar de la alegría de ver a sus padres.

Más valía ir con tientos. Primero debían saludar a su familia y luego vendría la petición de su mano. En caso de marchar bien las cosas, ¿por qué no probar suerte, fortuna, en lugares de fama y porvenir maravilloso como las zonas cálidas de la costa? En todo caso, los negocios de su padre circulaban como agua a manos de sus hermanos, pero el patrimonio familiar y ahorros alcanzan para un negocio suyo, haciendo todo en debida forma.

- 3 -

Faltaban pocos trámites para el divorcio de Lucía. Pero el abogado astuto quiso ganar tiempo, pensando en algo y proteger a Lucía de las amenazas presagiadas. O era un pretexto para sus sentimientos y afanes. Parecía lógico, pues el paréntesis entre el día que abordó a Lucía en el camión cerca de la montaña, ya valía por meses de vana impaciencia.

Sin embargo escuchar los ecos del oscuro instinto, es como hacer caso de los ecos de la montaña, lo mismo nos acercan con faroles grandes a verdades y caminos seguros, o juegan con nosotros hacia callejones y veredas sin salida.

La familia de Lucía los recibió alegremente, abrazándolos una y otra vez, al enterarlos el abogado de sus planes de casarse con Lucía, después del arreglo de su divorcio. Celebraron la bienvenida a la pareja con una comida con veinte comensales.

.- Sólo les pedimos que su boda sea aquí en Jantla. – en la voz y la mirada de la madre brillaba una mezcla de bondad y dicha. Nunca le agradó el matrimonio con un sacerdote.

.- ¿No hay inconveniente, abogado?- dijo don Silvio.

.- Y ¿tienen que esperar? Ustedes vienen rara vez. Podemos organizarla en unos días.- insistía la señora.

.- Gracias de verdad, por su entusiasmo. ¿Qué dice la novia? – tanteó Uriel el dilema sorpresivo.

De repente, Lucía besó al abogado en la mejilla, despertando clamores y aplausos. Conmovió la fibra elástica del abogado, que desconocía a fondo la capacidad emotiva de su ahora prometida. Le agradó la seguridad de ver borrados los recuerdos del pasado. Importaba solo mirar hacia el futuro.

Por la tarde, la pareja fue llevada a empellones a la inmensa casa de la vereda. Contaba con tres habitaciones terminadas, jardines con hierbas y pastos secos, servicios, mobiliario usado, garaje sin carros y jaulas sin pájaros. Además contaba con once habitaciones en obra negra, no terminadas, en el patio posterior. En el frente de la casa se imponía una reja metálica con sus barras y ornatos, extendida hasta la esquina de la calle. Faltaban otros detalles de pintura, de diversas instalaciones muy costosas. La casa de la vereda quedaba a unos metros de la vieja estación del tren.

.- Es su regalo de bodas.- alegremente entregó el padre de Lucía las llaves de la casa al abogado, quien de inmediato, las cedió a su novia.

.- La casa pertenece siempre a la mujer.- y ahora él besaba y abrazaba a la joven.

.- Justamente, necesitan del papeleo para que sea de su propiedad. Y siendo usted abogado, nada será tan fácil.- dijo fanfarrón el padre de Lucía.

Por la mente de la pareja y de Silvio, cruzó un airecillo extraño con el tufillo de carcomas y enconos, ¿qué enigmas vendrán con esta disposición, entre los hermanos de Lucía?

.- Gracias, gracias, padre. – Lucía besó su mejilla.- y también a ti, ma.

.- Pronto le darán una limpieza.- agregó su madre.

Regresaron a la casa paterna, donde hospedaron a los flamantes novios.

.- Mientras sea la boda, cada uno de ustedes en su cuarto.- les sentenciaron Silvio y su madre, abriendo sendas puertas para ellos.

- 4 -

Esa misma noche en Zaragoza, frente al despacho del abogado, tronaban en el aire los trombones, cuerdas y trompetas del mariachi, con el cual Carsano ofrecía una ruidosa y escandalosa serenata, montado en su flamante caballo. Las canciones alardeaban a gritos las conquistas del garañón ante la mujer sojuzgada, como gruñidos de viejo orangután montado en su caballo.

El animal domado no dejaba de relinchar por el olor picante de los orines del jinete.

.- Compadre, ahora ¡una música romántica! Se lo merece la muchacha.- El tono del amigo de Carsano sugería expresiones menos bravuconas. El mariachi repetía un aire de escabroso tono sobre una chancla.

Los mariachis por su cuenta, entonaron canciones buscando el agrado de la destinataria. ¡No daba la cara la mujer deseada, agasajada, al caprichoso y ridículo deleite del anciano, que escupía mil insolencias y palabrotas!

.- Otra vez, toquen esa otra vez.- exigía Carsano, machaconamente.

.- Ya la tocamos.- dijo uno de los mariachis.

.- Pues me la repiten.- ordenó molesto. - No, no déjenme, ustedes no saben. ¡Porque esta muchacha será mía!

Nadie esperaba que el anciano embriagado cacareara con actos de violencia. Pues trasnochadores como Carsano, a diario invaden las calles de Zaragoza.

El anciano enamorado ignoraba la ausencia de Lucía. La serenata continuaba con aires de celos y rencores tan imaginarios, como provocadores. Las tonadas amenazaron al aire con un duelo a

muerte. Y lanzó al aire varios plomazos con su revólver sin causar desgracias.

.- ¡Cállese viejo borracho y deje dormir! – gritó Ezequiel, molesto, y con las luces encendidas.

Reafirmó la impresión de que Lucía se hallaba dentro del despacho.

.- Nadie me grita así, estúpido, hijo de....- y disparó otras balas.

Dos vigilantes pasaban por el lugar y la hora equivocados.

.- Cállese señor, váyase a su casa, puede herir a alguien.- dijo uno de los vigilantes con su lámpara, llamando a la cordura. Portaba su lámpara de pilas.

Con una reacción enfurecida, Carsano siguió con la descarga de tres balazos sobre el vigilante. Entonces salió Ezequiel en ayuda del guardia caído, recibiendo un solo balazo, porque ya estaba vacía la cámara del revólver.

.- Vámonos de aquí. Vámonos.- un amigo de Carsano lo empujó a rastras hasta subirlo a bordo de su camioneta.

El lugar nuevamente quedó solitario. Las luces de las casas vecinas se apagaron. Los mariachis se dispersaban y el viejo Carsano se dio a la fuga, mientras se convulsionaba el vigilante gravemente herido. Ezequiel, con ayuda del otro vigilante, lo salvaron arrastrándolo al consultorio de un médico del vecindario. La herida de Ezequiel no pasó de ser un simple rasguño.

Apenas amanecía en Jantla, y un mensajero llevó las noticias al abogado. Las cosas se agravaron. Pronto entendió la necesidad de adelantar su matrimonio. Conocía bien la crueldad de Carsano, fuera por propia mano o por encargo. ¡Había que ganar tiempo, lejos de Zaragoza y de Jantla! Fingiendo cierta calma, aprovechó el desayuno familiar.

.- Señores, señoras.- se dirigió a los familiares de Lucía.- Lamento cambiar los planes de nuestra boda. Nunca faltan asuntos imprevistos en el trabajo.

.- No hay nada que no pueda esperar. Se trata del día más importante en la vida de mi hija. Y en la de usted. - dijo el padre con tristeza.- Debe haber algo, usted es abogado.

.- Créame que lo pensé bien. Mi asistente tuvo un percance y debo atender un asunto urgente.

.- ¡Se pospone entonces la boda! – dijo el padre de Lucía.

.- No, no se pospone. Haremos hoy mismo la ceremonia civil. Nada lo impide, ¿verdad?

.- Bien, es el mejor remedio. – el aire entusiasta del padre se embriagó con el abrazo cariñoso de Lucía.

.- Pasa algo urgente, por ello él cambia de parecer.- dijo la joven prometida.

.- Pues tú, Lucía, te vienes conmigo. Veremos lo de tu arreglo. Haremos algo muy sencillo. - Su madre se la llevó a jalones. El rayo de luz solar inundaba el rostro de la placidez materna que, en bautizos y matrimonios, vislumbran futuros prodigiosos.

.- Entonces, regresarán luego al trabajo.- preguntó don Silvio.

.- No, no. Le cumpliré a Lucía la luna de miel en la playa.

.- Vaya, lo celebro, me agrada que piense en mi hija. – hizo señas a sus hijos y nueras para los arreglos necesarios. - Andando de prisa. Se hace tarde para la boda civil.

Al atardecer, ya los novios se despedían de la comitiva.

.- Cuenten conmigo.- respondió Silvio, abrazando a Lucía y su flamante cónyuge.- ¡No duren demasiado allá en la playa!

El carro de los novios ya se perdía en el horizonte, cuando retornó de forma tan inesperada. Lucía se limitó a preguntar por la pareja de los hippies, que limpiaban los sudores mezclados con lágrimas etéreas.

.- Si algo me quieren de verdad, no se olviden del albergue. Es como una estrella... o un tesoro para mí

.- No, no lo descuidaremos. Que entren todos los que necesiten, sin hacer preguntas. Pero nada de alcohol ni de drogas. Daremos preferencia a los niños y ancianos. - ya Lucía no podía oírlos.

- 2 -

Allá en la lejana Atlanta, el médico especialista del viejo Carsano fingía no darle la última despedida. Llegó al hospital lujoso, el anciano junto con Leonor, su amante, fingiendo una ligera resaca. Los estudios clínicos indicaban serias complicaciones. El doctor Efrén Sánchez escuchaba las discusiones de los viejos amantes. No era la primera vez en soportarlo, pero no era conveniente decir que era la última.

.- Doctor, nada tengo que hacer aquí. Necesito mi sombrero, mi caballo, mis....- el viejo miraba con fastidio a la pegajosa vieja de amarillo.

.- Se refiere a mis joyas, doctor. Dígale que no se morirá pronto.- dijo Leonor.- Dígale que solo es una resaca.

.- Dígale doctor, que ella ya tiene sus joyas, y quiero hablar en secreto con usted.

.- No, don Carsano tiene muchos días por delante.

Leonor se retiró apesadumbrada.

.- Y bien, doctor, le quiero decir a solas, entre usted y yo, que sus aparatos me ponen nervioso. Por dinero no se fije, quiero rejuvenecer.

.- Claro, don Carsano, usted es muy solvente.

.- ¡Puro trabajo duro y honesto, doctor, desde que era niño!

.- Lo sé don Carsano. Comencemos un tratamiento para rejuvenecerlo. Una buena dieta, nada de tequila...

.- Ah, doctor, si hasta a los más bellacos les dan su gusto antes de... Sea bueno, y dé la orden.

.- Don Carsano, mire usted, su salud....

- .- Ah, doctor, ¡Qué rudo es usted! Veamos otro tema. Quiero cambiar un poquillo mi testamento, pero ¿cómo le hago?
- .- No se apure, aquí lo podemos apoyar en lo legal.
- .- Quiero dejarle todo a mi hijo. Es el único que tengo....
- .- Su voluntad se respeta, aquí y en todas partes.
- .- Hay una sola condición. ¡Que mi hijo se entienda con la hija de la señora de amarillo! Y así tendrá toda mi herencia.
- .- A ver si le entiendo don Carsano. ¿Se refiere a la hija de la señora Leonor?
- .- Si, por supuesto, se llama Lorena.
- .- Y usted ¿quiere que su hijo se case con ella?
- .- No, doctor, sólo que se entienda con ella, mi hijo ya lo entiende.

- “Se muere el viejo Carsano, suspirando por la bailarina de sus sueños.”

Pocas horas después, el viejo Carsano se despedía del ingrato mundo que no supo comprenderlo.

Capítulo XVI Días, años de la playa.

Después de la celebración nupcial, Lucía y su novio emprendieron rumbo a las playas de la costa occidental. Una recia tempestad los obligó a orillarse a la vera del camino. Nada bueno auguraban los relámpagos en medio de la espesura de la noche.

Las costas, los mares y montañas, avivan fantasías de tesoros secretos, de esperanzas para transmutar los guijarros y pedruscos en oro o en plata. Los recién casados pisaban en firme, se propusieron conocer las condiciones de la región, observando los negocios existentes y explorando con mayor atención aquellos que gozan de la bendición de la fortuna. Preguntan sin recelos aquello que les importa para los negocios, por el acicate de competir por un pedazo de los tesoros de la playa.

El tono de la tez de Lucía comenzó a broncearse. Hombres y mujeres miraban con envidia su esbeltez, sus movimientos livianos y hechicera coquetería. Contagiada por el ambiente marino, tibio y alegre, Lucía adoptó los atuendos ligeros, transparentes de la región costera. Una blusa blanca dejaba al descubierto sus caderas, hombros y cintura, rematando con bermudas que por su incomodidad, dieron pretexto al pantalón corto garzo.

Algo fascinante encontraba en la soltura e indolencias de las mujeres de la playa, además en el atrevido escote y breve bikini de las forasteras que en grupos mixtos, con sus compañeros, se divertían entre las olas rugientes, con sus libertades y displicencias envidiadas.

Sus ojos entrenados como hija de un próspero comerciante descubrían una mina, en la abulia de la playa. Y empezó con un afán delirante en tomar fotografías, incluyendo el vuelo de gaviotas y la prisa de las iguanas por temor a las garras de chiquillos que las

mataban a escobazos. La cámara de fotografías de la época, exasperaba a cualquiera por su manejo y el revelado.

Por las noches, Lucía ahora comentaba por teléfono sus hallazgos a su padre. Harto de su testarudez, Silvio se sumó al proyecto, tal vez para reconquistar el cariño de su niña adorada. Las inversiones de Silvio empujaron los primeros avances, requiriendo de más y más dineros. Y apenas contaban con dos tiendas en operación, que por gustos de Silvio debían llevar en las marquesinas, los anuncios con el nombre de “Lucía”. Así bautizó la cadena de las tiendas de la playa.

Fue duro para Silvio, el golpe emocional de añorar la ausencia de su hija en estos años, incluyendo las cenas de Navidad y Año Nuevo. Silvio ansiaba aclarar ciertos desatinos en los gastos, lo posponía hasta el encuentro ansiado y diferido por Lucía.

Con tacto, Silvio fue filtrando gente de su confianza, de Jantla, para las tareas de ventas, de contabilidad, de los terrenos y aun de la construcción. Estas decisiones salvaban del desastre el proyecto de las tiendas.

Encontraron una nueva mina en el proyecto, enviando frutas, camarones, langostinos y pescado en el flete nocturno, a la tienda de Jantla de don Silvio, con precios atractivos.

Después de unos años de su expedición, Lucía se tomó unas cortas vacaciones para visitar a su familia. Fue sola, y lamentó que su estancia se limitara a preguntas sobre los planes y controles de las inversiones. Silvio simulaba sus inquietudes. Los flujos de caja se inclinaban demasiado del lado rojo de sus desembolsos. Los negocios de Lucía se sostenían por medio de los dineros de Jantla y algunas provisiones para cubrir los déficits permanentes de la cadena de tiendas de la playa.

.- Mira, ¿cómo has cambiado? – Uno de sus hermanos se asombró de su nueva vestidura, una camiseta blanca transparente de seda y un pantalón corto.- ¡La influencia de la playa!

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- ¡Yo me voy con ella a la costa! – agregó sonriente, la joven esposa.

.- Claro, queremos a Lucía, pero sabemos bien que su religión verdadera son su albergue y su gimnasia.- otra trató de conciliar.

.- No vino Lucía a hablar de su ropa.- Don Silvio cortó la trivialidad.- Mi hija quiere platicar de su experiencia. Dinos cómo marcha todo.

.- Vean por favor estas gráficas y cuadros.- Lucía puso sobre la mesa una pila de planos con reportes de cuentas en gráficos a colores y resúmenes por semana.- Mira padre, es difícil el arranque de cualquier negocio. Tenme paciencia.

Silvio y sus hijos veían los papeles, su orden, su elegante presentación, sus precisiones. Lucía se guardó su secreto. Conoció en Colima a unos jóvenes que estudian en San Diego y los contrató para arreglar y mostrar las cuentas mediante las máquinas modernas de los ordenadores. Eran un gran misterio entonces, también para Lucía y sus hermanos.

Don Silvio se emocionó, le dio más besos a su Lucía.

.- Déjame verlo con calma. Te felicito, gracias por darme cuentas.

.- Los traje para ti. Espero tus consejos y recomendaciones.

.- Ah, Lucía, mi hija. – su madre la llenó de besos y caricias. – Te extraño tanto.

.- Vine a saludarlos. Los echo de menos, que quisiera regresar. Y hablar de todo menos de dineros.- el gesto de furia realzó su hermosura al grado de preocupar a Silvio, quien leyendo sus lágrimas de dolor por las suspicacias se fue con ella al patio de la casa. Sólo su madre los seguía. Si, con tantos remilgos desde niña, Lucía no estaba para críticas de nadie. Silvio la comprendía.

Las ganancias alcanzadas aquietaron las presiones que procedían de Jantla. La cadena comercial logró otros años de repunte. Además compraron dos gasolineras y algunas camionetas.

Las suspicacias de auditores se desviaron hacia el abogado, por manejos negligentes de origen. Cualquier argumento que provenía

del abogado, nada vale, pues ha perdido su solvencia, que es perderlo todo, menos la confianza de Silvio. ¡Una guerra intestina, familiar, sin otro fin que las intrigas a muerte de los hermanos de Lucía!

Por su parte, Uriel se comunica con frecuencia con su asistente, a cargo de las oficinas de Zaragoza y de Jantla, la cual ocupaba la casa de la vereda, adscrita a nombre de Lucía.

Uriel olfatea los riesgos que se avecinan. Le duele el fracaso, prepara el retorno a su oficio, a lo que sabe hacer.

- 2 -

Al adentrarse en la zona selvática, cercana a la playa, los ojos, el olfato y la vista se humedecen con la brisa costera, de las desbandadas de las aves marinas, del andar coqueto, como cabrilleo de las chicas de falda y blusa ligera con sus pies, rostros y manos tostadas por el sol. Una efervescencia de sensualidad avasalladora, omnipresente entra por las venas y los poros subyugando al espectador más flemático.

Olvida su existencia, al sentirse embriagada por dos copas de ron, mientras viajaban en el carro.

.- Quiero hacer una locura...- exclamó gritando y el viento de las palmas de coco y de los tules le devolvían el son de sus anhelos.

De repente, se quitó sus gafas oscuras, y pidió a su compañero que frenara el carro y se lanzó de lleno a las olas, tal como un bebé busca el regazo materno.

Bajo ese impulso, Lucía quiso aventurarse en un sitio llamado “Los Frailes”, donde deseaba admirar los peces y bucear. Corrió en su diminuto bikini a la orilla del estanque. Varios bañistas se divertían en las aguas.

Uriel miraba absorto el paisaje, le apremió a nadar en el estanque. Se retiró dando una explicación.

.- Lucía, debo regresar al pueblo vecino. Urge que revisen el carro en el taller mecánico que pasamos. No tardo. Cuídate.- explicó el abogado, retirándose sin prever las consecuencias.

.- Bien, no tardes. Trae algo de comer.- contestó, acariciando las apacibles aguas del estanque.

Por unos minutos, Lucía se solazaba en las orillas del estanque. A unos cuantos metros de distancia, apreció el oleaje marino. Caminaba sobre el lecho del río, apartándose de la gente que aun se divertía en “Los Frailes”, rumbo a la playa. La fascinación por la bravura de las olas ejercía un imán de fuerza superior sobre Lucía. No se encontraba a la vista de los bañistas, y de repente su cuerpo se hundía en el piso cenagoso. Gritó con potencia pidiendo auxilio. La devoraba el lodazal resbaladizo, mientras sus brazos se agitaban ansiosamente. Por fortuna, dos jóvenes que venían de la playa, alcanzaron a escucharla. Corrieron en su auxilio. Lucía al perder la serenidad, resbalaba peligrosamente dentro de una fosa de regular tamaño, debido a su inexperiencia.

Los dos jóvenes imberbes, de calzoncillos largos, la rescataron del peligroso sitio. El cuerpo de la joven se ensució chorreando los líquidos oscuros.

.- Gracias, perdí la calma.- recitaba su reconocimiento ante la mirada confusa y turbada de los jóvenes, ante la singular belleza de la joven del breve bikini negro con bordes blancos.

.- Vamos a la playa, para limpiarte el barro.- le dijo uno de los jóvenes lugareños, atentos a no dejarla a solas por su impericia.

Comenzaba un inquietante atardecer.

.-No sé nadar.- expresó en tono mitad pretexto, mitad incitación natural, con su fugaz bikini negro y de livianos bordes blancos, de diseño maravilloso. La presencia de los jóvenes de piel bronceada rozaba las fronteras de su intimidad.

.-Podemos enseñarte algo.- mostraban muchas agallas los dos jóvenes para extasiarla.

Corrieron los jóvenes hacia las olas, avanzando Lucía al frente para desafiar las aguas marinas. Las olas jugaban con su cuerpo frágil, empujándola por todos lados, y rebotaba contra la arena, repitiendo el juego una y otra vez. Se divertía despreocupada bajo la mirada vigilante, hechizada de los jóvenes, que se le acercaban y cubrían con su cuerpo, a fin de protegerla.

Giró sobre el eje de su cuerpo estrechando contra las espaldas bronceadas de los jóvenes, escupiendo agua y sal, cuando su zona dorsal afrontaba de lleno los ojos del cielo. No dejaba de patalear, con su cuerpo suspendido sobre el manto invisible de la espuma del mar y de las manos morenas.

.- Quiero aprender a nadar.- les propuso con ligereza, estando los tres a solas en la ribera del inmenso océano.

Lucía clamaba al viento sus anhelos, mientras los mozuelos la mecían sobre el espejo del agua, y la furia de las olas, en sendos brazos morenos durante las primeras lecciones.

- Hay que salir del mar. Es peligroso a estas horas.

.- Vamos al estanque. Allí si aprenderás. – Terció el otro.- Está bastante cerca.

En camino de vuelta al estanque, en medio de la algarabía que ella provocaba con su soltura, la tomaron de la mano y del talle, fingiendo apoyarla, para mantener el equilibrio de su cuerpo sobre el lecho arenoso. Ambos jóvenes se daban a la tarea de secar las redondeces de su cuerpo liviano, soberbio, semidesnudo, todos complacientes entre el rugir de las olas, y el rijoso latir y la implacable y rozagante hambre de aventuras. Los demás bañistas se habían retirado.

Los dos jóvenes extraños la invitaron a cruzar hacia la mitad del estanque, para que admire los corales y peces de colores en el fondo del agua, cargándola por su talle y sus caderas y sostenida en sus hombros y extremidades. Flotaban los tres, despacio, plácidamente hacia la otra orilla. Luego, las piernas perturbadoras y lujuriosamente sonrosadas de la joven bailarina, ya pendían

estrangulando el cuello de uno y otro de los jóvenes, que entre audaces giros y convulsiones, la toman lánguidamente de sus onduladas caderas y glúteos, para evitar una complicada zambullida.

Ante los ademanes del juego del mozalbetes que intentaba mordisquearla en las piernas y sobre la escultural espalda femenina, provocó alaridos de protesta de la joven, zafándose de las tenazas. El otro mozuelo, de su agrado, de semblante infantil, se le acercó cálidamente. La joven coqueta como nunca en su vida, rehuía de su tierna mirada, y entonces él la cobijó de sus temores, abrazándola estrechamente, con murmullos de frases de adoración y alivio.

En medio del paraje del solitario, se escuchan los resoplidos de las garzas rosadas y el revoloteo de las aves marinas en una balada tropical y lujuriosa.

La diversión se alargó, cuando el joven de aspecto tierno retó a Lucía a lanzarse desde un promontorio hacia la poza. Ágilmente treparon a la cima de unos cinco metros, llevándola cargada de forma cachazuda, con jaloneos fingidos, por mera juerga y travesuras.

Después de lanzarse el primero de los jóvenes, dio un salto temerario y prorrumpió en gritos entusiastas que vibraban entre los tules y las palmas de coco, viviendo la gimnasta el soplo de aromas deseados.

Uriel, el abogado miraba estupefacto a una perfecta desconocida, su novia. ¿Era otra, o ella misma dominada por una mutación de cuerpo y alma? Mientras, Lucía y sus compañeros no se enteraban de su presencia en el estanque. ¿Por cuánto tiempo observó el abogado las escenas en el claroscuro del lánguido atardecer?

Capítulo XVII Tiempos de la ira.

Varias pasiones comparten los poblados de Jantla y Zaragoza. Destaca su ciega devoción por las leyendas, las que a su vez engendran otras leyendas. Entre ellas, sobresale la del capitán retirado, Rosendo Quiroz, espía ferviente, artillero de fama y de certera bala en la época de la revolución.

Casi cincuentón, el capitán soltero decidió sentar cabeza en Jantla y entrar en relación con familias prósperas, distinguidas, con hijas solteras. Surgió así el hallazgo con la familia Chávez, con seis hijas solteras y un hijo varón, el menor. Recibieron de plácemes al capitán solterón, dueño de una hacienda ganadera.

No tardaron los juegos del amor, en hacerlo reparar en la hija mayor, la cual correspondía a sus deseos de renunciar a la soltería. Le juró fidelidad eterna y con beneplácito de los suegros la llevó de luna de miel a la playa de Acapulco y luego a su hacienda ganadera. Al cabo de un año, el capitán tuvo su primer hijo. Asistieron los suegros y las cuñadas al bautizo. No pudo realizarse porque la familia quedó de luto. La esposa del capitán trepó a un caballo alazán pese a las advertencias de un peón. Se mató, pues el animal olfateó a su yegua preferida y se desbocó en su tentativa de ayuntar.

Una semana después, el capitán viudo habló con su suegro. Le hizo ver que no podía cuidar a su hijo recién nacido, por las faenas de la hacienda, y consiguiendo su comprensión, pidió la mano de su segunda hija. Noble de corazón, el suegro accedió y la boda se realizó de inmediato. Un año después, el capitán tuvo su segundo hijo, pero en un accidente murió su segunda esposa. Asistieron nuevamente los suegros y las cuatro cuñadas que quedaban. Guardaron luto una semana y el capitán apeló otra vez a la comprensión por la viudez y el cuidado de los chiquillos.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

La historia se repitió cuatro veces más. El hijo menor de la familia Chávez prudentemente huyó de Jantla, por consejo de sus padres y temor al capitán artillero y dado al espionaje.

- “La leyenda de las siete tumbas”

Y siete tumbas del capitán y sus esposas en Jantla dan testimonio de esta leyenda, en litigio con el cabildo de villa del Gral. Zaragoza. Corresponde por ley, al ganador de esta disputa, el derecho de propiedad de la hacienda ganadera del capitán.

Pero los seis hijos del capitán quedaron sin nombre ni padres, ni patrimonio. Rumores y cuentos del pueblo, aseguran que con frecuencia acudieron al apoyo del albergue de “la casa de los huesos”. Los niños huérfanos obtuvieron el padrinazgo de algunos migrantes, que los llevaron a trabajar al Norte. Así los seis hermanos se fueron separando. Varios enigmas envuelven la leyenda de sus vidas. Nadie podía saber al menos su nombre, domicilio ni oficio.

Al correr de los años, el ocio de la gente propagó la semilla para decenas de versiones sobre los seis huérfanos. ¿Qué pudo pasar con los hijos del capitán Rosendo Quiroz? ¿Se conocen entre ellos, qué hacen, donde viven? ¡Deben parecerse a su padre, al menos en su afición por las armas, el espionaje y la bohemia!

.....

Irrumpieron de repente en la vida apacible de Jantla y Zaragoza, unas pandillas de revoltosos conocidas en la región, como “Los Ururus”, los “Teta Quikis” o los “Kehuas”. Les achacan varios cargos porque, al decir, fustigan y abusan de los inmigrantes e indigentes.

No hay un día en que no suceda un fraude, un abuso o una violación o una estafa, la prensa los difunde en primera plana. Cualquier delito o disgusto lo abonan a estos pandilleros.

De calumnias, chismorreos y perjuros, nadie se preocupa.

Las leyendas nunca mueren. Se prolongan hasta el infinito por la terquedad de unir la vida con la muerte.

Corren la voz de que los encapuchados de estas pandillas son los hijos del capitán Quiroz, que de niños acudieron al amparo de la casa de los huesos. Aquí las opiniones se dividen como siempre. Algunos acusan a los pandilleros de ser enemigos resentidos de la casa de los huesos, y en contraparte, otros los señalan como *amigazos* del albergue, y quieren ayudar a su causa.

Por ello vienen a platicar y quejarse con don Silvio.

Esa tarde, allá en Jantla, Silvio estaba por entrar a su casa. Lo esperaba un grupo numeroso de gente. Entre ellos se encontraba la pareja de hippies renegados, según el apodo de la gente.

.-Tío Silvio, los señores quieren hablar contigo. – intercedió el hippie.

.- No puedo, tengo asuntos urgentes. ¿Quién los mandó conmigo? Bueno, seamos breves.-recapacitó malhumorado.

.- Viene Ezequiel, trabaja con el abogado, te quiere poner en antecedentes sobre los “Ururus”.

.- Más vale. ¿Qué es eso de los Ururus o los Kehuas?

.- Son como fantasmas don Silvio. Les gusta ese nombre.

.- ¿Viene la gente o “los Kehuas”?

.- Se mezclan entre la gente.

.- No los conozco, ¿de dónde vienen?

.- De todos lados, don Silvio. – Le explica Ezequiel.- De las playas, del cráter del Popo, de las fronteras, de Cracovia, Rubeola, Aracaju. Viven en un satélite del tamaño de la luna.

.- ¿De todos lados? – se asombró don Silvio.

.- Si, saben de todo. Sus abuelos fueron ministros, embajadores, espías de Marduk, de Nerón, de Cleopatra, de Hitler.

.- Ah, caramba. Saben muchas cosas. ¿A que han venido?

.- A salvarnos de las inundaciones, los terremotos y de la invasión de tropas de guerreros que vienen de Orcus y Varuna. Están

construyendo nuevas ciudades, con grandes edificios como plataformas para sus naves.

.- No te entiendo. ¿Por qué escogen a Jantla?

.- Quieren que sea capital del mundo. Pero es un secreto. Las siglas son de “Guerreros Galácticos por la Paz y la Justicia”.

.- Ah, vaya. Y ¿por qué le importan a la gente?

.- Porque maltratan y tienen entre ceja y ceja a los migrantes. Les echan la culpa de todo. También de que mucha gente ha desaparecido y se la llevan por las noches a Orcus.

.- Pero si esa gente pobre no le hace daño a nadie.

.- Tal vez esconden un secreto, y por algo les conviene.

.- ¿Quién es su comandante?

.- Uno que le dicen el “Dr. Komalu Byka”. Se esconde en la montaña de “Matlazinca”, con sus mariscales y espías.

.- Bueno, hablemos con la gente, pero al grano.

Los hippies se acercaron con don Silvio y Ezequiel.

¡Los embrollos y fárrago de palabras repercutían en las taquicardias y úlceras de don Silvio!

.- ¡Ya se fue la gente! – dijo el hippie.

.- ¿Cómo? Si les interesaba mucho.

.- Se los llevaron los Kehuas para arreglarse entre ellos.

Ya se despedían los hippies.

Silvio y Ezequiel comentaban sobre la reunión.

.- ¡Queremos arreglar las cosas como antes! Tus ideas raras me confunden.

.- Don Silvio, creo entenderlo. Tantas cosas que han cambiado. Otras las echaron a los panteones del olvido.

.- Yo veo los cambios aquí, no en los mares. Tienes razón, en el suelo que pisamos, había millones de serpientes, arañas y otros bichos. Pero ¿ahora?

.- ¿De dónde sacan el dinero para carrozas y palacios como la de los reyes? ¿Cómo le hacen?

.- Con la magia.

.- ¿Magia? ¿Cuál magia don Silvio?

.- La de la montaña. Tiene sus secretos. Ya lo verás.

- 2 -

Las aventuras de Lucía y su pareja en la costa se sumaban a estas y otras trifulcas de sus hermanos, en menoscabo de la precaria salud de Silvio. Pronto, el médico le ordenó reposo absoluto, con un gesto descorazonado por lo que ya era inevitable. Durante sus últimos días, sus hijos, incluida Lucía, le daban palabras de consuelo y aliento.

En presencia de su esposa, con su salud en severo quebranto por desveladas, así como los sinsabores de la vida, Silvio dictó sus disposiciones testamentarias. En pocos rostros se expresaba la conformidad y la alegría del pasado. Menos aun cuando don Silvio escogió a Uriel como asesor y tutor para el papeleo con el notario. Después de la muerte de don Silvio, su esposa siguió el mismo camino irrevocable. Así Lucía sintió gradualmente los estragos de la segunda orfandad.

Aquellos sueños de la familia unida, al gusto de Silvio, se desmoronaron. Lucía era la primogénita, pero esa palabra o leyenda vieja se evaporó entre las ruinas arcaicas de los viejos telares, el cine mudo, las estilográficas, las velas de cera, junto con los vendedores ambulantes de alondras, gorriones y cenizales.

El semblante de la ruina amenazaba la vida de Lucía. Los gastos nunca suficientes de la casa de “los huesos”, agotaban sus ahorros. Ante la crítica situación, silenciosamente, la pareja de hippies pintores, se desterraron de Jantla, a fin de aligerar los gastos, pues sumando las penurias financieras, múltiples problemas lo convertían en una zona del peor desastre. En su papel de tutor, Uriel pasó un tiempo más en la Costa. Con apoyo a medias de una Lucía indiferente a todo, y diferente a la Lucía de antes, cerró cuentas, adeudos. Con prisa, para volver a los asuntos del despacho. Al despedirse de la playa, Lucía y el abogado, sabían sin lágrimas que era una despedida para siempre.

Capítulo XVIII Alcides.

La imagen natural de Lucía corresponde a grandes pinceladas con la semblanza forjada en su entorno. La gente la saluda, recuerda a la joven de la notaría. Pero los años no pasan en vano.

No es una mujer sumisa, ni abnegada, respeta a los demás y hace respetar sus derechos y a veces hasta sus caprichos y voluntades, sobre todo de don Silvio que fue su padre, y de quienes ciertamente la han amado.

Hermosa y linda se conserva como una elegante flor de seda, y al paso de los años, le preguntan sus secretos, pero su alma sencilla se limita a hablar sobre su gimnasia, dormir bien y la dieta. Sociable por herencia, se codea y parlotea con todos sin distinción alguna; pero sabe alejar con inteligencia fría a los tenorios y ociosos.

Tiene sus pecados como los de cualquier mujer. No los esconde. Pero si se transmutó, era otra en “Los frailes”, quedando a juicio de quienes, libres de culpas, arrojen la primera piedra.

- 2 -

En la mente de Lucía quedó grabado el perfil de una rubia, extraña en el ajetreo del centro de Zaragoza. Sentada en un sillón de la cafetería, esa mañana, la rubia cruzaba sus largas piernas, fumaba con deleite, mirando hacia un punto ciego con sus gafas oscuras, debajo de su frente curveada. Vestía de verde oliva, con escote y minifalda a derroche. Acaparaba las miradas de los transeúntes. La observó Lucía con detenimiento por un minuto. Jamás la vio antes. Los aguijones de su instinto excitaron su curiosidad.

Espera a alguien, ¿un conocido? ¿Se trata de Uriel según los presentimientos de Lucía? ¿Quién será ella? La gente que camina cerca, murmura: “es una francesa o americana”.

De manera que si la rubia esperaba a Uriel, ¡qué mejor, qué importaba! ¡Nada mejor que ese remedio providencial y pertinente! Un ligero hormigueo de recelos le aconsejó no quedarse a solas en su casa, y comprendió que necesitaba alejarse de la sombra de sospechas sobre la rubia.

Por un tiempo, estaría sola, sin un compañero. Un raro zumbido le murmuraba sonriente y retador. Recurrió al apoyo amistoso de una familia. Comía con ellos, que la atendían complacidos. Entonces comenzó a escuchar una historia que cunde por toda la ciudad.

.- Un joven treintón anda por la ciudad haciendo preguntas. O es periodista o es político.- comentaba un joven.

.- Ya no tan joven.- agregó con alborozo una señora.- ¿Treintón?

.- Debe ser un politiquillo. Trae gente que lo sigue. ¡Me parece de cuarenta años o más!

.- ¡Hace sus promesas! – exclamó un señor gordito y de bigotes.

.- No, no. Alza polvaredas contra la demagogia.

.- Pues todos dicen lo mismo, al principio.

.- Hacía falta alguien que hable fuerte. ¡Ya es hora!

.- Lo entrevistarán en la radio y hoy por la noche va a Jantla.- metía su baza un joven de lentes.

.- Vean, véanlo, alguien le paga los gastos.- el señor de bigotes pontificaba sus propios juicios.

.- ¿Va a Jantla? – intervino Lucía con interés.

.- Si, quiere hablar con los migrantes...

.- ¡Pues debemos saber qué trae entre manos!- comentó Lucía con el aire fastidioso de la dueña del alhajero.

.- Ah, no, no, no permitiremos que usted vaya a ver a un anónimo. ¡Que venga, que sepamos lo que quiere! – terció el señor de bigotes con embriaguez y sus fanfarrias.

.- Si, si, que venga.- aclamaron los demás.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Los comensales integraron una comisión con el fervor de la novatez, capaz de tragar vidrio no molido, de partirse el alma, por causas presumiblemente heroicas.

De vuelta, la citada comisión lo presentó con formalidad a Lucía, a la que colmaron de honores por su lucha titánica en favor de los migrantes y desfavorecidos.

El tipo lleva el nombre de Alcides, alto, robusto, de talante serio, mirada penetrante, y trato respetuoso, amable. Mira fijamente a uno y otro, con un apretón de manos, balbuceando frases fabricadas a la medida.

A petición suya, buscarán un lugar para realizar un mitin.

.- Primero, queremos saber qué es lo que te propones.- intervino Lucía, aun soliviantada con el extraño. La gente admiró su valor al cuestionar al tipo alto.

.- Conocerlos, conocer a ustedes, sus propósitos, sus carencias...- Alcides respondió seca, imperturbablemente.

.- ¿Qué nos ofreces a cambio de seguirte? – gritó alguno.

.- Nada, nada puedo hacer en lo personal. Sólo encauzar y ayudar a organizar sus demandas.- contestó con firmeza.

.- ¿Andas con algún partido o crees en los partidos políticos?

.- No, no soy supersticioso.- dijo Alcides de modo lacónico.

.- Conoce nuestras carencias.- agregó otro con tono retador, lamiendo su bigote.

.- Me interesa la gente...- insistió Alcides.

.- Conoce primero nuestros problemas.- le reprendían.

.- Por supuesto que me interesan, hay motivos para ponerlos en debido orden. - opinó con mucha firmeza.

.- ¿Orden? Queremos algo, pronto...

.- Hablas de motivos, pues vayamos a verlos.- sostuvo Lucía, estimulando a los demás para moverse en los carros. – Vayamos. Vamos todos.

Lucía tomó del brazo al desconocido, casi llevándolo a regañadientes hasta su carro, mientras exhortaba a sus compañeros

a secundar su plan. Otras dos personas subieron al carro de Lucía. Tres carros formaban la singular caravana.

.- Ahora habla, háblanos de ti, de tus antecedentes. ¡Lo prometiste! – exclamó Lucía.

.- He viajado como peregrino, aquí y allá.- contestó Alcides con su sempiterna impavidez.

.- Ah vaya, un ave de paso. Entonces, hoy te levantaste con ganas de salvar al mundo.- la voz de Lucía sonaba entre grata y aun fastidiada con el misterioso peregrino, advirtiendo un giro radical en sus sentimientos.- ¡Te harán un monumento y un corrido!

.- No lo creo. Me han hablado de tu labor en “La casa de los huesos”. Quiero conocerla.

.- ¿A mí o a la casa? – río con ganas Lucía dando unas palmadas con su mano derecha al viajero que lo acompañaba, y luego recorrió por su brazo recio y sus grandes manos, que simulaban indiferencia ante la fortuita monería.

.- A ti y a tu trabajo...- Alcides la miraba inmutable.

.- Vayamos a los sitios donde los migrantes pasan la noche.- propone uno.- Duermen desde temprano.

.- Pues al río. Ahí les gusta. Lo prefieren por los frutales de la ribera. - añade otro.- Ahí nadie los molesta.

La caravana continúa su periplo. Lucía se aferra en doblegar el porte inmutable de Alcides. A veces ya se muestra contento, luego se resiste fríamente ante los acosos de la hermosa conductora.

La gente del grupo chismorrea acerca del despecho que a su parecer, naturalmente cabe en Lucía, al notar la huida del abogado con la rubia “francesa”. Las dos mujeres jóvenes que acompañan al grupo, conceden mérito suficiente a Alcides para trastornar y enloquecer a Lucía. Llanamente, los hombres lo apuestan todo por los encantos sobrados de Lucía, para desvariar al extraño, devoto fanático del orden.

.- Si Lucía se descuida, se lo quito en un segundo.- sentencia una de las mujeres.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

- .- Vaya que te creo capaz.- le reprocha uno de sus compañeros.
 - .- Ya no es como antes.- la defiende su compañera.- Tenemos iguales derechos, por eso andamos aquí ¿o no?
 - .- ¡Se acabó el romanticismo! – Suspira el gordito de bigotes.- ¡Qué días aquellos!
 - .- ¡Están cambiando las cosas muy rápido! – comenta un señor.
 - .- Paciencia, paciencia, apenas comienza la historia. Las mujeres gobernaremos para beneficio de todos.- argumenta la joven con arrogancia.
 - .- Utopías, palabras, fantasías. Ya tienen en sus manos, el gobierno de todo el mundo. ¡Qué le buscan, perder o arriesgar esa gran ventaja!
- Llegando al río, la luz de la luna menguante permitía apenas distinguir las laderas, la maleza y la arboleda. ¡Aguas sucias y escasas aun en tiempos de lluvias! Las últimas parvadas de aves aterrizaban suavemente en la fronda de los sauces y acacias, no lejos de las aguas del río.
- .- Hagamos un análisis profundo de cuánto hemos visto.- propuso Alcides. La gente comenzó a bostezar. Sus palabras nadaban en el mismo desecamiento que el río.- Opinemos todos en debido orden.
 - .- ¿Cómo impedimos esta sequedad del río, la muerte de la arboleda? Ni los eucaliptos resisten.- comentó alguien, abrumado por la jornada intensa.
 - .- ¡Los eucaliptos no se secan! – refutó Lucía con arrebató y jaló sin miramientos a Alcides, rumbo a la arboleda para verificar su presunción, mientras lo acariciaba con el desenfado y frescura de la brisa nocturna.

Los demás del grupo, fatigados, gruñían por retirarse. ¡El recorrido, opiniones y debates ya concluidos! Aun pudieron mirar que Lucía intentaba trepar a un *encino* gigantesco, apoyada en los hombros de Alcides. ¡Persistía su carcajeo! Sus mejillas ardientes, piernas rosadas y ojos doblemente luminosos en medio de la oscuridad. Echando mano de sus fuerzas, alternaba moviendo sus manos para

aferrarse reciamente, trabada al cuerpo masculino, que dócilmente la auxiliaba para sostener sus maniobras.

Las siluetas del extraño y de Lucía se perdían en las sombras de la arboleda y, los ruidos de la noche cantaban al compás taciturno de las nubes peregrinas. Transcurría el tiempo atrapado en la oscuridad de una noche sin el claro de la Luna ni la armonía de las estrellas. Hastiadas de su gratuita complicidad, las sombras de la noche descubrieron la figura de Alcides sujetando el cuerpo semidesnudo de Lucía y, colmándola ferozmente de besos y caricias.

.- ¡Algo pasa con ellos! Toca el claxon, no deben quedarse a solas. Aquí es peligroso.- expresó con preocupación el gordito de bigote.

.- Ya es tarde. Vámonos.- protestó la mayoría y se retiraron.

De repente, como las escurridizas bandadas de aves migratorias, las imágenes de aquella chica inocente y encantadora cristalizaban en una nueva vida, mudando hacia el fruto de la mujer madura y desafiante. Lucía ha dejado de ser una niña encantada con los himnos de hadas y querubines. Han pasado los años, y por fin descubría los dones naturales que despiertan a plenitud el amor y la pasión por encima del barro agreste del instinto tuerto y tullido.

Capítulo XIX Tiempos de la eternidad.

Detrás de su semblante circunspecto, cauteloso, Alcides se cubría con una capa huraña, eficaz, para prevenirse de sorpresas y reveses. Durante esa semana de juramentos de amor, de promesas, de pasiones desbordadas, los amantes intercambiaron datos y confesiones personales que consagraban la unión de cuerpos y almas. De la boca de Lucía brotaron palabras que jamás imaginó revelar a nadie. Porque las gotas de lágrimas y rescoldos que llevan esas palabras, jamás se sabe a cuantas partes y oídos las conducirá el destino.

Mientras Lucía cocinaba por vez primera en casa, bebe su taza de café sin azúcar, meditaba para reflexionar cómo moderar las palabras expresadas. Pues desmadejar lo hablado, siempre lleva los riesgos que desarmar una bomba explosiva. Los reflectores íntimos de su mente le coloreaban los lances extremos de sus desenfrenos amorosos, de sus movimientos deliciosos, como de tórtola salvaje, de los que en absoluto se arrepiente, con una sonrisa oficiosa pero graciosa.

¿Por qué habló desmedidamente sobre sus confidencias y apegos a “La casa de los huesos”, sobre sus despedidas conmovedoras con Cirilo y de sus melindres y sospechas sobre el abogado? De vivir aun su padre, debía correr en ese momento a desahogar sus desconsuelos. Algo la inquietaba. Al descuidarse en sus relaciones sexuales, piensa si resultará embarazada.

Entonces se asomó por la ventana. ¡No está su carro! Y al buscar a Alcides, reparó en que se había marchado. ¿Dónde habrá ido? Nada bueno, olfateaba en el fondo de sus quimeras.

Ciertamente, Alcides iba rumbo a la oficina de Uriel Vieyra, el abogado. Más de acciones que de palabras, puso en claro la necesidad de algo de dinero y recursos, en la apremiante visión de

sus proyectos. Había escuchado cada detalle que le contó Lucía, suficiente para dar los primeros pasos.

Estando en el interior de la oficina, lo atiende Ezequiel, amigo de su difunto suegro.

.- Te busca Alcides...- le dice Ezequiel a Uriel.

.- Se quién es. – contesta el abogado, con ánimo enfadado.

.- Creo, mejor lo recibas. ¡Buscará donde sea si no lo atiendes! – expresa el asistente, leyendo las dudas que circulan a través del lenguaje corporal de su jefe. – Tus habilidades bastan para un buen arreglo.

.- Bien que pase.- ordena secamente.

Alcides no devuelve el saludo de mano del abogado.

.- Por ahí tienes unas cuentas pendientes. No le busques, salda tu adeudo y todo lo que anda desordenado. No entraré en detalles. – con su mirada siempre imperturbable, Alcides va al punto. Su voz seca, ruda de los campamentos militares.

.- Te mostraré con gusto que muy poco o nada debo. Y lo acepto. A don Silvio y a sus hijos les hice cuentas y estamos en paz.- en tono amable, intenta llevar el hilo de la negociación.- Se gastó mucho en el albergue. ¿De qué sirvió? De nada. Mira las cuentas y resultados. ¡Lo cerraron!

Alcides apenas lo mira sin pestañear. No le hace caso.

.- Esto es lo que harás. Por lo pronto, desocupa esta casa y oficinas. Te doy dos días. Quiero que saques las manos por completo de la “Casa de los huesos”. Y me pagas el cien por ciento de los valores de los negocios de Colima y de la playa. Lo demás, lo veremos peso por peso.- se levanta Alcides de la silla, observando la boca seca del abogado. – Me urge un pago de inmediato a cuenta de ese dinero. Y ¡lo quiero pronto, hoy mismo lo espero!

.- Tengo mis derechos. Fui marido de Lucía, y por ello la ley me confiere...- se apresura el abogado a exponer su defensa.

.- ¿Derechos? Tú, ¡un imbécil rufián de baratija! ¿Cuál derecho? ¿La bigamia? Jamás vuelvas a pronunciar su nombre en mi presencia. No nos volveremos a ver. Por ahí dejaste un recuerdito de tus...- arroja a su escritorio una foto de la fosa con el epígrafe de “Los frailes”.

Todavía el abogado intenta decir algo o al menos despedirse con sus modales frescos y risueños. Alcides ya abría la puerta, saliendo a la calle.

La intrepidez del negociador, fascinado por victorias en apariencia fáciles, se combina con la precipitación en decisiones medulares. En su ánimo de redentor de las causas de su amada Lucía, Alcides conduce el carro hacia la notaría de la parroquia. Dispuesto a aportar sus ahorros a la causa, se siente seguro de tener en su mano los ases para renovarla con grandiosos ímpetus.

Ahí en la parroquia de Zaragoza, logró antes la misma Lucía, conseguir un cargo para Dalila, su prima o pariente lejana. El mismo cargo que ella desempeñó anteriormente. ¡Un sitio ideal donde uno puede enterarse de cosas importantes!

Alcides encuentra a Dalila. Una linda chica, algo más joven que Lucía. Y la convence con facilidad de hacerse cargo de la casa de migrantes. Le parece urgente restablecer el parador de la gente, como él le llama. Las referencias de amistad y parentesco de Dalila juegan el papel decisivo. Ni la menor idea tiene del manejo de recursos para echarlo a andar o de restablecerlo. La gente pregunta y los menesterosos lo demandan con urgencia.

No necesita Alcides investigar el pasado de Dalila, sino poner una pizca de atención en su nombre, símbolo ominoso, pavoroso, para toda bandera varonil. Por algo el nombre de Dalila se consagra en la historia, por sus célebres tijeras, de funestos recuerdos.

Lo único que pide Alcides a Dalila, al asumir el cargo como administradora de la casa de la vereda, es que organice las cosas en perfecto orden. Nada le importan los hábitos de Dalila, como sus

pasiones por la moda y el chismorreó; Alcides la necesita para la vacante.

Tiene fama por su colección de datos sobre la gente. Murmuran que le gusta echar la *tijera* sin excepciones. Tiene sus apegos a la moda, al atuendo moderno, a los peinados que admira en el cine o en el televisor, a cambiar de aretes y de vez en cuando de pupilentes, y otros accesorios.

Así Alcides le entregó un manual de planes y controles. Acciones de control de recursos, agenda de actividades diarias y por hora, reportes y gráficas semanales de controles y planes de trabajo diarios o por semana. En realidad, Dalila no da importancia alguna a esta instrucción. Solo le devuelve una sonrisa amable, comprensiva.

Dalila ríe a pierna suelta en su casa, al leer el manual del orden que le instruyó Alcides. En el silencio de la noche, su familia le pide que se calle y los deje dormir. En realidad, ¿de qué planeta Lucía pudo sacar a este tipo de la raza de los extra terrestres?

¿Sólo a un lunático se le ocurre pedir credenciales, datos exactos de horarios de entrada y salida, nombres completos con dos apellidos, domicilios de indigentes y migrantes de Hondurs, de Centro América, antecedentes de su salud y cartillas de vacunas, documentos originales con cinco copias al torrente de niños, mujeres con hambre y sed, y ancianos enfermizos?

¡Puntualidad, limpieza total, ropas limpias y uniformes en cuanto a color y diseño, definición de espacios y muebles por grupos de mujeres, niños y los demás, así como otras lindezas del manual de Alcides!

- 2 -

Satisfecho por sus logros, Alcides regresó esa tarde a la casa de su amada. Sonreía campante de aportar lo mejor de su esfuerzo a la causa de Lucía. Actuó sin platicarlo con ella. Apenas abría la

puerta, su tórtola salvaje ya lo esperaba. Nada de palabras. También Alcides anhelaba repetir mil veces la danza del amor, apasionante. Las semanas transcurren pasan como hilados prodigiosos, rendidos, ante los regalos de la eterna luna de miel.

El mundo, sus noticias, sus peripecias, no importan. La entrega plena, desmedida, se rodea del perfume de las caricias, del cruce de miradas intensas entre los dos cuerpos desnudos, aullando por su sed, hambre salvaje por devorarse entre sí, beso por beso.

En la mente de Alcides se grabaron con cincel las palabras de su amada, a la cual ya colocó como ángel en pedestal atado al mismo cielo. No obstante, la mujer hermosa, sensual, llena de pasión y de turbadoras caricias, inciertamente cabe en ese mismo cielo. ¡Quizás existan dos cielos, para no mezclar la inocencia y la pureza con la vanidad y la fatalidad de la pasión humana!

El siguiente paso de Alcides ya está definido. La regla simple numérica, después del uno sigue el dos y así sucesivamente. Al leer los periódicos y oyendo la radio de su camioneta, las noticias repiten machaconamente sobre las pilladas y novedades de Zaragoza y Jantla. En las opiniones de la gente de la plaza y de los cafés hablan y hablan de los “Kehuas” con el rostro encapuchado; en las páginas sociales, culturales, y financieras ocupan todas las columnas, las hazañas y lisonjas los nombres de Carsano y Lorena, hija de Leonor, y su amante por herencia, con sus fotos a colores.

¿Quiénes gobiernan los aires y destinos de la región? Son adivinanzas y sospechas las respuestas. Pero en la mente de Alcides caben por ahora, solo los problemas del albergue. ¿Por qué hay gente interesada en poner obstáculos o se empeñan en cerrarlo? Habiendo millones de cosas por hacer en el mundo, ¿por qué el albergue? Solo hay una pista. Algo importante buscan, algo de valor. ¡Es gente con tiempo de sobra! ¿Qué tesoros ocultos hay en el albergue, las joyas y corona del emperador Moctezuma?

Entre docenas de ideas contrastadas, sabe que meditando por años, se la pasará igual que el gato componiendo la madeja. Pero

Alcides sabe lo que quiere. Ha vivido buen tiempo en medio de aprietos, y los ha sorteado sangrando o sonriendo.

Necesita de una estrategia. Necesita informarse con alguien conocido y de confianza. Así recuerda a los tipos de sombrero ancho y de paja; uno de ellos le inspira confianza y le dio la impresión de ser atento, ingenioso y tal vez toma decisiones serenamente. Pero ¿dónde vive? Preguntó por todos lados. ¡Es Silvestre, vive en un rincón de Zaragoza!

Su camioneta brinca como trompo en los baches, en los hoyos encharcados, luego de cien preguntas a los transeúntes, en las calles sin nombre y sin número, llega por fin al domicilio deseado.

.- Qué bueno verlo nuevamente.- saluda Silvestre con gusto al tipo que lo invitó con Lucía, al peregrinaje en el pueblo.

Ambos llevan sombreros de palma, con ala ancha. Alcides se lo quita por un momento y se recuesta sobre su camioneta pick up, color gris. Luego se alinea los mechones rebeldes de su cabellera negra. El sol del mediodía calaba hondo.

.- No te quitaré tu tiempo. Tengo un plan interesante.- propuso Alcides.- Es cuestión de que tengas tiempo.

.- Por ello ni te apures. Ando sin empleo desde hace tiempo. ¿De qué se trata? –Silvestre camina hacia el interior de su casa.- Mejor que entremos a la casa. ¡Es más seguro!

.- ¿Seguro? Lo que voy a decirte es muy rápido...- exclama sin moverse de su lugar, recostado en su camioneta.

.- Mejor nos cuidamos. Vale más la precaución. Pasa por favor, aquí a la sombra, en el patio.- lo invita Silvestre.

.- ¡Viven asustados! – exclama Alcides en tono de protesta.

.- Cuenta conmigo, lo hago por ti y por Lucía. - Mientras toman asiento en las sillas del patio trasero a la sombra de los sauces.- Estamos en lo mismo, nos entendemos.

.- Eso me facilita las cosas. Tengo que hacer algo. ¡Veo muchos problemas en la casa de la vereda! La incendian, llegan amenazas.

Y no me han dicho todo. ¿A quién le puede molestar el albergue?
¿Por qué lo hacen?

.- Mira, eres un extraño, no estás informado.- Silvestre meneaba sus hombros, rascando su cabeza.

.- Quiero hablar a las claras con Carsano. Todos dicen que él controla los vientos y mares de este mundo. Estoy pensando en una estrategia. ¿De qué negocios vive, es dueño de todo? – apuesta todo con franqueza.

.- Están organizados. Dicen muchas cosas de Carsano, que siempre mete las manos en las guerras o las inventa, que culpa a los migrantes sin prueba alguna, de las calamidades de la región. Pero unos pandilleros que les llaman los “Teta Quikis o los Kehuas”, tienen influencia en la región.

.- ¡Hay que atacar o poner a prueba a los dos!

.- Ojalá supiéramos que fueran dos, tres o más. Pero más que bravatas, necesitamos alguna estrategia.- dice Silvestre.

.- De acuerdo, perfecto. Pues comencemos con el que sea, con alguno de ellos.- propone Alcides.

.- No te entiendo claramente.

.- Primero con el que te parezca por tu experiencia, y según sus debilidades. Luego damos golpes y fintas por todos lados.

.- ¡Como en la carambola! ¡Una trampa!

.- Hay que confundirlos y descubrir sus debilidades. Lo haremos sin un solo error y en estricto orden.

.- A ver si la trampa no se vuelve contra nosotros, en el orden que menos esperamos.- Silvestre se rasca la cabeza.

.- Toma nota de cada paso, de cada una de sus debilidades.

.- Además conozco y, todos conocen la debilidad de Carsano.

.- ¿Cuál es su debilidad?

.- Quizás tenga varias. Si, muchas. Esto va muy en serio. Hay que negociar.- dice Silvestre.

.- Hay formas de negociar, vine a escuchar tu opinión. Me inclino por tu astucia. Hay que ponerlos contra la pared, primero... luego ya veremos.

.- Entonces, dame tiempo. Piensa en tu plan, no hagas nada por favor. Espera un poco y cruzamos las ideas.- el entusiasmo le asalta en una sonrisa a Silvestre, a quien despojaron de unas tierras.

.- Bien, te veré mañana... – Alcides se despide.

.- No, no, espera un poco. Debo hablar con mi gente.

.- Bueno, sobra pedirte discreción.- alega Alcides.

.- Bien, Ya que esto camine, hará falta un dinero.

.- Tengo algo. Pronto me harán unos pagos...- Alcides busca la chequera en su pantalón.

.- No tan aprisa. Espera, sólo unos días.

De vuelta a su hogar, las ráfagas de aire fresco se suman al optimismo de Alcides por complacer a su Lucía. ¡Los buenos tiempos le sonríen! Por si fuera poco, al estar con su amada pareja, sobrevino otra sorpresa.

.- Vino un mensajero.- le entregó Lucía un paquete lacrado por todos lados.- Te esperó un rato en la calle, quería entregártelo en propia mano. Después, lo dejó conmigo.

El paquete lacrado y tamaño del contenido desnudan el enigma.

Lucía lo deja a solas. Ya la molestan las nauseas del embarazo, pensando de momento, por mantener al margen a Alcides. Al menos hasta que la prominencia de su vientre la delate, o poco antes. Le incomoda perder algo de sus atractivos.

Encerrada en su habitación, se aleja de las calles donde corren chismorreos sobre robos de objetos sagrados en la iglesia, así como de un clérigo de otro pueblo, enredado en líos por comprar un lujoso carro Lamborghini, vinos y perfumes de París, y perros con pedigrí; de que el sacristán de una parroquia lejana fue un gigoló y cantinero que degradaba los vinos de las bodegas.

Tampoco faltan leyendas que propalan la fama de Alcides, asegurando que asistió a sesiones espiritistas con los chamanes y astrólogos más famosos del cine, concebidos del fruto del amor entre “Darth Vader” y la “Mujer Maravilla”.

Hay que ignorar cualquier leyenda, pues la fama es arma de doble filo, y el acero de las armas brilla con el fulgor de una estrella o la opacidad del mármol del cementerio.

Lucía no recela de que su pareja se distraiga, y tampoco de sus faenas para el albergue. Unas reflexiones suelen conducir a otras. Y ¡Si Alcides llegó sólo con sus dos maletas, debe tener el resto de su menaje en otro lado! ¿Dónde anda a todas horas? ¿Con su ex mujer?

Se olvida de inmediato de pensamientos caprichosos y traicioneros que pueden perturbar la bebida que lleva en sus entrañas. ¿Por qué antes no estuvo embarazada? No le importa dicha interrogante, algo le dice desde el fondo de su alma, que ya no es una niña, porque muchas capas de su niñez se desprendieron al madurar la savia de su vida.

El paquete lacrado no sorprende mucho a Alcides. ¡La primera entrega de la deuda por parte del abogado! Es una buena cantidad de dinero y de cheques. Le gustó el modo; pero hay mucho que aclarar, todavía faltan muchos pagos.

Capítulo XX El tesoro de la montaña.

En una madrugada de otoño, cuadrillas enteras de la gente de Silvestre marchan en camionetas de llantas anchas, hacia la montaña de “Matlazinca”. Llevan herramientas para excavaciones, carretillas, alicates, taladros, picos, palas, lámparas. Imposible que nadie los ignore. A la vista de los curiosos, decenas de hoyos y excavaciones asombran a niños y ancianos, pero también a los ambiciosos y aventureros.

Y se corren los rumores. Miles de leyendas sobre tesoros y fantasmas rodean el pasado de la montaña, hace siglos o miles de años. Los celulares no descansan, los periodistas se alistan en sus motos por llegar a las primicias de la montaña. ¿De qué se trata? Algo raro sucede, algo sensacional, extraordinario.

La noticia cae como una bomba en Zaragoza y en Jantla, avivando las codicias y ambiciones de los audaces y especuladores. Por miles de años, los tesoros escondidos en las cuevas de la montaña fascinan a los más templados. Deben ser miles de toneladas de oro, plata y diamantes.

La clave del golpe de suerte gira alrededor de un mito, ¡todos preguntan por el dueño del sitio elegido para excavar, sin descartar al poderoso Carsano! Los mismos “Kehuas” se asombran con los tumultos de sorpresas y se embrollan, a falta de su líder que anda por Rubeola, con su amante de turno.

Se convirtió en noticia de plana entera y la prensa urge de datos. Pero Carsano, el retoño preferido de la diosa fortuna, no puede estar pendiente, a fuerza de superiores compromisos.

- 2 -

El poder infinito de “Carsano Segundo el Callao” vive a cuenta de otro mito, narrado en leyendas de sus abuelos y los ancestros de sus bisabuelos, hasta llegar a la cepa de los griegos, de los aztecas y así

hasta rozar con la era de los inmortales de las cavernas. Carsano es el blanco de las críticas por la terca ociosidad; pues venera a sus animales salvajes, leones, panteras, perros bravos, tigres y culebras. Por prudencia, deja fuera de su diario personal, asuntos triviales como los recados de Lorena, su amante por herencia, al igual que su codicia.

.- Júpiter pudo hacer los pájaros en un solo día... igual que los tatarabuelos de Carsano.- dicen con soberbia, los palafreneros de su séquito.

Por asuntos de trabajo, la gente conoce su palacio imperial como la nave del César, pero en sus códigos secretos, le llama la de Sísifo. De sus nueve consejeros importantes, unos la mueven hacia adelante y otros la jalan en reversa, o como les dé la gana.

Visionario, sagaz, ha dedicado su tiempo al comercio, las finanzas y las finuras de la diplomacia. En asuntos complicados, recurre a sus consejeros. Cada consejero le cuesta lo mismo que el peso en oro de un elefante. Y por experiencia ajena, desde Atila, se los da a cuenta gotas.

En ese tomo de la historia, dejó subrayadas las líneas sobre la treta de Atila, el famoso emperador, que prometió largarse junto con su espada, de un lugar cerca del Mediterráneo, a cambio de una tonelada de oro. Pero Atila se hizo el remolón, y con pretextos de su loca fascinación por los paisajes de los bosques y de las playas, se negaba a cumplir el acuerdo como vulgar farsante.

- 3 -

Mientras tanto al afanarse en el jardín de casa, Lucía descubre las miradas recelosas de Alcides. Ya no puede posponer el secreto de su embarazo.

.- Si, si, ya lo sabes. ¡Vas a ser papá! – aplicó su natural gracia, rodeando su cuello y llevando sus manos al vientre hinchado.- ¿Lo sientes?

.- Patea con ganas. ¡Ya quiere nacer! – Exclamó feliz.- ¿Ya fuiste al médico?

.- Hace poco. Yo también quiero que nazca. ¡Pesa mucho!

.- ¿Es un niño entonces?

.- No, el médico dice que es una bebita. ¡La vas a querer mucho!

.- Más que a ti.- la risa de Alcides alardeaba como gallo mañanero.

Llegaba la ocasión de Lucía para indagar cosas importantes, cargada en los brazos de Alcides rumbo al lecho conyugal.

.- ¡Ya llegó la hora de casarnos! ¿No crees? – el compañero se concentraba en las liviandades de la danza del amor, nervioso de por sí, al recostarse en parte, sobre aquella semillita que se anida en medio de la hermosa mujer que lo retuvo al final de sus años de aventuras.

.- ¡Será una nena igual o más hermosa que su madre!

.- ¡Qué bueno que lo digas! ¡Debemos casarnos, la bebita quiere a su padre! Vamos con el prior mañana.

.- Lo veré pronto.- el ánimo del semental respiraba con avidez, preguntándose cómo Lucía, bajo estas circunstancias formidables, no cesa de hablar de modo tan natural.

.- Hablaré con el prior Martín, esté donde esté lo haré venir.

Y Lucía no paraba de hablar y disfrutar las bendiciones de su nuevo maridaje.

- 4 -

Según lo pactado, Alcides se cuida de no verse con Silvestre, en tanto continúen las escenas de los tumultos masivos en la montaña. Los noticieros de las mañanas y tardes, no paran de propagar las especulaciones sobre el montón de hoyos que se realizan en las faldas, en la cima y los alrededores de Matazincla.

Silvestre no tuvo dificultad para seducir la codicia proverbial de Lorena, amante y “pantera amarilla” de Carsano segundo. El consentido de la diosa fortuna respetó así la voluntad del viejo

Carsano. Su vestido usual es del color amarillo de su madre, así como su tez rubicunda, sus joyas en la muñeca izquierda.

¡Las excavaciones en la montaña son noticias en primera plana! Ocasionan una fuerte conmoción y alucinaciones. Una vieja leyenda perdura sobre los tesoros ocultos en las grutas y cavernas. Igual que el cebo de la pesca, el ruido de las noticias llegó a su lugar, a oídos de Lorena. La clave del arcano la condujo a Silvestre. El segundo asistente del secretario particular de Lorena le pidió una cita, a la cual acudió con naturalidad, el socio furtivo de Alcides.

.- Señora, aquí la buscan.- un asistente abrió la puerta.

.- Silvestre, qué gusto tenerte aquí. Los amigos no se olvidan.- lo recibió la rubicunda señora con su traje de amarillo heredado, en la sala de su casona.- ¡Ando tan ocupada! Pero dime Loni, como me dicen mis amigos.

.- El gusto es mío y con mayor razón su amistad. Loni, si andas ocupada, la dejamos para mañana.

.- No, no, nada importante. Pronto es mi cumpleaños, pero mis cantantes favoritos, se hacen los remolones.

.- Déjame desearte lo mejor para tu fiesta. ¡Que sea la fiesta bonita como tú, mereces todo lo mejor!

.- Ah, oh, No cambias nada, Silvestre. Tan joven como siempre.- en la subasta de lisonjas mutuas se simula la verdadera subasta de pretensiones.- No cambias. Ah, y ¿qué te trae por aquí?

.- Loni, tú me pediste que viniera. Uno de tus choferes...

.- Ah, ah, te digo. ¡Ando tan ocupada! Eso de las alfombras rojas con los del cine... Por cierto, vi una película de “Indiana Jones” y había muchos agujeros negros...

.- ¿Cómo tu tiempo te permite ver películas tan extrañas?

.- Bueno, hoyos, ollas, oro, joyas y agujeros, aquí en *corto*, es lo mismo. Ya ves lo chistoso que es Walt Disney.

.- Loni, Walt Disney nada tiene que ver con “Indiana Jones”. O ¿de qué estamos hablando? De cine, o de hoyos...

.- Todos lo saben, no es ningún secreto. Ya ves, nos podemos entender. Pero no soy supersticiosa, ni vanidosa, ni codiciosa. Pero la suerte anda tras de ti. ¡Estoy bien enterada!

.- La suerte y el trabajo. Excavamos días y noches.

.- Compartiendo el azar, te será muy fácil. Soy novata en los principios y tecnologías de tu proyecto. Tengo amigos que me informan. Haces muchos hoyos para desviar a los más sagaces.

.- Loni, disculpa, así es la ética de los negocios. Son secretos entre socios que tenemos de todo el mundo.

.- Te comprendo, Silvestre. Sólo una pista, una muestra de confianza entre amigos. ¡Mi curiosidad es científica!

.- Loni, me duele tu desconfianza. Una pista nada más. Hace cientos de años, antes de los emperadores aztecas, cayeron cien rayos en el “clavo de oro” de la montaña, durante el solsticio del otoño. Imagina toda la fuerza eléctrica, sintética, y el efecto químico, biofísico que produjeron. Y en ese proceso infinito se acumularon millones y millones de deyecciones de silicatos, gases nobles, estroncio que se emulsionaron, fundieron y magnetizaron con las bentonitas, los halógenos moleculares, con el zircón, el lutetium, el gadolinio, el holmio, entre otros. En resumen, ahí abundan miles de toneladas de oro, plata, joyas, diamantes y gemas. Te diré algo más. Hay mucho oro y joyas pero en bruto, y vamos directo al oro y diamantes refinados al cien por ciento. ¿Sabes algo? Cuando sus efusiones se multiplicaban, acababan con toda vida humana, menos con las hormigas y las serpientes. Están en un cofre, en forma de una pirámide como las de los mayas.

.- Si me asombras Silvestre. ¡Nos une el amor por la ciencia!

El teléfono no cesa de repiquetear, un ayudante gesticula requiriendo la atención de Loni, para responder.

.- No lo crea todo, señora.

.- Sólo en parte. Pero ya ves, esos lenguaraces reporteros han contado miles de cuentos, pues siempre andan de mirones.

.- Loni, mis inversionistas me previenen que no les salga con aquello de que “nadie sabe para quién trabaja”. Admiro tu ingenio, pues acertaste. Necesito despistarlos, porque entonces a ellos nada les costaría.

.- Me gusta tu confianza.

Entonces vino un ayudante de la casa, y depositó en la mesa un enorme paquete de la correspondencia. Inevitablemente quedó a la vista de Silvestre.

.- Uf, uf... Vieras cuanta gente me busca. Carecen de fineza. A toda hora están encima. ¿Qué hago si su envidia crece a diario?- ordenó al ayudante que se lleve el paquete de papeles de bancos y comercios con el sello de cobranza.

.- Atienda sus asuntos. Estoy a sus órdenes para otra fecha.

.- Por favor Silvestre, no me digas eso. Primero está lo primero. Déjame ir al grano por tanta ocupación, que tú también andarás con los nervios de punta.

.- No vaya aprisa. Medite sus tiempos y decisiones.

.- Imagina que mañana Aladino te visite, ¿y me dejas fuera?

.- Qué tus palabras sean de profeta. ¡Qué más quisiera!

.- Vamos pues al grano. Invertiré todo lo que tengo. Somos gente de honor y de palabra. Dame el mapa como prenda, así son los cimientos de la amistad. Yo a cambio confío en tu palabra.

.- Señora, de no ser por los gastos imparables, créame jamás vendría con los amigos. Y de resolver las finanzas de nuevos equipos y expertos, me bastaría su palabra y honor. Hoy llegan máquinas de Japón, Italia y Alemania. Con el mapa, las gentes de usted, lo podrán ver y verificar. Naturalmente, seguirá habiendo hoyos de despiste.

.- Eso lo comprendo, Silvestre. No soy del todo principiante. Dime la cantidad y ahora mismo te doy un cheque. Claro, te anticipo una partecita de la inversión y al abracadabra te doy el resto. ¡Cosas de negocios! – la rubicunda anfitriona izó su mano derecha en un

saludo chocarrero pidiendo correspondencia a la mano de Silvestre, y luego hizo lo mismo con el puño de su mano.

.- Que sea algo más, pues ya no sería inversión. Como si usted comprara el nuevo hotel de los forasteros, los de Shenyang. ¡Tengo muchos gastos! Y usted ganará para cien hoteles como ese.

.- ¿Como los de...? Te haré el cheque. Pero en confianza, no hablemos de hoteles, ¡dicen cada cosa que mejor me callo!

Bastó con insinuar la abundancia de tesoros y joyas en la montaña para descartar cualquier duda o contrariedad. Al mapa misterioso que Silvestre le vendió, Loni le correspondió con un cheque igualmente misterioso.

.- Silvestre, brindemos por el futuro de la montaña. Deja traer unas ocho botellas de champagne.

- 6 -

Los gastos en las excavaciones de la montaña resultaban tan reales como la chequera de Loni. Los enigmas escondidos en el mapa vendido por Silvestre, y en el cheque de la compradora se convierte en el desenlace necesario del drama. Pese a la tenacidad de los reporteros y mirones, la gente de pico y pala trabaja sin reposo. Lamentablemente las máquinas no llegan por el papeleo y mañas de las aduanas, como todos rumorean.

Carsano sintió nuevamente los feroces ataques de la paranoia. Una pesadilla maléfica le acosaba por las noches, una pantera con garras y colmillos enormes lo perseguía desnudo, a lo largo del pueblo de Zaragoza hasta las faldas de la montaña. ¡Cara la resultaba la herencia de su padre, el viejo Carsano! Reprendió a Loni por el cheque y le retiró por siempre la palabra. Le urgía desbaratar las intrigas de sus nuevos enemigos. Necesitaba un operador especial. Necesita un tipo con facultades superiores. Su fortuna y prestigio dependen de un plan perfecto. Los mismos

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

favoritos de la diosa fortuna, como Carsano, no la conocen, ni les importa conocerla.

Los dioses repudian los planes, una de las ficciones humanas más sublime. Pero la diosa fortuna en lo particular, detesta profundamente los planes, pues el único amor en su repertorio sentimental es improvisar. El mismo sabio Mammederduk afirma que ella es ciega y sorda.

La asamblea de los dioses le prohibió los placeres del sexo, determinó que ella sea frígida y caprichosa. Una condición necesaria para que no acapare los laberintos del destino humano.

Tiene cierta simpatía por la familia de Carsano, pues sus ancestros inventaron los juguetillos de barajas, dados, bacará, ruleta y otros artefactos que tienen su nicho y estatuas en los templos de la diosa fortuna, pues una diosa sin templos no sería una diosa.

Su sabiduría descansa en unos cuantos principios. Su monumental apatía ante los que ella favorece, no sabe ni quiere saber de sus nombres y rostros.

Segundo principio, le resulta imposible saciar lo que le piden sus elegidos; a cambio de ello suele darles de más o de menos, o les concede lo contrario de lo que piden. Sea oro, joyas, salud o fantasías. De ahí los deslices y aciertos como los de Herodoto y Plutarco en sus “Vidas paralelas”.

Nada sirve que le supliquen, le lloriqueen, se le pongan de rodillas, o la insulten. ¿A quienes complace con su esmero y favores? A quien toque su puerta, estando de buen humor o distraída.

- 7 -

No lejos, en su vieja mansión, la señora Loni de sueños aristocráticos se dio a leer revistas y periódicos de Londres, de París y de Bulgaria.

.- Señora, están afuera unas personas.- dijo uno de sus quince ayudantes.

.- No espero a nadie. Diles que estoy comiendo.

.- Señora son policías y detectives con sus patrullas y...

.- ¡Mándalos a volar! ¡Qué me dejen en paz!

.- Señora, con respeto, en nombre de la ley, debe contestar unas preguntas.- un policía fornido, de gafas oscuras, ya estaba en la cocina.- No ha contestado el teléfono.

.- ¡Ah! ¡Vaya con que entran a mi casa, así! Es allanamiento, soy abogada, psicóloga, bióloga, ingeniera y...

.- Señora, traemos aquí la orden.

.- Deme ese papel....- Loni lo leía.- Mejor, explique usted el asunto, nunca dejan en paz a ciudadanos honorables...

.- Señora, tiene usted catorce años sin pagar impuestos, ni las cuotas de seguridad social, ni las deudas a los bancos...

.- No es cosa mía, y no debo nada. – Loni sin perder la cabeza por boberías, llamó a Jaime, su ayudante.- ¡Llévalos con Frank, mi tesorero! ¡No dejan a uno comer en paz!

Amablemente despidió a los policías y auditores.

La experiencia dice que la prevención es lo mejor. Por celular, Loni le dio instrucciones a Frank, su contador.

.- Frankie, ahí te mandé unos latosos, ¡que debemos una lana! ¡Vaya descaro!

.- Señora, escuche mi consejo...

.- Ya te dije, ¡dales el avión...!

.- Señora, a mí ya me detuvieron. Me metieron a la cárcel.

.- Bah, tonterías. ¡En un minuto te saco con un amparo...!

.- Serán treinta amparos. Son treinta demandas por lo mismo.

.- ¿Cuánto dicen que debemos?

.- Sólo unos cuantos billones....

.- ¿Billones? ¿Son astrónomos? Andan mal, no saben contar...

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- Es por recargos, multas, comisiones, impuestos, rezagos, honorarios de abogados y rescisión de contratos, lo de la inflación, intereses moratorios, ordinarios,... y ¡lo otro...!

.- Bah, ¡qué ordinarios, no dejan comer! Y cuando dejes ese feo lugar, te vienes para acá.

Pasadas las horas, llegó Frank a la casa de Lorena.

.- ¡Qué calamidad...! – Loni lo recibió de inmediato.

.- Señora, la calamidad es que salí bajo fianza...

.- Estás en tu derecho...

.- Pero la fianza se protege con su casona de Altamar...

.- ¿Cómo?, ¿qué hiciste? ¿Sabes lo que vale? ¿Para qué eres contador? Ah, qué Frankie, qué hacer contigo...

.- ¡Cuántas revistas, periódicos y libros, señora! ¿Puedo saber de qué está leyendo?

.- Una enciclopedia y el “National Geographic”. ¡Pura ciencia! Hablan de minerales, química, cohetes, circos, y planetas.

.- Da lo mismo. Juegan en los circos como los niños juegan a las guerras.

.- Frankie, no saben hacerlo de otro modo. Pero ¿qué vamos a hacer nosotros? Estos policías van en serio, piensa en una solución...

.- Señora, ya lo pensé. Lo tenemos a la mano. Deme su confianza y algún dinero para gastos.

.- ¡Que te baste mi confianza! ¿De qué se trata?

.- ¡Aquello de hacer dinero de la nada, como en el tarjetón de los sueños... como los bancos! – Frank, lo dijo en voz baja, era en secreto.- También de hacer algunos milagros.

.- Frankie, no es secreto, mi tarjeta de crédito, los bribones me la cancelaron...

.- No, señora. ¡Lo de media noche y en Luna llena como hoy!

.- ¡Ah...! Ya entiendo. ¿Tienes todo un plan?

.- Soy discípulo del Chamán de la montaña.

- Va contra mis convicciones de la ciencia. Adelante pues, sea por esa...tu fianza. Me urge, y hoy es noche de Luna llena. ¡Es de buen agüero!

.- ¿Hacemos el plan allá en la montaña de “Matlazinca”?

.- No seas teatrero, Frankie. Repasa el plan y veamos los detalles. ¿Ya hablaste con tu primo el que te asesora en estas cosas? Dices que es el mejor experto del país.

.- Ah, mi primo Shoking Chamarik, es actuario. ¡Él del banco principal! Anda ocupado.

.- No me gusta, con sus augurios de que todo anda mal y que todo irá peor.

.- Bueno, a ellos no les va tan mal.

.- Eso sí, por eso son expertos. ¿Te dio mi horóscopo?

.- No, señora, trabaja día y noche con la ciencia, con números fantásticos, sortilegios y leyendas antiguas que nadie entiende.

.- Bien, sigamos con el plan. Recuerda el encargo principal. Tenemos que cerrar ese maldito albergue que usan los delincuentes como su casa y resguardo. Perturban la paz de todo el pueblo y de la gente decente. Por eso no hay inversiones. Rudy es la clave. Necesita el pobre tonto, ayuda de la diosa luna.

.- Bien, señora ya tomé nota de sus instrucciones. Necesito gente, debemos ser trece en la danza de media noche.

.- Frank, vete con tu maestro el Chamán, y llévate de una vez las ropas y disfraces para las chicas de “la calle doce”, las escobas, los tambores, las ollas de barro para el oro y los diamantes, el vino, el incienso, las velas, los maquillajes. ¡Llévate a Rudy!

Nunca más regresó Frank, un magnífico y solícito ayudante de Lorena.

Carsano reflexiona en sus negocios pese a su agenda apretada. ¿Alguien de Zaragoza trata de ponerle *pedritas* en sus zapatos de piel de lagarto? ¿O es por su estilo de vida tan paranoico? Necesita un espía de su confianza, porque ningún espía de todo el mundo es de confianza. Así medita en la isla artificial en que se refugia a salvo de inoportunos y mirones, custodiada por sus guardaespaldas entrenados en Kiribatí, minas explosivas, perros salvajes, leones y lobos, zorras, cocodrilos, en su isla de “Bapepu”.

De espíritu pragmático por excelencia, Carsano fue educado en las mejores escuelas del mundo. Intuición y experiencia determinan qué hacer con su apretada agenda diaria. Su ciencia consiste en saber manejar sus fines y sus medios, sin perderse en minucias. Su inspiración está en Aristóteles o Rousseau a quien le atribuye su principal máxima: “Aprende y juega, diviértete y aprende”.

Pero nadie influye tanto en Carsano como su mamá. Acude a los consejos de su mamá, la cual fue monja descalza en Rusia en tiempos de Stalin. “Ella le aconseja tener a la mano unos cuantos asistentes con espíritus de vasallo. ¡Que no te engañen con sus tatuajes de demonios y traseros postizos! Porque cuando el mundo se halla muy inquieto y revuelto, recuerda darles cargos aparatosos. Escoge a los más codiciosos, eunucos y vanidosos. Escoge al primero de ellos que pase frente a ti, que el destino te lo acerque. Y por último, no te olvides de dividirlos y deshazte de ellos, pues verás que son una plaga de malditos traidores y mañosos.”

Y así, al saborear su café capuchino con vinos y pasteles de Francia y de Antioquía, Carsano siguió el consejo de su mamá, la monja rusa. Se dio el gusto de nombrar al primero de sus asistentes que vio pasar por su oficina en la isla de “Bapepu”. La suerte se inclinó por Rudecindo, su reciente auxiliar, ahijado, de ser elegido como el gran Chambelán y operador del asunto.

Por semana que transcurre, los endosos del cheque llegan a formar más y más anexos debidamente notariados. Y el valor del cheque bajaba y subía, como se hunden los aperos de los trabajadores en los hoyos de la montaña. La estrategia de Alcides no retrocede. Más de la mitad de los trabajadores son gente confiable de Silvestre, que hoy hacen un hoyo y luego lo tapan, como reza la ley evolutiva de la vida.

Las compras de palas, picos, tortas y carretillas empujaron los precios en beneficio de las tiendas y ferreterías. Y las deudas de Loni, derivadas de la especulación sobre el famoso cheque, se acumulan con el recargo de los intereses, multas y comisiones. Nada se puede hacer sino la perseverancia, el tesón, palabra que según le dice Silvestre, es prima hermana del tesoro.

Es el pilar de su estrategia, su piedra filosofal. ¡Un mapa tan falso como los mapas de las montañas de Urano o de Saturno, a cambio de botines de dinero, salido del agujón y del fuego de la codicia! ¡El plan es negociar los mejores terrenos elegidos a una artificiosa pero existente compañía extranjera anónima, como ocurre en la imaginación fértil de los especuladores! Naturalmente, el operador furtivo es el mismo Alcides.

Los reporteros buscan el contacto adecuado y pronto localizan a Rudecindo, un tipo de porte simplón, de bigotillo y ojos de ratón. Siendo el hombre de confianza de Carsano, se vuelve el tipo más popular del mundo.

Las indagaciones y sospechas de Rudy apuntan sobre la ausente Lucía, ocupada en sus rutinas diarias del orden doméstico, el embarazo y otras tareas. Por ello la descarta. Seguía pensativo en el sillón de su peluquero.

.- Rudy, ¿sabes un secreto? - un compinche le dijo al oído.

.- No me quites tiempo, ando ocupado. Luego te atiendo

.- Es importante. ¡Dalila se muere por ti, se volvió loca al saber que le interesas! Si la vieras, está que se cae de *buena*.

.- Mientes, no he hablado con ella.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

- .- Es muy guapa, la más guapa del pueblo. Y se muere por ti.
- .- Bueno, no es la única, es la verdad.
- .- Pero ¿sabes quién es ella? ¿Dónde trabaja? En la “Casa de los huesos” y en la notaría de la parroquia.

Gracias a los poderes que le dio la diosa Luna, crecen como espuma las marrullerías de Rudy; le conducen hacia Dalila, la mejor amiga de Lucía, que la reemplaza en la notaría. ¡El gordito espía los movimientos de Dalila! Todos escuchan sus planes secretos, y nadie le da importancia. Dalila seguía soltando sus rumores como siempre, tomando en cuenta los informantes más indiscutibles.

¿La raptará Rudy o la amenazará a gritos para que se largue de la región? Dalila se preparó para cualquier eventualidad. ¿Cómo podría suceder el asalto estratégico y feroz de Rudy?

Rudeciendo anticipó las horas de su agenda. Se dirigió solo a la notaría, fue directo a su temeraria misión.

- .- Rudy, pasa, ya te esperaba.- exclamó la bella dama.
 - .- No andes con engaños y malicias, te lo advierto. Harás lo que te ordene. ¡Que te quede claro! Haré lo que has soñado.
 - .- ¿Vienes solo? – le preguntó en la penumbra de la oficina, propiciada por unas gruesas cortinas muy oscuras.
 - .- Solo y recio como el viento del verano, y bien que puedo.
 - .- Lástima, pues te esperaba con unas amigas, por si acaso.- dice mientras sigue con su máquina de escribir.- Espera, ya termino.
- Ella acomoda papeles, gomas y utensilios, revoloteando su escueta minifalda. ¡Sus torneadas y largas piernas agujijonean los tesones del guerrero!
- .- Ahora sabrás lo que es un hombre de verdad. Y también tus amigas. ¡Tengo para buen rato! Y por cierto, me firmarás luego cuanto te ordene.
 - .- Ve sin prisas. Todo saldrá bien.

.- Cerraré la puerta.- la voz entrecortada del depredador ya muestra signos de impaciencia, mientras ella resignada se pone sus gafas negras.

.- Vamos por mis amigas. – dice la amazona, desatando el cinturón de su blusa y falda.

.- Tú serás la primera.- su bigotillo tiembla como en días de novatadas.

.- Pasa y sígueme.- exclama, al salir rumbo a la calle.

.- No hagamos ruido.- sugiere ella, llevando de la mano al joven belicoso y entran al cuarto vacío de una antigua fonda.

.- Estando a oscuras, será mejor.

.- Si oscuro, o como sea, vengo listo para todas. Comencemos... Me tendrán cuantas veces quieran.- contento, oye las voces y alegrías de las amigas de su amante.

Al paso de las horas, Rudy reparó en su soledad. Exhausto de la batalla con las cuatro o cinco damiselas, a las que vio felices entre sus gemidos y arrebatos. Ahora pensaba en el parte de guerra para Carsano. Aplastada por los suelos la honra de Dalila, la divulgará por todos los medios, pedirá la confesión de secretos de los hoyos y tesoros de la montaña, cerrará el albergue y todo volverá a su normalidad.

El dueño de la peluquería lo recibe en la puerta de la calle y a distancia. Ahí están unos clientes y los compinches de Rudy, a los que no esperó en la cita fijada por él mismo. Lo miran con recelo, con el temor que imponen los vencedores a los ratoncillos envidiosos. Lo miran entre tonos de burla y piedad, aun las señoras y niños que pasean en la calle mirando las vitrinas.

.- Lo siento Rudy, no puedes pasar a mi negocio. –explica el peluquero. Nadie podía entrar al salón del estilista. Unos trabajadores desinfectaban el sillón de la peluquería preferido por Rudy, con cloro concentrado, gasolina y nitrato de glicerina.

.- No nos esperó, jefe...- reclama uno de los compinches.

.- No hacían falta. Yo pude solo. Vamos con Carsano, todo está arreglado. Pediré por ustedes el bono que les ofrecí.

Los compinches y demás amigos se retiran y alejan de Rudy. ¿Qué pasa? Tal vez en la oscuridad de las zarandeadas, se contaminó la suciedad de un perro muerto o un ratón viejo. Y escudriña cada porción de su atuendo.

.- Ya toda la gente lo sabe, patrón. Cuídese ahora. Cuídese mucho.- dice su compinche.

.- ¡Que me cuide...!

.- ¡Vaya con usted Rudy, de un solo porrazo se lanzó con todas las prostitutas de “La linterna roja”!- por fin un forastero pronuncia lo que todo el pueblo sabe. Nada falta esclarecer, es el burdel más concurrido y sórdido de la comarca.

.- Mejor váyase de aquí, patrón.- le sugiere un compinche.

.- ¿Rameras? ¡Es envidia! ¡Por favor! Les disculpo sus guasas, no llamen así a mi Dalila...Me insultan, tal vez me case con ella.

Un coro de risas atronadoras sigue a su declaración.

.- ¡No avisaste de tus planes! - le aclara el peluquero.

.- ¡Me quieren hacer la broma...! - aun persiste Rudy.

.- Por tu bien, ve con el médico y márchate pronto.- insiste otro parroquiano.

.- ¿Qué les pasa? ¿Envidia? Claro, estuve no solo con Dalila, sino con otras. Y ahora con su permiso, voy con mi jefe Carsano.

.- Dalila nunca estuvo ahí. Se fue a la playa de vacaciones.

.- ¡No entiendes que te contagiaron el SIDA! - le advierte por fin el dueño de la peluquería.

.- ¡Muerto estás! Vete a morir en un rincón del mundo. Hasta los niños se burlarán de ti. Vete cuanto antes.

.- Ya deje así las cosas, jefe. ¡Aguante, no pregunte más detalles, peor le irá! Todo mundo lo sabe. Váyase...- la respuesta tosca lo retuerce en una salvaje marea de dudas, lo cual ciertamente prefiere no escudriñar.

Tiempos ya idos pero supervivientes, de prejuicios y de ausencias de tratamientos sobre el infernal contagio.

- 9 -

Al cabo de las operaciones financieras atrás bastidores, los hoyos de la montaña causaron infartos y derrames de locuras y remordimientos; la misma Loni sufría trastornos y desmayos por el caos especulativo. Inspirada en sus sueños y horóscopos, y a cuenta de créditos bancarios, hipotecó algunas casas y lotes. De un día para otro, se vio obligada al empeño de su enorme casona, orgullo de su bisabuela.

Por fin puso en venta la casona inestimable y otras propiedades. En los laberintos bursátiles, los reportes contables embriagan los insomnios de los traficantes, *bingos* y casinos de Zaragoza. El vaivén o quebranto de los prestamistas más arriesgados se confunden y arrodillan frente al destino inevitable. No le faltaron compradores y por fin una oferta millonaria, la llevó al despacho del notario de su confianza.

.- ¿Todo está en orden, licenciado? – preguntó Lorena.

.- Todo a buen seguro, señora. Firme los papeles como ya ha firmado el comprador. Está por llegar, aquí está su apoderado.- responde el notario.

.- Bien se ha consumado la operación.- dice el apoderado del comprador.- La casa ya es nuestra.

.- Todavía no, no me han pagado.- protesta ella.

.- Ah, detalles. Aquí tiene su dinero.- le dice el apoderado.

.- ¿Qué es esto? Esto no vale nada... Que se anule la operación.- protestó Loni encrespada.

.- No entiendo esto.- dice el notario, mostrando el cheque.

- Si, los vale, a mi juicio.- expresó el abogado.- Tiene endosos certificados. Son legales.

.- Por cierto, señora Lorena, le devuelve mi cliente, don Andrés, nuestro amigo, un antiguo cheque del mismo valor. ¡Sólo un detalle de aquellos trienios cuando usted le pagó por la venta de unos camiones, casas y grúas, como usted recuerda! Agregamos intereses y comisiones por el tiempo que ha pasado. Adiós señora, fue un placer.

A pesar de sus mareos y confusiones, Loni entendió la indirecta, por fama ganada de cheques sin respaldo.

.- Creo que esta reunión ha terminado.- el tono de la señora es tan pálido que el notario le pide a su secretaria un vaso de agua para la señora que puede desmayarse o morir esa misma tarde.

Los trabajadores de la lista de Silvestre, quejosos de antiguos despojos, recibieron bolsas de dineros en cantidades importantes y el papeleo de terrenos para su casa y una granja. Las ganancias de Alcides tenían su destino consagrado en el albergue.

Por su parte, Alcides celebró los resultados. Participó de sus ganancias a Dalila, la cual seguirá a cargo del albergue.

Unos días más y se vieron, Alcides y Silvestre.

.- ¡Ah qué los “Kehuas” no cayeron en la trampa! No perdieron nada. ¡Qué suerte la suya! - suspiró Silvestre.

.- Claro que cayeron. Pero ellos apaleaban y excavaban los hoyos. ¡Venían del otro lado de la montaña! A escondidas y por la noche, querían su túnel. Les saqué unas fotos.

.- Perfecto, perfecto... pero no perdieron nada.

.- Claro, les vendimos a precio de oro, picos, palas, carretillas, tortas y linternas.

.- ¡Todo para hacer hoyos y taparlos! – suspiró Silvestre.

.- Es lo que hacemos todos en el mundo... pero algunos con orden y toda disciplina.- puntualizó Alcides.

.- Espera Alcides, ¿qué sigue de esto, has pensado en algo?

.- Hay que disfrutar la vida y dejar que las aguas del río se aquieten. Ten paciencia, te busco pronto. Ya tengo un plan.

Después del largo otoño, los vagabundos que visitan la vieja montaña suelen encontrarse con un ermitaño. Algo le distingue que es su charlatanería. Presume de científico, de contador y amigo de un actuario del banco principal. Pero lo toman por un pobre viejo loco, andrajoso y limosnero. Cuenta que una noche de Luna llena, se quedó dormido cerca de un sitio llamado “el clavo de oro”. Pero al recostarse sobre una piedra floja, advirtió que salían alacranes, culebras y arañas. Movi6 la piedra sin dificultad y el brillo del fondo de la gruta, llam6 su atenci6n. Rasc6 con sus manos, entre polvos de tierra y guijarros, encontrando un cofre repleto de oro y diamantes. ¡El cofre tení la forma de una pirámide! Les dice que su nombre es Frank, que vive en una triste soledad, pues la mujer que ama, no le corresponde y sólo le importa el dinero; además teme a la justicia pues debe una fianza de billones de pesos; por ello se refugia en la montaña. Y los vagabundos se burlan en su propia cara, cuando Frank les pide pan, leche o un abrigo o centavos. Luego el ermitaño se retira chiflando, y cantando de gusto, para vigilar el cofre de oro, gemas y diamantes que él mismo escondió en un lugar tan secreto que ni las arañas lo pueden ver. “Si ella me ama y recuerda un poco, vendrá por mí”. Canturrea el viejo ermitaño, pues el viejo contador adivina que la fe y la ilusi6n vale igual que las joyas y la montaña. ¡Son eternas!

Capítulo XXI Lágrimas del tiempo.

¿Por qué ese odio o crueldad contra el albergue? Se pregunta a diario Alcides, quien no informa sino lo principal a su cónyuge. Y tampoco ella hace muchas preguntas, como toda mujer enamorada. Le volvían los recuerdos del prior, y aun de Cirilo, a fin de estabilizar su situación y anhelos de matrimonio formal con Alcides. Y por supuesto de miles de cosas en qué recapacitar. Fueron muchos años y recuerdos los que pasaron que de existir una cápsula para atesorarlos, no dudaría en conseguirla.

“¿Quién será realmente Alcides? – se confiesa por las noches Lucía consigo misma, en la suave almohada que le regaló su marido. – Duerme conmigo, vive conmigo. Cree que ignoro lo que hace por mi albergue. Él me embarazó y lo conozco tan poco. ¿Por qué duda casarse conmigo? No quisiera tener otro fracaso... Me quedaría sola con mi bebita. Es mejor que hoy no se lo diga. Pero somos el uno para el otro.”

Cuando Lucía se encuentra a solas con los sombríos laberintos de su mente, la abruman los ecos de aquellos nombres.... Las personas que amó y ya no están, pues desaparecieron de su mundo. Se dedica entonces de manera intensa a las faenas de su casa, sale a bobear las calles, a mirar y respirar escenarios tan distintos, como los cuadros de pinturas en unos escaparates, donde las gotas de la lluvia le refrescan y se imagina que así pueden borrar el retrato de su pasado doloroso.

Ya pasaron nueve meses.

Ahora Lucía y Alcides sólo viven para regocijarse con su hija recién nacida, para mimarla y sobrellevar las desveladas. Lucía buscará aun en tierras del otro lado del mundo al prior para el

bautizo de su bebita. El médico avala a diario la salud entera de la hermosa criatura que conmueve de alborozo a Alcides. ¡Los padres adoran de corazón a su bebita, como a nadie más en este planeta tan estremecido!

De vez en vez, se desaparece por unos días el trotamundos de Alcides, el cariño y devoción a su amada y a su hija, destierran cualquier sospecha. Merodea por las tiendas para tener ahorros y también lleva regalos a sus dos nenitas. Sonajas, monos de peluche, una o dos carriolas, si bien Lucía le señala que la niña aun no necesita sino leche, pañuelos y mucha ternura. Lucía misma apenas preguntaba por el albergue, su tiempo y afecto no le alcanzan para la bebita, para leer libros y recomendaciones de su educación y cuidados. Cualquier error en la preparación de sus leches le preocupa. Cualquier llanto la intimida y a veces corre al médico que ya cerró el consultorio.

Cada tarde pasea en la carriola a la bebita. La gente se acerca para admirar la belleza de la madre y de la criatura. Preguntan por el bautizo y ella más impaciente que nadie, pregunta siempre por el Prior ausente. Algo tan grandioso como el bautizo de su hijita lo vale hasta encontrarlo. Sólo él, su confesor, su maestro, su segundo padre, su amigo como él lo decía, ha de corresponder la dicha no sólo del bautizo también de su boda con Alcides.

Los paseos vespertinos jamás se interrumpen. Y menos en los domingos. Amistades y desconocidos le reiteran a Lucía la belleza de su bebita. En ocasiones como esta, a la gente se le ocurre llegar en tumulto. Los vendedores se aglutinan e insisten tercamente a cada paseante y los chiquillos apoderados de los pasillos irrumpen por todos lados. La innovación de un trenecito cautiva a las madres de los chiquillos. Lucía piensa que en la próxima ocasión, cuando venga con Alcides subirán al trenecito a la bebita. Porque ahí todos se divierten felizmente. La máquina puede con el peso de los adultos que degustan de sus helados de sabores tan distintos, de fresa, vainilla, durazno.

La misma bebita en su carriola sonríe feliz en esa tarde de clima maravilloso. De repente una señora con su rebozo que oculta sus canas, aúlla un largo gemido y se desmaya. Está junto a Lucía. La mujer desmayada sufre convulsiones. Lucía se angustia, nadie más repara en la crisis de la mujer.

Se distrae Lucía por un instante para auxiliarla y animarla, sin soltar la carriola. ¡Los ojos de la señora en trance parecen ponerse en blanco como en las películas de terror! Las convulsiones han cesado. Y Lucía pronto recuerda con angustia que jamás debe descuidar en absoluto a su bebita. Fija su mirada en la carriola y un sudor frío, escalofriante, recorre su cuerpo por entero. No puede siquiera gritar, pedir auxilio. ¡Un muñeco de plástico sustituye a la bebita! Una y cien veces los ojos de Lucía lo confirman, se niega a aceptarlo, algo raro pasa, nada más. ¡Se tira con terror de sus cabellos, desesperada! ¿Dónde estará mi bebita?

- ¡Ha desaparecido la bebita de Lucía!

¡La bebita, su bebita, ha desaparecido! No lo puede creer. Corre con su carriola por doquier. Nadie acude en su auxilio. Recorre la plaza, mira las cobijas de color rosa que llevan otras señoras, mira las carriolas ajenas, recorre otra vez la plaza. Sus manos buscan cada pedacito de la carriola, aun por debajo de las ruedas. Y ahora lleva sus manos con desesperación a su cabeza que le da de vueltas. El bullicio va en aumento. Comienzan a brotar lágrimas de sus ojos, con el azoro de una certeza que se solidifica en el cemento de las calles. De verdad, ¡ha desaparecido su bebita! La desgracia se confabula con el azar. Lucía busca en vano por todos lados. No encuentra a una sola amiga o persona conocida para implorar auxilio. Es tarde y Dalila ya salió de la notaría. Alcides anda fuera de Zaragoza.

.- ¡Qué Dios se apiade de mi y de mi niña! Ayúdame, Señor.- en silencio suplica mirando racimos de lejanas nubes sollozantes, plañideras.

Los instantes han transcurrido como una larga noche, la noche más larga de toda su existencia. Se enciende el alumbrado público por la exigua luz de Luna. Lentamente, los adultos se enteran y cobran conciencia del dolor de una pérdida tan insoportable. ¡Cuántas familias no han padecido semejante tragedia y empiezan a preguntar, a buscar una bebita entre las cien bebitas que con sus madres pasean en la plaza! ¿Han visto una bebita llorando? Las madres se apiadan del dolor de Lucía que pronto comienza a ser identificada. ¡Sí, es la señora del albergue, la de “La casa de los huesos”! No faltan lágrimas sinceras para compartir tamaña desdicha.

Lucía sabe que esa tarde, y esa noche no dormirá un segundo, ni jamás en toda su vida podrá dormir, no cesará de culparse, de mortificarse por ese descuido de un solo instante. ¿Quién será ese ser demoníaco vestido de mujer canosa? La ladrona ya está muy lejos, fuera del alcance. Y se llevó a la bebita.

Sola recorre casa por casa, llorando de una amargura tan profunda. No le duele oír a sus espaldas el reproche del descuido, no quiere escuchar las palabras de compasión de las madres afligidas en pena ajena. Y sigue casa por casa, solo con la mirada de la luna de la medianoche. Sólo se atreve a tocar la puerta donde hay ruidos o luces. Sabe que sus pies se hunden en el mismo infierno, sus lágrimas no paran, su dolor aumenta porque cerca de la hora en que canta el gallo, sabe que ella misma está muerta para siempre, no sólo su alma. Ella toda, ha muerto por completo. ¡Si hubiera algo para dormir el resto de su vida!

Apenas logra respiro alguno cuando toma conciencia de que algo deberá decirle a Alcides que llegará contento con sonajas y pañuelos para la bebita. Sin dormir horas o días, mientras él vuelve a su lado, ¿qué le dirá? ¿Qué reacciones tendrá? Quizás la golpeará

con sobrada razón y le dolerá igual que a ella. La plaza queda solitaria poco a poco.

¡Si estuviera su padre don Silvio, o el Prior, a su lado, en este amargo trago, el más doloroso momento de toda su vida!

En la espesura de la noche, antes del amanecer, las calles solitarias y taciturnas pregonan la funesta desventura. Aun duermen los pájaros colgados de las ramas de los árboles, en el frescor de la madrugada. Muy de lejos, se escucha el fatal mugido del tren de la madrugada. En lo alto del cielo, han dejado de brillar las estrellas, con furia y dolor por los niños desaparecidos en el mundo.

Lolita, la dueña de la panadería camina por la plaza rumbo a su negocio, negocio de sus despertares tan tempranos, antes del alba. A pesar de su paso acelerado, vislumbra la figura de una mujer postrada en un banco de la plaza. Algo le pica su curiosidad en el sepulcral silencio de la aurora. ¿Qué hago? Se pregunta, habituada a la apertura puntual del negocio. ¿Es el fardo inmóvil de un muerto o un enfermo?

La mujer del banco parece una enferma moribunda, agonizante en desgracia. Observa su pálida tez, incolora como sin sangre; tampoco parece respirar; tienta el frío de su frente y la cubre con su pañoleta y su suéter. Pero la mujer de la cabellera alborotada no reacciona. Se acerca y un frío sudor, un escalofrío recorre su médula espinal. La reconoce, es su vecina, desde tiempos imposibles de recuento.

.- Pero, si eres tú Lucía... ¡mira cómo estás! Lucía, soy yo.- la zarandea sin reacción.- Lucía no me hagas esto... Por favor, responde ¿qué tienes? Por el amor de Dios, Lucía, ¿qué te pasa? ¡Háblame!

La sigue zarandeando al ver que sufre los estragos de una dura crisis. Desconcertados, la ven sus trabajadores que caminan de prisa rumbo a la panadería.

.- Anden, ayuden. Llevemos a Lucía, no se ve nada bien.- implora y urge auxilio.

Lolita tiene un cuarto que le sirve de oficina. Ahí recuestan a Lucía, un cuerpo inerte, negado a responder. Su palidez y ausencia es preocupante. Sin saber qué hacer, Lolita contiene sus lágrimas y el llanto.

.- Vamos con el doctor.- sugiere un trabajador.

.- Bueno, la llevamos de una vez. Así se tenga que levantar.- exclama Lolita con la angustia que sufren las madres en estos difíciles momentos.

La llevan en vilo. Ya empezaban los destellos solares del nuevo día. En la mente de un trabajador resurge el rumor que durante la noche se propaló por todo Jantla y Zaragoza. Lucía perdió su bebita, y calla, porque si ella escucha, en medio de su dolor y aparente agonía, el resultado sería fatal.

.- Toquen la puerta, pronto, hasta que abra.- Urge Lolita.

El médico, habituado a las sorpresas de las enfermedades y penas, reconoce a Lolita y abre la puerta, pues mira el cuerpo de una mujer inerte.

.- ¿Qué le pasa a nuestra enfermita?- pregunta el galeno.

.- Es Lucía.- aclara Lolita.

La examina con cuidado. Los signos vitales están en orden, el cuadro clínico obliga a cuidados directos, inmediatos.

.- No ha dormido. Algo le pasa, se recuperará en unas horas. ¡Nada de qué preocuparse! – dice el médico con sus imperecederas frases de consuelo.

.- Entonces, ¿la puedo dejar en sus manos? – dice Lolita.

.- Debe reposar y dormir y luego ya comerá. Es necesario hacerlo.

En la calle, el trabajador habla despacio con Lolita.

.- Me han dicho que anoche la señora Lucía lloraba, recorría por todo el pueblo, clamando que perdió su bebita.- Las palabras dejan helada a Lolita, pierde el aliento.

.- Si apenas acaba de nacer su bebita... Quizás no esté perdida.- exclama Lolita.- Vete por Dalila, ya debe estar en la sacristía. Me la traes en seguida. ¡Anda, corre!

.- Quizás sea mejor pensar otra cosa... - interrumpe el trabajador.

.- Anda, se ve que tú no has sufrido. No sabes lo qué esto significa. Corre por Dalila y me la traes. Muévete...

En menos de una hora, brigadas enteras de la gente de Silvestre y de mujeres y ancianos ligados al albergue, peinan casa por casa el vecindario, las rancherías. Cada brigada la conduce una madre. Dalila pone en juego su talento y energías para organizar la búsqueda.

La gente se une a la búsqueda aplazando sus tareas personales. Las patrullas cierran las salidas de Zaragoza. Cuestionan a cada conductor. Las madres muestran sin preguntar, a sus propias bebitas y lloran temiendo que algún día, su propio hijo se les pierda, y que sufran un dolor tan profundo y desesperante. Al paso de las horas, los exploradores se limitan a implorar por la bebita extraviada, y no corra la peor de las suertes.

El médico aplicaba un tratamiento eficaz a Lucía. Ni él mismo quisiera verla cuando salga del marasmo. Aun a ellos, los expertos en el dolor humano, les faltan palabras y valor para enfrentar de cara el azote de las peores calamidades, y sentimientos tan aciagos. En el fondo sabe que nunca se recuperará, porque lo ha visto en una y otra y en otras cien madres, un dolor que es la muerte misma. O peor que la misma muerte.

Sabe Lolita que su amiga Lucía no querrá ir a su casa. ¿Qué hacer? Busca a Dalila para que se haga cargo de buscar a Alcides, el trotamundos que hace mucha falta ahora, al enterarse, también sufrirá con igual intensidad y no comprenderá jamás a la mujer que tanto ama. Se destrozará un matrimonio o pareja, ¡otra más! La misma Dalila sugiere ideas para el consuelo de su amiga Lucía, y ella que es madre sabe de lo inútil de los consejos.

Queda en manos del médico el único tratamiento posible. La dosis irá disminuyendo en tanto mejore.

Por consejo, Dalila se lleva a Lucía a la casa de Lolita para no dejarla sola. Que la haga caminar en cuanto pueda, ella misma le

seguirá cuidando. Que no vea bebitos ni carriolas, porque se moriría del dolor nuevamente. Y que siga al pie de la letra los consejos médicos.

Pasan los días más críticos. Y una mañana, Lucía parece resucitar de su nicho.

.- Llévame a la casa, por favor.- dice aterrada la enferma.

.- No puedo, no quiero que estés a solas.- Dalila busca el mejor tono de alivio.

.- Debo irme, hoy llegará Alcides. ¿Qué le digo? Llévame o me voy sola. Urge.

Dentro de todo, Dalila siente un sofocón, una opresión en todo su cuerpo. Ya revive, se dice para sus adentros. ¡Ahora algo le importa a Lucía!

.- Y me dejas a solas. Si quiere golpearme o matarme, es igual. Puede hacerlo, es mi culpa.- exclama la mujer que de repente siente que le pasaron encima más de quinientos años cuajados al vacío.- Fue mi culpa....- exclama, y no puede llorar por los medicamentos.

.- ¿Cómo sabes que hoy vuelve Alcides?

.- ¿Qué le digo? – Pregunta Lucía aturdida.- Dime, qué le digo.

Dalila oye la voz interior angustiada de su amiga.

.- Tienes razón amiga. Cuida de lo que le digas. La verdad no siempre lleva al mejor camino. Cuenta conmigo en todo caso, que se te ocurra algo, antes de que llegue. Yo también soy madre. - finalmente, utiliza su experiencia, y ve con cierto gusto que ahora las reacciones de su amiga Lucía, recobran cierto aliento.

.- Me dejas sola. ¡Que no sospeche nada! – pide Lucía.

A manera de prevención, Dalila va con Lolita a referirle estos sucesos.

.- Me da tanto gusto su recuperación, y te lo debemos a ti. - Lolita la abraza efusivamente.

.- Tengo una carga de rezagos tremenda. Y le quiero encargar a Lucía.- aun siguen abrazadas, pues Lolita no quiere que le vean sus lágrimas.- Tiene miedo de Alcides. Dice que hoy volverá.

.- Si ella lo cree, seguramente está por llegar.

.- No opondrá ninguna resistencia ante Alcides, y vaya que se pondrá furioso. Eso me preocupa, le pegará con rabia hasta...

.- ¡Todo lo que tiene que pasar, para que las mujeres no olvidemos que nuestra misión principal es ser madres y cuidar a los niños! - dice con pausa mirando al cielo.- ¿Por qué se nos imponen tantos sacrificios para castigarnos?

Dalila había escuchado esas palabras en la parroquia, ¿son palabras de verdad del evangelio? ¡Tanto castigo puede provenir de la mano del cielo!

Su fino olfato le dice que la tormenta apenas viene. Y se le ocurre a la bella Dalila dedicar su tiempo intensamente a mover a la gente y que difundan mil versiones de lo más contradictorias sobre la desaparición de la bebita. Y que lo digan de modo tan natural y creíble. Sobre todo sus amigas y la gente de Silvestre, le piden ideas no hay tiempo, que corran y digan lo que se les ocurra. Naturalmente, la gente le agrega pimiento como suele ocurrir en cualquier eventualidad.

Los pasos de Alcides suenan como embestida de búfalos. Apenas entra a la casa, cuando Lucía respira profundo, hace lo posible por ocultar sus temores. Aun no tiene la explicación deseada, cuando su cónyuge la carga en vilo, la lanza delicadamente contra el sofá y la atiborra de besos y abrazos efusivos. Alcides no le confiesa a ella, que antes de partir en este viaje, localizó papeles de unas propiedades en la Costa y fue a rematarlas. Las vendió a un precio rebajado a fin de volver cuanto antes.

Lucía tiene confianza a ciegas. Ni pregunta de sus correrías, sabe que le es fiel, sabe del destino de los dineros que supone provienen de antiguos negocios del trotamundos. El destino de esos dineros, como siempre, ya está decidido. Alcides hace bien las cosas. Gastos de la remodelación, los servicios sanitarios, conexiones de

gas y de electricidad, y por si fuera poco consiente en duplicar el número de migrantes e indigentes atendidos.

.- Vayamos con la bebita. ¿Está dormida? – el rostro de Alcides irradia tanta felicidad.

.- Siéntate a mi lado, por favor.- ella oprime sus manos con las suyas y pone su rostro en sus rodillas. No puede sostener más tiempo la explicación fatal con lágrimas en los ojos.- Ten compasión de mí. Te lo ruego.

. – Quiero ver y besar a la bebita. ¿Dónde está? ¿Está enferma, se cayó de la cama? – Su voz delicada no concuerda con el nerviosismo de su mirada donde asoma el peor de los temores. - ¿Qué ha pasado?

Lucía estalló en un llanto prolongado, perturbado, y se acoge en su cuello. Dado que las epidemias de tuberculosis, de hepatitis y otras inconveniencias han atacado sin piedad a los niños, Alcides cree que la bebita está hospitalizada.

.- Lo que sea, cuéntamelo. Yo te apoyaré, es nuestra hija. ¿En qué hospital está?

.- No, no está en el hospital. ¡Cometí un grave error!

.- Cualquier error se puede corregir, me estás mortificando...

.- Jura que me seguirás queriendo. ¡La regalé a mi hermano!

.- Pero, ¿qué estás diciendo? ¡Es una estupidez! ¡Cómo qué la regalaste!

.- Si, vino con su esposa, y me la pidieron, llorando.

.- ¡Nadie regala un hijo, nadie, ni un demente! No me atormentes con algo tan serio. Dime que...

Alcides corre hacia el cuarto de la bebita. El aspecto sombrío de la ausencia de su hija lo petrifica, lo mata de angustia. ¡Ha muerto! ¿Cómo ocurrió?

.- Ven acá, Lucía.- con el andar a rastras y cabizbaja, acude Lucía.- Delante de la cuna de nuestra hija, dime la verdad.

Las lágrimas de su amada imploran la compasión inadmisibile. No le cree, nadie regala a su bebita, a su hija que consuma su felicidad.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

.- No es mentira. Mi cuñada no puede tener hijos y me suplicó que se la regalara...

.- Pues me das su domicilio ahora, de nada sirve tu súplica, así me llores, así se ponga de rodillas tu hermano y quienes sean, no la perderé, cueste lo que cueste. - toma un lápiz de la bolsa de su camisa y se lo da a su mujer que no cesa de llorar, puesta de rodillas.

Dalila llegó de repente. Triste como Lucía.

.- Se fue a Chicago. Junto con su mujer. Hace una semana se fueron.- cuando oye estas palabras, el semblante de Alcides declara su derrota. No es la lejanía de la tierra del gran lago, sino algo más. Y sentado en el suelo, junto a Lucía, comparte su tristeza.

.- ¡Chicago, buscaré una aguja en un pajar!- el giro de su voz hacia la serena inteligencia de los hechos significa todo.

.- Hazlo con cuidado, al menos dame un beso de despedida.

.- Iré con Silvestre, que me ayude.- Dijo Alcides aun enojado.

.- Se fue de Zaragoza... dicen que con otra.- intervino Dalila.

.- Dalila, deja tus mentiras, no sabes lo que dices. Es algo delicado. Lo dices sin saber.- Alcides replica con vehemencia.

Por primera vez en su historia, Dalila cerró la boca. Pero en los aires de Zaragoza flotaban muchos interrogantes sobre el tema.

El rayo de luz que penetra en la alcoba de la bebida le inspira una reflexión a Lucía. Apenas pronunció la palabra Chicago y se trastocó el ánimo de su amante.

.- ¿Irás a buscar a Chicago? – se atreve a preguntar otra vez, aun con voz estremecida.

No contesta de inmediato. Su mirada se detiene entre la cuna vacía y el techo que los separa del cielo.

.- Es demasiado grande. Nadie tiene un domicilio fijo, andan alquilando aquí y allá a menos que tengan para comprar su casa.- se refiere a los migrantes.- Es posible que no salga del país todavía. La buscaré por todas partes, hasta por debajo de las piedras.

Bien previno Lucía el ánimo obstinado de su consorte. Cree que la gente le dirá la verdad sobre la desaparición y será el fin de su matrimonio. Lo invita a comer juntos, porque debe estar fatigado.

.- Prepara algo, me baño, comeré algo y saldré a la búsqueda. Alguien me dará algunas pistas. Y así sea por años, hasta encontrarla.

En medio de la comida, predomina el silencio. Alcides se despide de su mujer con un beso frío, como postre amargo del trotamundos indignado.

Lucía pidió a Lolita sus consejos.

.- Hay algo importante. Pero, ni te he agradecido por tu apoyo.

Reacciona Lucía y le repite letra por letra lo que ha pasado con Alcides.

.- Deja en paz a tu marido. Gracias a Dalila, se han corrido tantas versiones. Yo misma no sé a cual creer.

.- Gracias, ahora tengo una corazonada. Mira, hallé unos papeles de Alcides.- le explica.

.- No espíes a tu marido, nunca esperes algo bueno de los celos. Es tu marido, no lo espíes.- la reprende.

.- ¿Qué quieres? Lo conozco de sobra.- le explica.- Por esta vez, tenme paciencia, ya luego me reprendes. Tengo una lista de domicilios y de teléfonos. Llama por favor y entérame lo que puedas de su pasado.

.- Por favor Lucía, te he visto tan restablecida, y ahora creo que vas a recaer. No me gusta andar en tus enredos.- Lolita se pone de pie para salir.

.- ¡Es para salvar mi matrimonio! Ayúdame y comprenderás mi corazonada.- la mirada suplicante hace retornar a su amiga.

.- ¡Nada de celos con mujeres del pasado! Ya fuiste casada antes. No pierdas a Alcides, es lo mejor o lo único que tienes en tu vida. Veré que puedo hacer.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Al cabo de unas semanas, mientras Alcides sigue en sus largos viajes, Lolita fue a la casa de Lucía con el rostro desconsolado.

.- Mira mi muchacha linda, cumplo con tu encargo. Lo doy por terminado.- dijo la repostera.

.- Ah... Perfecto. Ya tenemos ahora información valiosa.- el rostro de Lucía se iluminaba. Contaba con elementos de descargo de culpas.

.- Tuve que llamar de teléfono público. ¿Sabes con qué me hallé? Amenazas, saludos, sobornos. Me ofrecen o intimidan para que les proporcione el paradero de Alcides. Tuvo varias ocupaciones importantes en Chicago y en otras partes.- comenta con la prisa de los patrones de negocios.

.- Ya lo he visto en sus papeles. Allá murieron su padre, unos hermanos y sobrevive su madre.

.- Lucía, reacciona con madurez. Deja de espiarlo. Deja en paz esas dudas malsanas. ¿Quién es Alcides? No importa, es tu marido, debe estar ocupado en la búsqueda.- calló el nombre de la bebita, que nunca llegó al bautizo.- Apoya a tu marido, lo traes como rehilete en lo del albergue. Porque te ama. Ahora tú correspóndele.

.- Lolita, tú eres mi amiga. No son celos, lo amo de verdad y eso no me preocupa demasiado.

.- Ya imaginaba, ya te enteraste que no es católico. Yo no quería decirlo. Lucía, no es tu culpa. Tu bebita vendrá, y entonces la llevaremos a la pila del bautismo.

- 2 -

Sin embargo, comenzó a merodear por el albergue, un señor de aspecto serio. Se trataba de un tipo con un fondo de ahorros y negocios de respeto, de nombre Eusebio. La corazonada y perspicacia de Dalila rindieron resultados. Afamado por su talento de empresario innovador, consiguió en secreto, máquinas más allá

de los mares, y produce en madera, miles de sillas, mesas, arpas, peinetas, y pianos por cada minuto.

En la siguiente visita de don Eusebio al albergue, ya no recibió el trato de un viejito latoso. Dalila se deshizo en cortesías por atenderlo.

.- Don Eusebio, me da gusto de sus visitas, a esta su casa. Nos hacen falta manos de ayuda.- lo saludó Dalila.

.- Vengo de la mejor gana a ayudar, y al menos a compartir con algunas familias en su desgracia. Diga por favor, cómo puedo ayudar con holgura. Tengo buena disposición.

.- En todo lo que usted tenga a bien... digamos que participa en nuestro consejo de administración.- ella misma se aturdió de su atinada e inspirada palabra, ¿Dónde sino en el Manual de Alcides encontró esa expresión extraña?

.- Me honra, me distingue esa oferta. Acepto con todo gusto. Y será mi mayor placer estar cerca de la señora Lucía.- adornado de un tono muy cortés, Dalila adivinó las intenciones de don Eusebio.

.- Viene de vez en cuando; nos faltan los consejeros.

.- Cuente con mi pobre experiencia. He aprendido en algunos negocitos. Dígame cuando nos citará a la sesión del Consejo, con la dirección por supuesto de la señora Lucía.

Diestra en las sutilezas de galanteos masculinos, no escapó a Dalila la tozudez del viejito.

.- ¿Le parece don Alfredo el tema de lo financiero en la agenda de la reunión? Y aquello de que usted nos diga.

.- Claro, nunca falta por tanta gente que acude al albergue.

.- Concédame una cita previa con la señora Lucía, para precisar detalles. ¡Astucias, maniobras, ahí está el éxito! No conviene que otros miembros del Consejo, se enteren de todo. Es un consejo humilde.

Dalila llevó a rastras a Lucía a la cita.

.- En qué lío me quieres meter. ¡Tanto insistes, pero ahí estaré! – aceptó a duras penas Lucía.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Don Eusebio acudió con vestuario de gala, con claros signos de esmero, de las marcas de zapatos, de corbata y del traje, Lucía vino con su ropa deportiva. Le agradó la sencillez del tal don Eusebio, pero le sorprendió la presencia de otros diez extraños consejeros, acarreados por Dalila. Después de las presentaciones, el desconocido consejero recordó a sus anfitrionas su petición de plática reservada para convenir la estrategia en el protocolo de la reunión. Lucía no alcanzaba a entender tanta ceremonia.

.-Lucía, hablen ustedes. Me retiro para ver la logística de la reunión del Consejo. Permiso. – en su risilla insinuante, Dalila desconcertó a su amiga.

.- Señora Lucía, mi reloj me aconseja aprovechar cada minuto por bien del albergue.

.- Lo que usted prefiera, don Eusebio. Cuento conmigo. Comprendo sus compromisos.

Mas la voz, los lindos ojos y boca y la mirada afable de la gimnasta, cordial por hábito, hizo que el alma, el corazón y anhelos de don Eusebio se desbordaran en un fantástico viaje de retorno a su adolescencia.

.- Mi único interés, mi vida completa está para servir a usted. Créame que es lo más glorioso para mí, que tenga a bien distinguirme como su incondicional servidor.- dijo con breves palabras y lisonjas.

.- Qué bien, le agradezco su cordial disposición.

.- Por favor, señora Lucía tenga a bien a escuchar los ecos de mi corazón. Disculpe el atrevimiento, lo del Consejo, en confianza, me tiene sin cuidado.- se sobresalta Lucía, por el sorpresivo ademán de don Eusebio, puesto solemnemente de rodillas a su izquierda.- Por años y días he soñado con este momento de admirar de cerca su belleza. Por favor, no lo tome a mal, soy viudo desde hace tiempo. Sepa que dispone ahora mismo de cuanto esté a mi alcance, para los destinos que usted misma me lo ordene. Y usted dirá ¿de dónde salió este señor? Señora, la amo desde antes de nacer, la amo desde

mi juventud, no lo tome a mal, por favor, se lo encarezco. Pero si mi presencia la molesta....

.- ¡Vaya sorpresa! Dada su sinceridad, debo decirle que tengo obligaciones de casada.

.- Lo sé. Nada importa, pero la respeto y me atengo a sus indicaciones. No vengo con trampas o disimulos. ¡Sólo le suplico autorice estas reuniones de Consejo, donde yo pueda disfrutar del cielo de sus ojos y sonrisas! Es cuanto pido. Por mi edad, qué mejor que mis modestos ahorros sirvan a su causa, o lo que le venga en gana. Al menos deme la gracia de que lo va a pensar. Déjeme llevar con su sonrisa el goce de volver a admirarla y mostrar mis respetos y fervores de mi edad a su hermosura. Le juro que no pido más, si acaso besar su mano, cuando usted lo permita.

.- No acabo de comprender.- respondió en obsequio de su compostura -. Pero lo pensaré. Se lo prometo.

.- No sabe lo feliz que soy con la esperanza de su palabra.

En ese instante, entró Dalila con un sequito de asistentes, del llevado y traído Consejo.

.- Don Eusebio tiene a bien hacer su primera aportación al albergue. Tengo aquí una pluma Parker, para sellar la firma de su primer cheque, de su primera aportación. Gracias y todos demos un aplauso por el cumplimiento en la agenda del Consejo, que no será la última. ¡Tomen la fotografía!

Ni la misma Lucía alcanzaba a creer los sucesos. Los milagros pueden llegar de sorpresa.

Don Eusebio salió feliz enormemente de haber besado la mano de la hermosa gimnasta, de la mujer de sus sueños de juventud, si no de la infancia misma. Y por su cuenta comenzó a propalar de su compromiso imaginario de matrimonio con Lucía, cuando se dieran las condiciones favorables. Siendo un respetable hidalgo, le saludaban en las calles, se corrió la versión de su pronto enlace matrimonial con la mujer de sus amores. Cumplía más que lo dicho, con sus cheques al albergue siempre hambriento de recursos.

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

A los ojos de la gente, Lucía ya estaba atada al compromiso matrimonial con don Eusebio.

Pero las noches solitarias no cesan de invocar recuerdos amargos, imposibles de borrar, y Lucía da rienda suelta a su llanto doloroso. De ese cuarto pequeño, vacío, siempre se mantendrá alejada, a la mayor distancia. Antes de la salida del sol, mes tras mes, año tras año, despierta de un salto y su fino oído cree percibir los pasos de Alcides que llega con regocijo, pero vuelve a despertar y corre a abrir la panadería, a fin de que descanse por unas horas más, su amiga Lolita.

Pasan los años llanamente, sin más novedades, como el arribo de los buques vacíos. La seguridad de Lucía necesita saltar más allá del mundo confuso que la rodea, sonrío soñando como la niña que sigue siendo por dentro y mira hacia el lejano horizonte, en busca de promesas. ¿Qué elección tiene, sino luchar a solas, sin desmayo, contra la furia de la tormenta, perder la razón postrada en la locura, o esperar la mano cálida, providencial, para continuar su vida trastornada por desesperantes vaivenes?

Tiempo después, Lolita se enteró de que Dalila se casó con un extranjero. Ella lo fue a alcanzar a Nueva York. Se preocupó por ella, porque el televisor dio noticias de los dos aviones que se estrellaron contra las torres gemelas cerca de Manhattan. De ello nada le dijo a Lucía. Afortunadamente, Dalila le envió una carta por correo y enteró a Lolita de que con sus hijos tenían planes de pasear en Jamaica, y que ella le gusta a su esposo por su piel morena, y por ello le dice, “mi reina caribeña.”

A diario camina Lucía a solas por la ribera del río de Jantla, la mujer enamorada de Alcides, escuchando las tonadas de los cenizontes. Quizás algunas avecillas cantarinas le devuelvan a su bebida. Mientras las nubes grises desfilan sobre sus hombros decaídos, abandonada, como burbuja en el aire por otros años, pensando en zambullirse y nadar en las aguas y cruzar hacia la otra ribera, en busca de su bebida y de Alcides.

- Final del tiempo.

Quisiera que la historia de Lucía y de Camilo concluyera en mejores y felices condiciones. Lamento que no sea con la pluma de Camilo, mi hermano.

Mi nombre es Carlos. Me resulta complicado y demasiado triste. ¡Ocurrió algo muy doloroso! No suceden las cosas como uno quisiera, porque esta historia ha sufrido los vuelcos que nos depara la desventura.

- ¡Extraño a Camilo! ¿Tenía que desaparecer en el mejor momento de su juventud, de su vida misma?

Nunca podré olvidarlo, pase lo que pase, esté donde esté. El doctor Eduardo fue el último que lo vio, en aquel viaje a la frontera.

La historia de Lucía y Camilo pudo rescatarse en alguno de aquellos trozos de hielo o de aire tibio. Así lo escribió Camilo en su agenda. ¿Qué quisiera? ¡Todo, cualquier sueño, cualquier esperanza, cualquiera, cualquiera de ellos, menos el vacío! El diario de Camilo es la fuente principal para darle forma a esta historia. Un solo golpe de la vida basta para destruir cualquier ilusión o futuro.

Es tiempo de aferrarse al ancla que nos ampare del dolor, del vacío helado en nuestras lágrimas, que ruedan sin cesar para soportar la miseria de la pérdida eterna.

Empezaré por precisar que Camilo, mi hermano, en cuanto llegó a Jantla aquella noche, corrió directo a “La casa de los huesos”, al albergue. Por desgracia, la casa ardía en llamas, en todo su apogeo. Según el primer informe que se divulgaba, Camilo se precipitó despavorido, al interior de la casa. Excitado quizás por vagos temores o presentimientos de desgracias. Al entrar, vio la silueta de

una mujer en llamas. Así, creyó que se trataba de Lucía. La abrazó para protegerla. Nada salvaba del incendio a Lucía ni a Camilo. Ya resultaba inútil, estaba consumada su suerte. Así obtuve el primer informe sobre el siniestro.

Podré dedicar poco tiempo a ordenar los borradores de este escrito. Tengo un motivo. Tendré que marchar, como un migrante más, a una ciudad cercana en busca de trabajo.

Volviendo a las noticias del incendio, fui de inmediato al albergue. La zona estaba acordonada. Reinaba una enorme confusión a mitad de la noche. Esperé con impaciencia el amanecer del día siguiente. Por teléfono me explicaron que el diario local publicó una nota al respecto:

“El incendio de “La casa de los huesos” consterna a la población de Jantla. El joven Camilo, estudiante y vecino nuestro, se arrojó en forma temeraria a las llamas en el momento más crítico. De buena fuente, nos informamos que confundió a la señora Lucía con una joven desconocida que ardía como una antorcha. Perekieron ambos en el fuego.”

“No se encontraron rastros del cuerpo de la señora Lucía, y nos enteramos que en realidad, la mujer joven que Camilo intentó salvar, era una joven migrante, de las muchas que se encontraban en el refugio. Suponemos que al salvarse del fuego, la señora Lucía escapó y huyó a un lugar desconocido.”

“La policía investiga, ya identificó a sospechosos que prendieron el fuego.”

Un latido, un eco de los cielos, me llevaba a negar, a no aceptar la muerte de mi hermano. Ninguna señal de inquietud estremecía mis fibras nerviosas, ninguna pesadumbre me atormentaba quizás por la enorme voluntad y alegría de vivir que nos une a ambos. Es la esperanza, la fe en la magia de la vida, la que nos permite sobrevivir a las adversidades, desafiando los momentos amargos y

el dolor de las pérdidas más irreparables. Lo sé porque cuando Camilo apenas cumplía dos años, perdimos a mi madre.

En los momentos posteriores a los desastres, todo se vuelve confuso, caótico. Leí con detenimiento las noticias, regresé al albergue, luego fui a la estación de bomberos y también a la de los rescatistas. La zona del desastre seguía acordonada. Hice preguntas entre vecinos y rescatistas que vieron el siniestro. Varias situaciones resultaban confusas. Lo más contundente. ¿Dónde está el cuerpo de mi hermano Camilo? Nada prueba su fallecimiento. Por temores y experiencias, la gente calla sobre temas relacionados con la casa del albergue. La abundancia de versiones contradictorias me obligó a investigar.

Examiné los hechos con cuidado y, una vieja “espinita” me condujo a la casa del centro de Jantla, donde vive la chica de los ojos grandes, de sonrisa divina, en las palabras de mi hermano. Una enorme puerta de madera protege la casa de fachada medieval. Ella, a quién llama la “Chiquis”, y un milagro despejarán mis incertidumbres.

Me abrió la puerta esta chica, Me recibió con amabilidad y un aire de tristeza.

.- Hola, buenas noches. Me llamo Carlos, soy hermano de...

.- Pasa, pasa por favor. Ya te esperaba. Me llamo Lucía.- expresó con un aire desolador, matizado por las nubes grises de la tarde.

Me pasó a la sala de su casa. Sentí revivir el oleaje de titubeos que ya presentía. ¿El mismo nombre de la mujer de la casa de la vereda? ¿El mismo nombre en esta marea de casualidades?

.- ¡Tu nombre es Lucía! ¿Puedo entonces saltarme los detalles? – pregunté, medio sacudido por su nombre, medio abrumado por la sorpresa anhelada.

.- Ya sabrás que Camilo está desaparecido. Haré lo que pueda para ayudarlo. ¡Estoy obligada como nadie! – Me impacientaba por asegurarme de su identidad.

.- ¡Me alegró saber que no lo destruyó el incendio! Un rescatista lo salvó, pero los tipos de una camioneta cargaron con él y con una mujer.

.- Si, tenemos la misma información.- al verla, aprecié la lozanía de su juventud. Debe tener tres años menos que Camilo, es decir, unos veinte años de edad o menos.

.- Quiero decirte que apoyaré con todo para rescatar a mi hermano. ¿A qué te refieres, disculpa la pregunta, con que estás obligada como nadie? – la interrogante me consumía de ansiedades ya vislumbradas.

.- Espera un minuto por favor.- salió por unos instantes.

Regresó sonriente, con un niño de brazos. Lo descargó en mis manos. ¡El vivo retrato de Camilo! Me ahogaba en un mar de emociones que me cortaron el aliento. No tengo palabras para describir la expresión sublime de su mirada y sonrisas, de sus pataleos, balbuceos y meneos inocentes, ofreciéndome su cariño. Ella, la “Chiquis”, apretaba sus labios reprimiendo su torrente de lágrimas, imposibles de agotar en la cuenca de sus ojos oscuros.

.- Créeme que llegué a imaginar lo que sucedió esa noche. Es un hermoso niño. ¡Te lo debe! - nunca antes había sentido ese flujo de emociones al contacto de un ser amado, como el bebito.- ¡Le dará mucho gusto a mi padre! Si es que estás de acuerdo...

.- Me dará más gusto a mí. Es su abuelo. ¡Ya no es secreto, esa noche, sentí por segundos las sospechas de Camilo! Bah... Era lo de menos.- Una risa angelical y melodiosa iluminaba su rostro. ¡Cuán más lo veo, más parecido le encuentro con mi hermano, único, Camilo!

- La perversidad del azar lo condena a ignorar que esa noche estuvo en las puertas del paraíso; Camilo la amó como quiso amarla con pasión, a “La Chiquis”.

Sobrepusimos la barrera de comunicación, abriendo paso a futuras aclaraciones sobre el sinfín de detalles. Yo acariciaba al bebé reprimiendo las lágrimas. Ya el bebé parecía impetuoso a dar sus primeros pasos. Y ¿quién es la madre de esta linda chica, novia, prometida y consorte soñada de Camilo, mi hermano? Quise salir de la duda.

.- No me asombra. Esa noche suplantaste a la señora Lucía, para atraer y amar a Camilo. ¡Por fortuna ahí se amaron, como lo soñaban! Lo demás fueron locuras, ocurrencias con tu peluca medio bermeja y entonarte los ojos de otro color, y otras travesuras. ¡Todo lo que hacemos cuando jóvenes...! ¿Puedes decirme por qué ocultaste esta verdad?

.- Sé bien que él me ama sin reservas. Pero aquí y en todas partes, los secretos se divulgan. Camilo platicaba más de la cuenta. Llegaron a mis oídos sus tonteras. ¡No soy tan celosa y terca, aunque él no se cansa de propagarlo! – El disgusto afloraba en sus grandes ojos.- No aguanté mis ganas de castigarlo por abandonarme; se fue a estudiar lejos de aquí. Pensé en ayudarlo por su escuela.

.- Te agradezco comprendas mi egoísmo, pero es mi hermano. ¿Cómo entraste y dispusiste de la casa de los migrantes? – me atreví a seguir hurgando entre las lagunas de mi curiosidad.

.- Tengo derechos de propiedad sobre esa casa. Lo sé muy bien, ella, Lucía, es mi madre. La busqué por años y ella también me buscaba. Desaparecí de mi carriola cuando era recién nacida. Mi madre vive ahora conmigo.- me respondió con aire de tristeza, casi una niña, con su herencia de belleza, tenacidad, increíbles.- Vivo también con mis padres adoptivos desde que nací, o siendo muy pequeña. No lo recuerdo bien. Sé que mis padres me dieron por secuestrada. Mi madre logró por fin encontrarme.

.- Debió ser un gran día cuando pudiste encontrar y conocerla.- Con firmeza de carácter, ignoró mi expresión.

.- Disculpa por otro detalle. He visto su agenda.- no quiero mencionar el nombre de mi hermano, por el momento tan difícil.- Conozco bien de su discreción, y estás diciendo que él lo platicaba todo. – Hizo un gesto de malestar.- Mira, vengo lo mejor dispuesto, pues con tu comprensión, ya eres mi hermana, o ya lo eras desde hace tiempo. Déjame decir...

.- No he parado de llorar, y al verte, me sentí con tanta dicha y consuelo, y cierta paz después del abandono, y la ausencia de Camilo.- Su voz turbada envolvió el entorno, abrazando y besando a su bebé.- Gracias por ser mi hermano. Gracias de verdad.

.- Han sufrido bastante daño tú y mi hermano, prestando oídos a voces perversas o no sé si solo ociosas. En fin, aquí te entrego su agenda, su diario, así lo conocerás mejor y su cariño. – de inmediato lo tomó, miró su portada y sus letras. Ahogada en el océano de sus incertidumbres, lo abrazó como salvavidas caído del mismo cielo.

Comprobé entonces, que Lucía es la misma bebita, aquella bebita desaparecida en la plaza, a quien su madre, junto con Lolita y Dalila, lloraron y rastrearon por todos los rincones, calles y hogares. Después de algunos años, ahora es madre de un agraciado bebé, es mi sobrino, es hijo de Camilo, y que en aquella noche de penumbras en la vereda, de danza y simulaciones, brotó de un amor reacio a expandir sus pasiones claras, tortuosas. ¡Todo puede esperarse de los sesgos de la juventud, y el fuego de sus ímpetus y arrebatos!

.- Tenemos mucho para contar. Necesito de tu apoyo para encontrar a Camilo. No podré sola con la casa de la vereda, la de los migrantes. Ojalá me ayudes.- Miró al niño, inspirada en su ternura.- Encontraré a Alcides, mi padre.

.- No estás sola....

.- No, no estoy sola, gracias a las gentes que sacrificando su vida, salvaron a mi madre del incendio. Y otros sufrieron varias quemaduras.- el llanto amargo de Lucía, la hija, desbordó sus

pesares.- Nadie habla de ellos, nada valen. A nadie le importa su suerte. Eran indigentes del albergue, pero al fin simples sombras sin nombre. Todos los ven tan insignificantes. Ellos murieron en la misma desgracia y miseria que en su vida, ignorados y olvidados. ¿Si me comprendes?

.- Poco sabía de... cuenta conmigo de verdad. Algo podré hacer por ellos. - en mis palabras tardías, se recalcó lo brutal de mi egoísmo. Sus palabras de ligero reproche y tono sereno, aniquilaron y cambiaron mis perspectivas. Con el nudo en la garganta, susurré.- ¡Tienes el cariño de tu bebito! No dudes del apoyo de mi padre. ¿Cuándo le puedo llevar a su nieto?

.- Mañana mismo yo se los llevaré.- dijo contenta.

Contestó a mis diversas preguntas, añadiendo un acervo importante de datos para esta historia. Por ratos Lucía, la “Chiquis”, leía con detenimiento el diario de mi hermano.

.- Carlos, quédate con el libro. Recíbelo por favor.- comentó con un leve tono de desencanto.

.- A ti te pertenece. Yo tengo copia. ¿Algo no te agrada?

.- No tengo la idea muy clara. Pero Camilo habla y habla de sus confusiones, ¿y qué con las mías? ¡No le importan nada! ¡No sabe distinguir entre el amor y la amistad, habla con recelo de mis amigos! ¿De cuántas chicas Camilo dice sentirse enamorado? Ya conté más de cuatro. ¿Quién debe sentir los celos, sólo él tiene sentimientos y derechos? .- Al extender el libro secreto, el bebito en una graciosa rabieta, lo arrebató y balbuceando algo, lo apretujó en sus manos, que igual que su rostro, mostraban como su madre, el color de la pulpa de los melones junto a la radiante flor de la magnolia.

Fue un día grandioso en mi casa. La visita de Lucía y el bebito enorgullece a nuestra familia. Mi padre carga feliz a Camilo chico, su nietecillo, rondando por la habitación de Camilo. ¡Mucho tiempo había pasado que no vivíamos felices e inolvidables momentos!

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

Los sollozos y arrumacos del bebito iluminan por hoy, el camino de nuestras vidas, hasta impulsarnos a la cima de la montaña. , de la cual rodaban aguas en abundancia para una próspera agricultura, o las brazas de fuego que con los marros y el cincel rompan falsas cadenas de servidumbres, con el poder de aquel herrero, y virtudes de la cerámica heredados por don Silvio.

La tertulia continuaba en medio del alborozo. Por fin conocí a la madre de Lucía, quien se incorporó a la reunión. Las huellas de sus heridas leves de las quemaduras nos conmovían. Es cautivante por su hermosura y sonrisa, pero una línea gris en sus ojos, confiesa la zozobra por la ausencia de Alcides. Ella vino con su amiga Lolita. Hablamos de aquello que nos une y compartimos plena confianza en rescatar pronto, muy pronto, a Camilo, mi hermano.

Una capa de silencio llenaba los rincones que los rayos del verano alumbraban esa tarde. Ahí en el patio, la higuera que plantó mi abuela o bisabuela, rebosaba de sus frutos. Mi padre y yo llenamos dos cubetas de higos para compartirlos con nuestras visitas. Cientos de recuerdos soplaban con la brisa de esa tarde.

Pero aquel perro lanudo “el duque” se perdió de vista desde hace tiempo. Lo vieron alguna vez cerca de la parroquia, y en sus ladridos parecía recordar cientos de historias, a veces con tristeza, a veces con la alegría incierta de su mirada de perro.

Por último, mi padre comentó.

.- Carlos, hay algo que quiero hablar contigo. Quizás sea oportuno. Me refiero a tu divorcio o únicamente ¿estás separado de ella?

.- No lo sé de verdad, pero no me gusta hablar de ese tema.

.- En memoria de tu hermano, y por mi nietecillo, siento que estamos obligados a darle apoyo fraternal a la señora Lucía y a su hija. Las veo firmes en su decisión de seguir con su trabajo en el albergue.- mi padre y yo contemplamos los relámpagos del lado oriente de Jantla.

No para de llover por las tardes y las noches, a veces en forma torrencial. Nuevamente el desborde del río amenaza con inundar

Jantla y Zaragoza. Ello nos recuerda cuando Camilo conoció a Berta “la Alpinista”. Y también, cuando Lucía “La Chiquis”, con su temple indómito, forjó sus sueños de amor con Camilo, aquella noche lluviosa y de penumbra.

Han venido por separado a mi casa, Román, “La Cocoya”, “El Trofos”, entre otros. Brindaron su ayuda con el albergue, pero me contaron sus penurias y carencias. Quizás tengan que emigrar fuera de Jantla. Me enteré por medio de ellos que Pancho se enroló como lugarteniente de una pandilla de facinerosos, desesperado por vivir en la miseria. Por su parte, “Stan” me envió un mensaje desde el extranjero. En cuanto pueda vender los derechos de una de sus patentes, nos apoyará con el albergue.

Ahora nos une una férrea cadena de aliento y esperanzas. Ya dejé de lado mi intento de abandonar a Jantla. Estando juntos, nos fortificamos en nuestra trinchera, sin esconder el dolor, sin aceptar la derrota. ¡Lucía, mi cuñada, lleva la carga más pesada, por sostener a sus padres! No está sola, ni el bebé. No puedo, ni quiero abandonarlos.

Un flujo torrencial de preguntas y respuestas se agolpaban en mi mente, explorando e intentando descifrar los recovecos eternos, que envuelven entre vientos vacilantes la historia la vida del pueblo de Jantla y de Zaragoza.

PD: Al final de la presente historia, por desgracia las cosas no han prosperado. Pero están contentas las dos Lucías, esposa e hija. Ya regresó Alcides y trajo a la chica “alpinista”, Berta, pues es su padre. Afrontarán los hechos y consecuencias del accidente. Por la radio escuchamos la música del “Himno a la alegría”; nos inspira como un farol que guía nuestro esfuerzo de luchar con nuestras manos, para un mejor futuro. Alcides, tomando el cuerpo lozano

“Tu eterna ausencia” Lucía y Camilo

del bebito, su nieto, en sus brazos, nos confesó que estuvo exiliado.

Nadie, ni mi padre, ni yo mismo, hablamos de mi hermano Camilo, por el dolor profundo que sentimos por su ausencia.

Las dos Lucías, madre e hija, le pidieron a Alcides que prometa no volver a dejarlas en el abandono. O al menos que cuando vaya a visitar a su madre y otros familiares en el extranjero, no las olvide ni pierda el contacto con ellas.

¡Nada más, sino esperanzas y sueños en las borrosas nubes del horizonte!

Contenido.

Primera parte

- Capítulo I La huerta.
- Capítulo II Agenda de los recuerdos
- Capítulo III El filósofo, Joram.
- Capítulo IV El torneo.
- Capítulo V El día de la graduación.
- Capítulo VI La Tía Lucía.
- Capítulo VII Desterrado de Jantla.
- Capítulo VIII Los nudos del pasado.

Segunda parte

- Capítulo IX La hora cero.
- Capítulo X Sobreviviendo a los sueños.
- Capítulo XI Las ruedas del tiempo.
- Capítulo XII La tiranía de los recuerdos.
- Capítulo XIII La despedida.
- Capítulo XIV Tiempos cruzados.
- Capítulo XV Días, años de playa.
- Capítulo XVI Tiempos de la ira.
- Capítulo XVII Alcides.
- Capítulo XVIII Tiempos de eternidad.
- Capítulo XIX El Tesoro de la montaña.
- Capítulo XX Lágrimas del tiempo.
- Final del tiempo.

